

UNIVERSIDAD

MENSUAL

DE CULTURA

POPULAR

DICIEMBRE

DE

1936

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

ESTA REVISTA CONSTITUYE UNA DE LAS PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE ACCION SOCIAL Y SE EDITA BAJO LA DEPENDENCIA DE LA JEFATURA DEL PROPIO DEPARTAMENTO.

SUMARIO

La Escuela Nacional de Arquitectura y la Universidad,

ARQTO. FEDERICO E. MARISCAL.

Nuestras Poblaciones y la "Nueva" Modalidad Arquitectónica,

ING. ENRIQUE A. CERVANTES.

La Constitución Rusa de 1936,

ABOG. MANUEL GONZALEZ RAMIREZ.

Antonio Caso,

ABOG. EDUARDO GARCIA MAYNEZ.

Carmen o de la Alegría,

JOSE ALVARADO.

La Filosofía del Marxismo,

ABOG. JOSE RIVERA P. C.

La Casita de Don Matías Romero,

CARLOS FILIO.

El Cuento Premiado.—Guee Queela. ¿Sacerdote o Demonio?,

GABRIEL LOPEZ CHIÑAS.

Una Exposición,

RAFAEL LOPEZ MALO.

Diálogo con José Clemente Orozco,

RAFAEL HELIODORO VALLE.

Poema de Retorno,

CARMEN TOSCANO.

El Estado Providencial,

WALTER LIPPMANN.

Una Carta del señor René Marchand.

El Maestro de Cuba,

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

Tupí-Nambá,

LUIS ALBERTO SANCHEZ.

La Luna en la Poesía Negra,

FRANCISCO G. BEDRIÑANA.

Notas.

Esculturas,

LUIS ORTIZ MONASTERIO.

Grabados,

JOSE GUADALUPE POSADA.

EL GRANO EN LA ESPIGA.

DICIEMBRE

NUMERO 11

TOMO II

OFICINAS - UNIVERSIDAD NACIONAL - JUSTO SIERRA 16. MEXICO, D. F.

Rector: Abog. LUIS CHICO GOERNE

Oficial Mayor: Abog. JUAN JOSE BREMER

Jefe del Departamento de Acción Social: Abog. SALVADOR AZUELA

Tesorero: ALFONSO E. BRAVO

LA PRIMARIA

cimiento de toda cultura

Si tiene ilusión de que sus hijos lleguen
a ser intelectuales, cuide con esmero su

P R I M A R I A

•

O B S E R V E:

Cuando un niño lee sin dificultades mecánicas, primero gusta de la lectura; después de las ideas.

Cuando escribe claro y con facilidad, le agrada hacer bonitos resúmenes y presentarlos a sus maestros y a sus padres: después gusta de la investigación.

En la mayoría de los casos, leer y escribir bien no es cuestión de aptitudes naturales, sino de los sistemas que se emplean, de los maestros que enseñan y de la organización de la Escuela.

Si conociera nuestros sistemas, maestros y organización, estamos seguros, le agradecería que sus hijos estudiaran—PRIMARIA—en la

Escuela Central de México

LA ESCUELA DE LOS BUENOS MAESTROS

Sadi Carnot, 13.

México, D. F.

Tels. Eric. 6-23-66. Mex. L-07-71.

P í d a P r o s p e c t o

ABSOLUTA GARANTIA Y UN SERVICIO PERMANENTE



LOS productos Remington Rand, que siempre han sido sinónimo de alta calidad, tienen el prestigio que se deriva de fabricantes mundialmente conocidos y apreciados que, en más de medio siglo de constante labor, han proporcionado a sus consumidores una firme y absoluta garantía, sobre bases de un completo y permanente servicio.

OCASIONALMENTE aparecen en el mercado artículos que momentáneamente alcanzan cierto renombre, pero que, no pudiendo ofrecer ese servicio continuado, que es una de las características de la garantía Remington Rand, son fácilmente substituídos y olvidados.

DURANTE más de treinta y cinco años, la Remington ha brindado a la República Mexicana un servicio completo y eficiente, por lo que puede asegurarse que la enorme aceptación que han tenido sus productos, independientemente de su calidad y prestigio propios, han sido consecuencia directa del servicio continuado impartido a todas las instituciones particulares y oficiales.

REMINGTON RAND *Internacional S.a.*

AV. MADERO 55. MEXICO, D.F.

Artículos para Enfermos
Sillones para Inválidos
Fajas y Braqueros
Medias Elásticas
Etc. Etc.

Casa Mario Padilla

Motolinia 16. México, D. F.

**CEMENTO
TOLTECA**
== PORTLAND UNIFORME

Camiones **REO**
Automóviles **OPEL**

Unicos Distribuidores:
**Durkin Reo
Motor Co.,**
S. A.

Lafragua número 15



USTED oprime un pequeño botón, y al instante la electricidad pone a su servicio una multitud de comodidades que hacen su vida fácil, placentera:

Luz, fuerza motriz, calefacción, radio, refrigeración, barredora, lavadora, planchadora, etcétera...

¿SE ha puesto usted a pensar en la inversión de capital, esfuerzo, estudio y trabajo acumulados detrás de ese pequeño botón...?

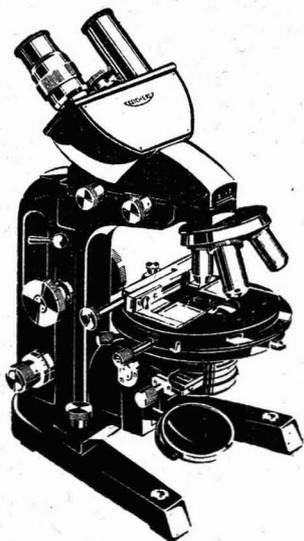
Ocho plantas generadoras, dos mil kilómetros de líneas de transmisión y el esfuerzo de mil ochocientos trabajadores, hacen que cuando usted oprime el pequeño botón, la electricidad se ponga a su servicio.

Cía. Mex. de Luz y Fuerza Motriz, S. A.

ALFONSO MARHX

AV. INDEPENDENCIA
NUMERO 4

TELEFONO ERIC. 2-47-98
MEXICO, D. F.



REACTIVOS QUIMICAMENTE PUROS:

Unico depósito para la República Mexicana, de los Colorantes para Bacteriología, original del Dr. G. GRUEBLER. Fabricados por el Dr. K. Hollborn, Soehne, Leipzig.

ANTIGENOS:

Kahn. — Meinicke. — Müeller.— Wassermann.—Microscopios y Accesorios "C. Reichert".—Viena, Austria. BALANZAS Analíticas e Hidrostáticas "SARTORIUS", Goettingen.

APARATOS PARA LABORATORIOS DE QUIMICA

Directorio Profesional Universitario

ARQUITECTOS

LUIS AVILA.

Edificio "La Nacional".
Despachos 1,009 y 1,010.
Tels.: 2-43-09 y J-28-01.

RAMON BATANZO.

Monte Olimpo N° 140, Lomas de Chapultepec.
Tel.: 5-82-03.

BERNARDO CALDERON Y CASO.

Subgerente de la Cía. Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, S. A.
Balderas N° 68.
Tels.: 3-23-05 y J-00-48.

FRANCISCO CENTENO.

3ª del Pino N° 139.
Tel.; 6-01-22.

CARLOS CONTRERAS.

Edificio "La Nacional". Despacho 1,004.
Tels.: 3-47-11 y J-30-85.

ENRIQUE L. CORTES.

Venustiano Carranza N° 42. Despacho 218.

FERNANDO M. DAVILA.

Gante N° 15. Despacho 401.
Tel.: 2-14-14.

MIGUEL DE LA TORRE.

Insurgentes N° 107.
Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, Departamento de Edificios.

PEDRO ALFONSO ESCALANTE.

Venustiano Carranza N° 48.
Tels.: 2-84-98 y L-28-27.

SALVADOR ESCALANTE.

Capuchinas N° 48, tercer piso.
Tels.: 2-84-98 y L-28-27.

GUILLERMO GAYON RAMIREZ.

Uruguay N° 91. Despacho 9 y 10.
Tels.: 2-08-06 y J-05-22.

CARLOS GREENHAM.

Edificio "La Nacional". Despachos 1,009 y 1,010.
Tels.: 2-43-09 y J-28-01.

JOSE LOPEZ MOCTEZUMA.

Tehuantepec N° 251.
Tel.: 4-34-50.

MARIANO LEON ORTIZ.

Uruguay N° 91. Despachos 9 y 10.
Tels.: 2-08-06 y J-05-22.

LUIS MAC GREGOR.

9ª de Jalapa N° 161-A.

FEDERICO MARISCAL.

Director de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de México.
Colima N° 292.

A. MUÑOZ G.

Escuela Nacional de Buenos Aires.
Puente de Alvarado N° 60.
Tels.: 2-66-47 y 2-81-92.

MANUEL ORTIZ MONASTERIO.

Edificio "La Nacional". Despachos 1,009 y 1,010.
Tels.: 2-43-09 y J-28-01.

VICENTE URQUIAGA Y RIVAS.

Av. Uruguay N° 95. Guadiana N° 11.
Desp. Tels.: 2-47-80 y L-89-64. Domicilio: L-92-61.

SALVADOR VERTIZ HORNEDO.

16 de Septiembre N° 5. Despacho 207.
Tels.: 3-41-81 y L-18-77.

JOSE VILLAGRAN GARCIA.

Gante N° 15.
Despachos 402 y 408.
Tels.: 2-14-14 y L-31-36.

GUILLERMO ZARRAGA.

Madrid N° 10.

Directorio Profesional Universitario

CIRUJANOS DENTISTAS

DR. VICENTE ALAMILLO.
Uruguay, 73.
Tels. Eric. 2-17-37. Mex. L-23-41.

DR. ROBERTO AVILA.
Argentina, 42.
Tel. Eric. 3-03-34.

DR. ALFONSO COLLADO U.
Humboldt, 30. Desp. 101.
Tel. Eric. 2-47-90.

DR. FERNANDO N. CARMONA.
Av. 20 de Noviembre, 35—1.
Tel. Eric. 0-06-35.

DR. ULISES CONTRERAS.
Uruguay, 110. Desp. 10.
Tel. Eric. 2-81-25.

DR. LEOPOLDO G. DELGADO.
Av. F. I. Madero, 47.
Tel. Eric. 2-47-57.

DR. M. DIAZ MERCADO.
Av. 5 de Mayo, 46.

DR. RAFAEL FERRIZ.
2ª de la Palma, 24.
Tel. Eric. 3-23-65.

DR. AURELIO GALINDO B.
Allende, 2.

DR. LUIS FARILL.
1ª Atenas, 1.
Tels. Eric. 2-81-26. Mex. J-20-92.

DR. GUILLERMO S. GAMBOA.
Av. 16 de Septiembre, 54.
Tels. Eric. 3-06-28. Mex. J-41-04.

DR. ANTONIO GUERRERO.
Av. 5 de Mayo, 7. Desp. 112.
Pasaje América. Tel. Eric. 2-81-22.

DR. ANTONIO IRABIEN R.
Motolinia, 22. Desp. 104.
Edificio Perla.
Tels. Eric. 3-02-73. Mex. J-47-60.

DR. FRANCISCO MARTINEZ LUGO.
5 de Mayo, 57. Desp. 18.

DR. CAYETANO MOCTEZUMA.
Av. Madero, 66. Desp. 405.
Tels. Eric. 2-45-48. Mex. J-11-33.

DR. RICARDO DE PABLOS VELEZ.
Av. Madero, 72.
Tel. Eric. 2-61-13.

DR. FELIX DEL PASO.
4ª Tacuba, 37.
Tels. Eric. 2-33-92. Mex. 2-60-02.

DR. EDUARDO DE PABLOS V. Jr.
5 de Mayo, 1. Desp. 26.
Eric. 3-05-85.

DR. VIRGILIO RAMOS SAN MIGUEL.
4ª Tacuba, 49.
Desps. 1 y 2.

DR. JOSE RIVERO AMIEVA.
Av. 16 de Septiembre, 39-303.
Tel. Eric. 2-37-95.

DR. CARLOS RUIZ AGUILAR.
2ª Bolívar, 20.

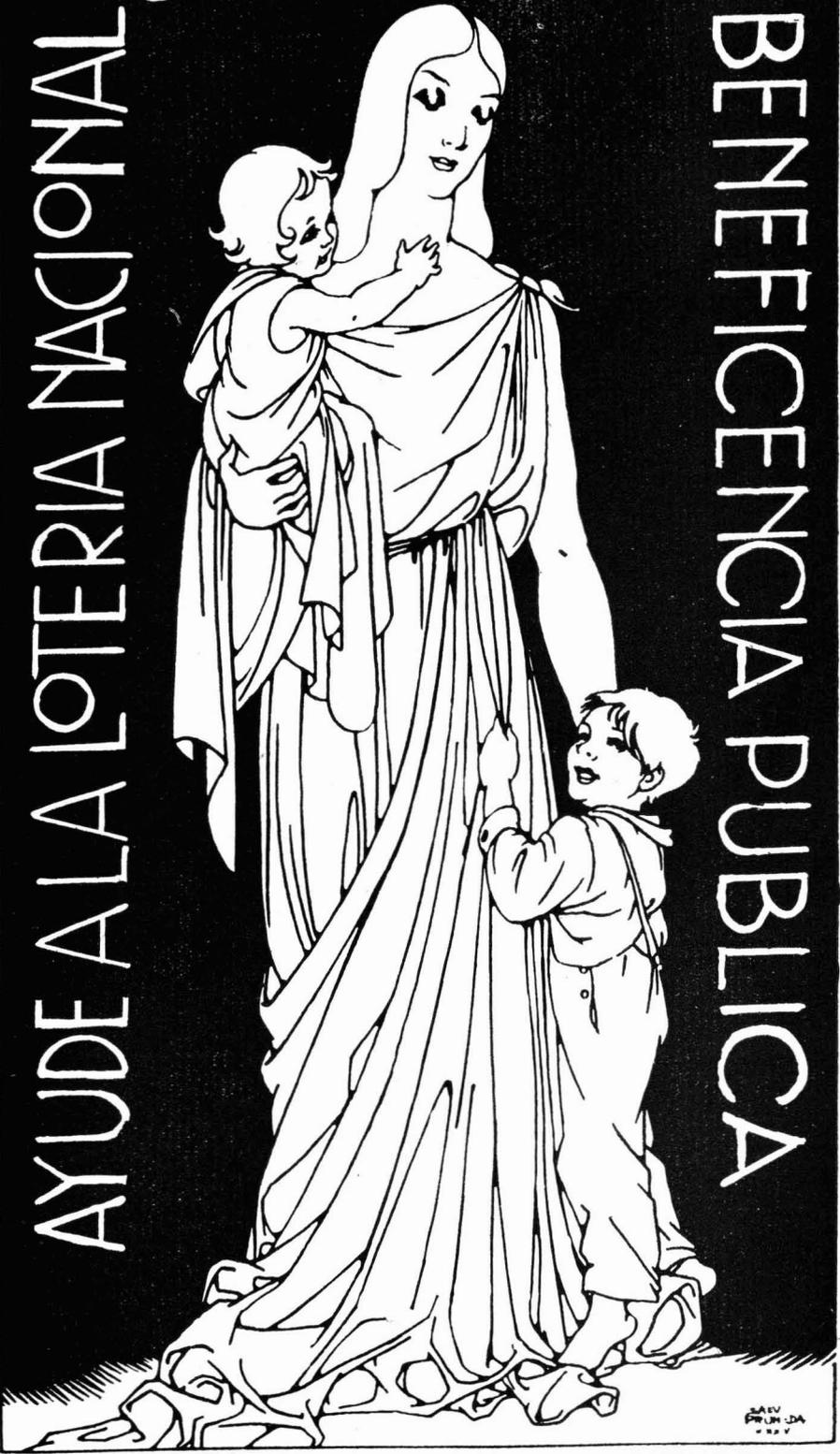
DR. RODOLFO TEJEDA.
Av. República de El Salvador, 1.
Tel. Eric. 2-48-70.

DR. PORFIRIO VAZQUEZ.
Seminario, 10.
Tels. Eric. 3-22-67. Mex. J-30-60.

DR. ULISES GUTIERREZ Y B.
5 de Mayo, 29. Desp. 103.

DR. J. LUIS LEGARRETA.
Av. Juárez, 88.

AYUDE A LA LOTERIA NACIONAL A SOSTENER LA BENEFICENCIA PUBLICA



SAEV
PRUN DA
1927

LA ESCUELA NACIONAL DE ARQUITECTURA Y LA UNIVERSIDAD

Por el Arquitecto

FEDERICO E. MARISCAL

Director de la Escuela Nacional de Arquitectura

EL 4 de noviembre de 1781, por iniciativa del benemérito artista, Grabador de la Casa de Moneda, siendo Virrey de la Nueva España don Martín Mayorga, abrió sus aulas la Real Academia de Nobles Artes de San Carlos de Nueva España, erigida por Carlos III, quien se declaró su protector, creando para el gobierno de la institución una junta compuesta de lo más esclarecido del México de entonces, dotándola del dinero suficiente para su sostenimiento, no sólo la Real Corona, sino las ciudades de México, Veracruz, Querétaro, San Miguel el Grande, Orizaba y Córdoba, así como los Tribunales del Consulado y Minería. Fue pues, nuestra Academia una institución nacional, en el completo sentido de la palabra, grande por la alcurnia de su origen, y ahora la más grande por su antigüedad en América, resultando las viejas Academias Españolas sólo más antiguas por unas cuantas decenas de años.

En los 145 años que lleva nuestra Academia de ocupar el actual edificio, no ha cesado de enseñarse en ella

la Arquitectura, pero podríamos dividir, tomando en cuenta las influencias dominantes, su larga vida en varias épocas: En el *período español*, que comprende desde la fundación de la Escuela hasta la consumación de la Independencia en 1821, además del profesor don Antonio González Velázquez, que fue el Director de Arquitectura, se destaca el genio de Manuel Tolsá, que superó a todos los maestros de entonces, estableciendo su estilo a través de todo el país, junto con el notable criollo don Francisco Eduardo Tres Guerras.

Después de pequeña interrupción y grandes penurias, compensadas por la conducta heroica de profesores, empleados y alumnos, que prescindieron de toda remuneración para salvar la Academia, y aun se presentaban diariamente con los útiles de dibujo, las lámparas y las velas, surge la segunda época, que comprende del año 1843 al 1860, en que el talento, munificencia, energía y acrisolada honradez de don Javier Echeverría y don Bernardo Couto, espíritus cultísimos, hicieron renacer la Academia, con los cuantiosos recursos que proporcionara la lotería llamada de la Academia de San Carlos, administrada notablemente por dichos señores. Esos recursos le permitieron adquirir el edificio actual en propiedad, así como dos casas inmediatas, y, sobre todo, traer profesores europeos que despertaron gran entusiasmo, formar la primera galería de pintura antigua mexicana, y hacer exposiciones periódicas que ponían en contacto directo a la sociedad mexicana con los alumnos y el arte que ellos cultivaban. Este segundo período lo podría-

mos llamar de *influencia italiana*, pues aun los profesores españoles que vinieron procedían de Italia, y trajeron la influencia directa de las artes italianas de entonces. Don Javier Cavallari marca, en Arquitectura, un nuevo camino, y es seguido con gran cariño por sus discípulos.

El año de 1861, en que el Gobierno de Juárez disolvió la Junta Directiva de la Academia, marca la tercera época: en ella se cambia el nombre de Academia, por el de *Escuela Nacional de Bellas Artes*, que le fijó la Ley de Instrucción Pública en 1867, y, los discípulos de la época anterior, continúan en parte sus enseñanzas, sin producir algo extraordinario por sus frutos, pero muy estimable por lo que toca a la conservación del Instituto, figurando a la cabeza de las enseñanzas de Arquitectura el respetado profesor y arquitecto mexicano, don Juan Agea, quien, por sus trabajos en Italia, figura en obras monumentales de universal prestigio, habiendo educado varias generaciones de arquitectos, de los cuales todavía quedan maestros en la Escuela actual.

El cuarto y último período de la Escuela lo podríamos llamar de *influencia francesa*, y corresponde al nombramiento de Director del distinguido arquitecto mexicano don Antonio Rivas Mercado, en el año de 1902, quien fue llevado a ese puesto por el entusiasmo de un grupo de sus discípulos espontáneos, y que introdujo los procedimientos de enseñanza de la célebre Escuela de Bellas Artes de París, los que más tarde fueron continuados por los arquitectos franceses Roisin y Dubois, que vinieron a colaborar con el notable arquitecto E. Bénard, en la construcción del gran edificio para el Palacio Legislativo.

¿Podemos decir que se inicia un nuevo período para las enseñanzas de la Arquitectura? Así lo deseamos vivamente, pues si estamos convencidos de que hay mucho bueno que conservar de la gloriosa tradición de nuestra Escuela, también lo estamos de que es necesario que continúe evolucionando para estar de acuerdo con la época en que vive. Por eso es que ahora se trata de poner las enseñanzas, los alumnos, la Escuela toda, en el mayor contacto posible con los programas de los edificios que más necesita México construir desde luego, pero sobre todo, con el gran movimiento mundial hacia la resolución del problema de la vivienda para el mayor número; el problema de la habitación mínima, necesaria en el campo y en la ciudad; la de aquellos que tienen derecho a vivir cómodamente y con higiene, y aún más; a *que su vivienda sea bella*, a que sea un placer, como debe ser para todos, habitar su morada.

Ha seguido la Escuela Nacional de Arquitectura las indicaciones del Gobierno Universitario, respecto al Servicio Social, y un grupo de alumnos y profesores ha estudiado en la zona de Ixmiquilpan, del Estado de Hidalgo, cómo viven quizás los más pobres de los mexicanos; está concluyendo los proyectos que en la forma más práctica tratan de mejorar, desde luego, la morada de esas familias, y, acaba de crear siete grupos de diez alumnos, precedidos de sus profesores que comienzan a estudiar, de la manera más completa, el problema de la habitación en la ciudad de México, colaborando con el Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas. Además, durante todo este año no ha habido concurso escolar en el que no se haya tratado de resolver un problema de urgente necesidad para la sociedad en general, o para el Gobierno de México; se ha logrado que, previas visitas a edificios, formulen los alumnos sus programas, y aun juzguen las resoluciones que ellos mismos obtienen después de maduro estudio; en suma, se ha estado acercando lo más posible los alumnos a la realidad.

Una nueva era de la enseñanza de la Arquitectura ha comenzado; el año próximo, fiados en nuestro gran entusiasmo, nos proponemos demostrarlo.

NUESTRAS POBLACIONES Y LA "NUEVA" MODALIDAD ARQUITECTONICA

NO podemos menos que lamentar los numerosos atropellos que día a día presenciamos en nuestras apacibles y bellas poblaciones: frente a una catedral, expresión y esfuerzo de generaciones, una gasolinera "funcional" con su correspondiente departamento de lavado de coches, que invade o substituye su atrio.

Nuestras plazas, tan características por su belleza y colorido, se transforman a gran prisa: sus árboles añosos se substituyen con jacalones del peor gusto, en donde se expenden artículos vulgares; sus bancas barrocas se cambian por otras de forma caprichosa con anuncios de empresas o con los nombres de donantes poco escrupulosos; o bien, el buen deseo de algún Ayuntamiento, de dejar impresas sus actividades en obras materiales, hace que se erijan estatuas conmemorativas de personajes para reconocer a los cuales, muchas veces es preciso hacer serias investigaciones. No faltan gasolineras al aire libre, ni establecimientos de coches en sitios principales, cuando no una escuela improvisada o jardín de niños; o la substitución de sus clásicos enlosados, hechos, en su mayoría, con dibujos combinados en colores, por capas de asfalto o de cemento que, por su defectuosa aplicación, aparecen carcomidos, sin más novedad que el color gris monótono de este material, inadecuado, bajo todos conceptos, para ocupar el lugar de la losa labrada de variados colores, que se empleaba en los pisos circundantes de nuestras plazas públicas.

En los característicos portales se han instalado jacalones de variadas formas, que cubren los pilares y parte de sus arcos, al arbitrio, capricho y posibilidades de sus concesionarios, a más de la fijación desordenada de carteles que anuncian espectáculos o campañas políticas, pegados en los mejores lienzos, esquinas y pilares de estos edificios.

Recorriendo nuestras poblaciones encontramos a cada paso errores constructivos muy lamentables y que, lejos de corregirse, se multiplican y extienden a gran prisa, sin dejar en su transformación más que uno que otro detalle, las más veces mutilado en forma tal, que nos hace muy difícil su identificación. De esta suerte, la mayoría de dichas poblaciones han perdido sus caracte-

Por el Ing.

ENRIQUE A. CERVANTES

terísticas esenciales, tan llenas de atractivos por su sencillez y buen gusto.

Sobre la nueva modalidad constructiva predominan dos opiniones contrarias: la una, de los "avanzados" que creen y trabajan para orientar e interpretar las "nuevas formas"; y la otra, de los "conservadores", que defienden y obstruyen con razonamientos y medios a su alcance la conservación del estilo creado durante el período virreinal, y transformado, en su mayor parte, durante el siglo XIX.

En uno y otro caso, he presenciado disputas entre profesionistas, críticas a ciertas disposiciones oficiales, y observado hechos concretos realizados en obras que favorecen o atacan estas dos opiniones, las que podrían servirnos como pruebas documentales, llegado el caso de analizar y estudiar como debiéramos, este interesante problema nacional.

¿Cuáles son los factores que prevalecen en los cambios y procedimientos constructivos? Indudablemente, el medio social, político, económico, el ambiente filosófico, la tendencia de la nueva vida que en etapas se manifiesta durante ciertos períodos; además, y como factor importantísimo, el empleo de nuevos métodos de trabajo y materiales de construcción. A través de estas etapas veremos la transformación de los estilos griego, romano, cristiano, bizantino, románico, gótico, del Renacimiento, barroco, etc., a los que, en su período de transformación, también se los calificó de "modernistas", como designamos el movimiento actual y llamaremos, seguramente, a los futuros.

Hemos logrado destruir o mutilar nuestros mejores edificios, pero en ninguno de estos casos hemos obtenido la transformación ambicionada, ni mucho menos mejorado sus originales condiciones arquitectónicas. Basta visitar algunas de las numerosas construcciones edificadas durante el siglo XVI, para darnos cuenta de esta verdad. Construcciones-fortalezas que caracterizaron el espíritu místico-religioso, combativo y de inseguridad de aquellos tiempos, no podrán servir ahora como se ha pretendido, de centros

educativos, hospitales, habitaciones para obreros, centros culturales y otros muchos usos a que se les ha destinado, mediante adaptaciones pasajeras y ridículas que, lejos de llenar las exigencias someras que construcciones de esta naturaleza requieren, sólo han mermado sus aspectos, sin lograr destruir su primitiva fisonomía y la fuerza con que fueron creados.

Con el mismo entusiasmo que en el pasado siglo, se busca y pretende encontrar un nuevo estilo que satisfaga nuestros inquietantes deseos de transformación, sin lograr aún definirlo con la sinceridad espontánea que propiamente se requiere, concretándonos a ensayar el sistema "funcional", divulgado entusiastamente por Lecorbusier.

Por encontrarse ese nuevo estilo, podríamos decir, en un período de gestación, difícilmente podremos precisar cuáles son o en qué consisten las características de la nueva modalidad constructiva, ni mucho menos, hasta qué punto es conveniente su aplicación o restricción en los casos muy especiales de nuestras poblaciones.

Conformémonos con admitir que no es posible conservar en la actualidad un tradicionalismo puro, así como tampoco desecharlo y transformar disparatadamente nuestras construcciones y ciudades en un apasionado "modernismo".

Aprovechemos el triste, si no ya ridículo espectáculo que nos presentan las numerosas tentativas de resucitar estilos durante el siglo próximo pasado, y la mala interpretación y técnica de un arte que también se llamó "nuevo", y que, por falta de fuerza, cayó pesadamente.

Si algo pudiéramos decir a este respecto, al referirnos al siglo XIX, es que, no obstante las numerosas tentativas, entusiastas ensayos, éxitos relativos y frecuentes fracasos, no se logró al fin crear, pero ni siquiera delinear con cierta fuerza, el *estilo* que en vano se buscó empeñosamente.

Mientras tanto, procuremos el equilibrio de nuestras construcciones, aprovechando preferentemente los recursos naturales de cada lugar: suelo, clima, orientación, vientos dominantes, luz, etc., sin desvirtuar el ambiente de las poblaciones, ni sus tipos característicos de construcción, y, procurando, que éstas llenen las necesidades propias de la vida actual.

La conservación y fomento de nuestras poblaciones deben formar un verdadero plan de urbanización, de carácter práctico, higiénico y estético, mediante el análisis y estudio minucioso de todos los problemas que les son anejos.

Es indispensable satisfacer ampliamente las necesidades parciales de cada edificio, formando grupos, manzanas y barrios, hasta controlar per-

fectamente la población en todos sus aspectos. Debemos prever su crecimiento, evitar las aglomeraciones tan perjudiciales a la colectividad, respetar los monumentos que por su naturaleza lo ameriten y armonizar las nuevas edificaciones construídas dentro de una zona que caracterice cualquier época, así como tomar las precauciones y adquirir los conocimientos necesarios para reparar o reconstruir edificios de valor artístico o histórico, guardando, en todo caso, el equilibrio entre el carácter propio de la población y los nuevos modelos constructivos, y procurando que, a su vez, conserven el espíritu elevado de buenas construcciones, sin mezclas de estilo faltos de sinceridad.

"Un estilo —dice Wladimir Weidlé— no se puede inventar ni puede reproducirse; no se encuentra hecho ni se impone a la fuerza o por la astucia, ni se escoge como un sistema a propósito para adaptarlo a cualquier ambiente histórico; tratando de imitarle no se llega sino a falsificarlo, a substituirlo por una estilización ficticia. Los estilos pueden madurar, envejecer, modificarse, alternar en el tiempo, pero durante muchos siglos, detrás de la obra individual del arquitecto, del pintor, del escultor —y también del poeta, del músico— hubo un estilo, que era como el alma común manifestándose en todo acto creador, como la predestinación colectiva de toda la actividad personal del artista. El estilo es una predestinación que se realiza no por un apremio venido de fuera, sino libremente, del interior, a través del libre albedrío humano, sin ejercer ninguna presión sobre la conciencia autónoma del artista, sin impedir el crecimiento espontáneo de la obra de arte. El estilo es un principio universal que en nada afecta al juego de lo particular y de lo personal. No es la creación individual de un genio, ni el resultado final de gran número de esfuerzos convergentes; no es sino la manifestación exterior de una comunidad profunda, de una fraternidad constante de las almas; sus raíces están en el inconsciente; no podría substituírsele por el razonamiento, por la voluntad ni por una descripción meticulosa de las formas y de los métodos, de la gramática y del léxico de un estilo determinado. Cuando la comunidad se desliga se extingue el estilo y nada puede ya reanimarlo. Se le recuerda, se piensa en él, sin poderlo volver a la vida: es o no es; tanto peor para los artistas y las épocas que, no teniéndolo y no pudiendo prescindir de él, se empeñan en atraparle con vanos artificios".

¿Quién no ha oído decir que tal o cual edificio está construído en un estilo netamente colonial? Desearía saber algo sobre este famoso estilo que tantos confunden y que frecuentemente

copian disparatadamente, aun en detalles de gran cursilería. Construir una casita en cien metros cuadrados, cargándola de diminutos elementos de nuestra más fuerte arquitectura, en la que no faltan azulejos torpemente colocados, un farolito de lámina, y, como jardín, una enredadera solitaria; esto no es tradición; como tampoco es "modernismo" ni "funcionismo", cualquiera de las construcciones de corto cúbico, grandes claros, barandales de tubo y profusión de colores discordantes, imitando en las formas de concreto sillería de piedra con sus correspondientes "juntas", o viguería aparente, sostenida por grandes ménsulas huecas, y otros muchos detalles que nada tienen que ver con el espíritu y modalidad de la nueva tendencia arquitectónica. Tampoco hay que confundir, dentro de la arquitectura "moderna", la construc-

ción barata que, como inversión rentística se propaga, y donde no se tiene el menor interés ni otro alguno, sino el de simple explotación.

La nueva modalidad arquitectónica, que con entusiasmo se inicia en nuestro siglo, está relacionada íntimamente con las condiciones utilitarias, políticas, sociales, económicas y demás factores que caracterizan nuestra vida contemporánea, enriquecida con materiales con los que no soñaron nuestros antepasados: cemento y hierro. El concreto armado es el elemento básico de los nuevos sistemas constructivos, no sólo por sus maravillosas cualidades de resistencia, sino por su fácil manejo y economía de aplicación: de formas sencillas, casi elementales, línea severa, superficies desnudas, grandes claros, luz, ventilación y todos los nuevos inventos adaptados a las necesidades de la vida actual.

LA CONSTITUCION RUSA DE 1936

El siguiente texto forma parte de un estudio sobre el Proyecto de la Constitución rusa de 1936, relacionado con el problema de la democracia.

Por el Abog.

MANUEL GONZALEZ RAMIREZ

DENTRO de pocos meses se pondrá en vigor la nueva Constitución de la U. R. S. S., cuyo anteproyecto ha sido dado a conocer al mundo y ha motivado comentarios, editoriales, noticias periodísticas de todo género, para informarnos que Rusia ha vuelto o pretende volver al ejercicio de la democracia. Para comprender el verdadero alcance de la reforma requiere un estudio comparativo entre ésta y la ley constitucional rusa, actualmente en vigor, para después relacionarlo con el problema de la democracia, objeto y esencia del presente libro. (1)

La declaración que precede a la Constitución de la Rusia Soviética, expedida en el año de 1918,

divide al mundo en dos campos: el del capitalismo y el del socialismo. Según la misma declaración, sólo existe en el primero el odio entre las naciones, la desigualdad, la esclavitud colonial, el patriotismo exagerado, la opresión de las nacionalidades, las atrocidades imperialistas y la guerra. Por el contrario, el campo del socialismo está ocupado por la confianza mutua y la paz, la libertad de las naciones y la igualdad, la coexistencia pacífica y la colaboración fraternal de los pueblos.

Ahora bien, la Constitución de la República Socialista Federativa Soviética Rusa, al organizar jurídicamente al soviet, colocó a éste dentro del campo del socialismo, y se impuso la tarea de garantizar la dictadura del proletariado con el fin de destruir a la burguesía, de suprimir la explotación del hombre por el hombre, y de realizar el comunismo, bajo cuyo régimen tendrían que desaparecer la división de clases y el poder del Estado. La misma Constitución Federal organizó a la U. R. S. S., en un Estado Socialista integrado por obreros y campesinos, y establecido sobre la base de una Federación de Repúblicas nacionales soviéticas.

Cimentado en esa forma el Estado Soviético, encontramos en la Constitución de la R. S. F.

(1) Según nuestras noticias, el ante-proyecto de Constitución de 1936 ha sido redactado bajo la dirección de Stalin. Para los efectos del estudio comparativo a que se refiere el texto, dicho documento lo relacionaremos con la Constitución de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas y con la de la República Socialista Federativa Soviética Rusa, expedida en 1918, en cuyas redacciones intervino Lenín. Además, tal estudio lo referiremos fundamentalmente al constitucionalismo dogmático, desatendiéndonos, en cierto modo, del que organiza la forma de gobierno, pues de esta manera nos será más fácil relacionar nuestro trabajo con el problema de la democracia. Sin embargo, someramente revisaremos la forma de elección de los representantes y la organización de las Cámaras parlamentarias para complementar nuestro trabajo.

S. R., (2) la enumeración de los derechos que dentro del constitucionalismo occidental se conceden a los individuos como defensa o garantía, contra los abusos del poder. Pero en la Constitución rusa tales derechos se aseguran o se garantizan a los trabajadores organizados como grupo, como clase dominante que detentaba y aún detenta el poder.

En este punto nos es factible observar aparente contradicción: si pues los derechos individuales se otorgan para limitar el ejercicio del poder, no podemos explicarnos cómo una Constitución tenga que garantizar a la clase trabajadora (o a los individuos que la componen) los derechos fundamentales que le reconoce, frente a las posibles intromisiones o abusos de la propia clase proletaria que es la que usufructúa el poder en Rusia. Y la observación tiene mayor valor, por cuanto aquellos sujetos considerados como enemigos del proletariado o simplemente como personas que no viven de su trabajo, prácticamente están condenados a la muerte civil y política, ya que se les niegan los derechos constitucionales. Quizá la paradoja pueda elucidarse teniendo en cuenta que el ruso guarda doloroso recuerdo de la tiranía zarista, al grado que lo lleva a identificar en todo gobernante un posible autócrata, así pueda ser él mismo, y contra el cual ninguna barrera es suficiente. Mas en términos de Ciencia Política nuestra observación tiene que señalar la influencia de los principios de liberalismo burgués dentro de la Constitución rusa de 1918, por haber incluido en su texto un capítulo de garantías constitucionales del tipo clásico; influencia que, por lo demás, recibió la casi totalidad de las Constituciones de la post-guerra, por lo que se realizó el hibridismo liberal-socialista de que adolecen estos textos.

A la clase proletaria pues, la Constitución rusa de 1918 concedió varios de los derechos que clásicamente se consideraban inherentes al *ciudadano*: libertad de conciencia mediante la separación de la Iglesia y el Estado; libertad en la expresión de las ideas; libertad de reunión y de asociación; así como la igualdad de derechos independientemente de la raza o nacionalidad. El hecho de limitar a la clase trabajadora los beneficios de los derechos constitucionales, pero sobre todo el haberle quitado a la propiedad su característica de derecho privado y particular para gozar, usar y abusar de ella, dieron a la Constitución soviética un perfil de escándalo y de extraordinario divorcio en relación al derecho occidental. En efecto, en 1918

Rusia abolió la propiedad privada constituyendo, a favor del Estado obrero y campesino, el derecho de propiedad de la tierra, los bosques, el sub-suelo, las aguas, las fábricas, los instrumentos de producción, los caminos de hierro, los transportes aéreos y fluviales, etc., etc., elementos todos éstos, cuya explotación quedó concedida mediante usufructo.

En realidad el ataque ideológico que sufrió Rusia por haber abolido la propiedad privada, parece no tener explicación satisfactoria si se recuerda que el mundo de la post-guerra restringió el derecho de propiedad por medio de las leyes constitucionales o por virtud de la jurisprudencia, a fin de hacer que cumpliera su función social. La restricción se inscribió en nombre del interés público, y este principio, así como el establecimiento de nuevas obligaciones a cargo del Estado: protección de la familia, atención de la educación pública, organización de la vida económica, etc., dieron lugar al rubro de "los derechos sociales", para complementar el de "los derechos individuales", y fueron la base para ensayar la tesis de la Socialización del Derecho. Con lo cual aparentemente quedó de manifiesto que la diferencia era de grado.

Empero, en sentido dialéctico, los rusos fueron congruentes. A la igualdad política alcanzada por la burguesía sucedió la desigualdad económica que se manifestó, a partir de la Revolución Industrial, en forma aguda y violenta. El derecho de la propiedad privada dió singular poder al capitalista para aprovechar y explotar, en el proceso de la producción la mercancía-trabajo del obrero. Por eso, al establecimiento de la dictadura del proletariado, que se impuso la tarea de desplazar a la burguesía y de hacer desaparecer la explotación del hombre sobre el hombre, necesariamente tenía que atacarse de manera profunda el derecho de propiedad privada para quitar al capitalismo el punto de apoyo de su hegemonía. Así, surgió políticamente, la negación de la afirmación, la antítesis de la tesis, en cuya trayectoria ha sufrido primero, las atenuaciones de la Nueva Política Económica, y las modificaciones del proyecto de Constitución de 1936, después.

Mas en 1918 esos principios obtuvieron la consecuencia lógica de declarar obligatorio el trabajo para todos los ciudadanos de la U. R. S. S., concediendo el derecho honorífico de defender a la Revolución con las armas en la mano, solamente a los trabajadores, pues los elementos no laboriosos de la población fueron sometidos a otra clase de obligaciones militares; también fueron privados de los derechos, que pudieran usar en perjuicio de los intereses de la Revolución Socialista, los individuos y los grupos particulares. El fin de todas estas medidas, no es otro que asegurar las conqui-

(2) La Constitución de la República Socialista Federativa Soviética Rusa, constituye, por su estructura y lineamientos generales, el tipo de Constitución que rige en las Repúblicas de la Unión: en tales condiciones los conceptos que se refieren a este texto deben hacerse extensivos a todas las Constituciones de cada República del soviét.

tas de la Revolución obrera y campesina, así como las garantías sociales establecidas por la Constitución que rige a la R. S. F. S. R.

Aun más, la ley constitucional federal no circunscribe la acción del soviét a las fronteras de la U. R. S. S., sino que le dan un valor mundial, constituyéndola en sólida barrera contra el capitalismo actual, y considerándola como el paso decisivo para lograr la unión de los trabajadores de todos los países en una República Soviética Socialista Mundial.

Al revisar la proyectada reforma constitucional rusa, (3) y compararla con las Constituciones soviéticas en vigor, surgen varias observaciones. Es la primera, que los derechos fundamentales vienen incluidos en la Constitución Federal, y no como actualmente se catalogan dentro de las Constituciones locales. La segunda observación consiste en que, en el proyecto encontramos todas las garantías que reconoce la Constitución de 1918. La tercera, estriba en que además de esas garantías la enumeración incluye algunos otros derechos constitucionales, y hace extensivos o más explícitos los que actualmente otorga. Y por último, que el proyecto contiene modificaciones que marcan derroteros distintos dentro del actual derecho constitucional ruso.

Por lo demás, se sigue considerando como base económica de Rusia a la propiedad socialista de los implementos y medios de producción, a la cual se califica de firmemente establecida, como resultado de la liquidación del sistema capitalista, la abolición de la propiedad particular de los instrumentos y medios de producción, y la desaparición de la explotación del hombre por el hombre. Los titulares del derecho de la propiedad socialista son: el Estado (propiedad pública) y las cooperativas o colectividades rurales (propiedad de las granjas colectivamente explotadas o propiedad de las asociaciones cooperativas). Dentro de esta organización económica deben quedar relacionados los preceptos de la Constitución de 1936, en los términos siguientes:

1ª observación: Es verdad que en las Constituciones de cada una de las Repúblicas federativas de la U. S. S. S., se incluye un capítulo catalogan-

do los derechos fundamentales; como lo es también, que el tipo de la Constitución de R. S. F. S. R., se hizo extensivo a las demás Constituciones locales. Sin embargo, el constitucionalismo dogmático ruso tiene en la actualidad aplicación regional dentro de cada República, pudiendo ser reformado e incluso abolido en uso de la soberanía interior que corresponde a cada una de las porciones políticas de Rusia, pues en esta materia tiene plena competencia sin limitación de la Constitución Federal. Ahora, el proyecto eleva los derechos fundamentales a la competencia federal, quedando a cargo de los órganos supremos del poder del soviét el vigilar su cumplimiento y observancia en todos los ámbitos de Rusia. La reforma o supresión de tales derechos estará sujeta al procedimiento adoptado por la Constitución para los casos de enmienda.

2ª observación: Al igual que en la Constitución de 1918, el proyecto reconoce la libertad de conciencia, mediante la separación de la Iglesia y el Estado; libertad de expresión de ideas; libertad de reunión y asociación; e igualdad de derechos sin distinción de raza o nacionalidad.

3ª observación: El proyecto de 1936 introduce nuevas garantías fundamentales. Además, concede a la mujer iguales derechos que a los hombres, en los campos de la vida económica, del Estado, cultural, social y política; establece la protección a los intereses de la madre y del niño, otorgando a la primera ciertas prerrogativas durante el embarazo, y para el segundo el establecimiento de casas de maternidad, de cuna, y jardines de niños.

Los nuevos derechos catalogados en el proyecto garantizan la inviolabilidad de la persona, prescribiendo que toda detención debe ser ordenada por un tribunal o sancionada por el fiscal; establecen, además, la inviolabilidad del domicilio y la del secreto de la correspondencia particular.

Afirma la reforma constitucional que la U. R. S. S., realiza el principio socialista de que, "de cada quien según su capacidad y a cada quien según su trabajo", por lo que sigue constituyendo para todo ciudadano una obligación el trabajar, de conformidad con la idea de que "el que no trabaja no come", como lo establece la Constitución de 1918. Mas en esta Constitución, el deber ineludible de trabajar sólo da nacimiento al derecho de defender a la Revolución, lo cual es considerado como un honor. El proyecto transforma este derecho en un deber, también calificado de honoroso; pero al mismo tiempo la obligación de trabajar da lugar a una prerrogativa: el derecho de trabajar. O lo que es lo mismo: la organización socialista de la economía nacional rusa, el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad soviética, la ausencia de crisis económicas y la abolición de

(3) Todas las consideraciones subsecuentes se refieren al anteproyecto de Constitución de 1936. La organización social rusa sigue constituyendo una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas organizada en Estado socialista de trabajadores y campesinos, cuyo poder reside y corresponde a los que trabajan en cada población o centro habitado y cuya base política está constituida por soviets de delegados de los que trabajan, desarrollados y reforzados a consecuencia del derrocamiento del régimen capitalista y de las conquistas de la dictadura del proletariado. El adelantar el presente estudio no lo consideramos inútil, pues esperamos, dada la ingerencia de Stalin en la redacción del proyecto, que éste quedará como texto definitivo con modificaciones que no alterarán su esencia.

la desocupación garantizan el derecho de trabajar, así como el derecho de recibir, en todo momento, ocupación remunerada, de conformidad con la cantidad y calidad del trabajo realizado.

Este derecho de trabajar hace surgir otras garantías que están reconocidas en la reforma constitucional. Desde luego, el derecho de descanso, asegurado por la reducción de la jornada de labor, por el establecimiento de las vacaciones anuales y por la constitución de sanatorios, casas de descanso y clubes. También se reconoce el derecho al seguro social por causas de vejez, enfermedad, o pérdida de la capacidad para trabajar, cuyos riesgos quedan a cargo del Estado.

Ya en la Constitución de 1918 se otorga a los trabajadores el derecho a la instrucción completa, universal y gratuita. En el proyecto de 1936 ese derecho es reconocido en forma más explícita, pues establece la educación elemental como universalmente obligatoria y libre, y la educación superior la concede mediante becas pagadas por el Estado a "la aplastante mayoría" de los estudiantes de las escuelas secundarias. Por lo que respecta a la educación industrial, técnica o agrónoma de los trabajadores del Estado, la reforma la concede gratuitamente.

En este orden de ideas de ampliar los derechos fundamentales o hacerlos más explícitos o extensivos, encontramos el derecho de asilo que la nueva ley declara a favor de los ciudadanos extranjeros perseguidos por defender los intereses de los que trabajan, o por sus actividades científicas, o por su lucha por la libertad nacional. En la Constitución de 1918 se otorga únicamente a los extranjeros perseguidos por su actividad política o sus convicciones religiosas.

4ª observación: El estudio de los cambios que entraña la reforma de 1936 debe ser dividido en dos principales materias. La primera e importante modificación observada, consiste en que el proyecto inscribe los derechos políticos no sólo para los proletarios, sino *para todos los ciudadanos*, sin distinción de clases. En la Constitución de 1918 cada uno de los derechos fundamentales se propuso *asegurar a los trabajadores* "la verdadera libertad" que respectivamente garantizaban. El concepto de clase, más concretamente: de clase proletaria, guió a los legisladores para otorgar los derechos fundamentales, desterrando el clásico antecedente de concederlos de acuerdo con el criterio político. De este modo, se negaron tales garantías a ciudadanos rusos pertenecientes a las clases burguesas, pero se reconocieron a ciudadanos extranjeros que, trabajando en el territorio soviético pertenecieran a la clase obrera, así como a los campesinos que no vivieran del trabajo de los demás, en virtud de que la República Socialista Federati-

va Soviética Rusa se había fundado en la solidaridad de los trabajadores de todas las naciones. Mas las garantías reconocidas a *todos los ciudadanos* no se otorgan lisa y llanamente, sino que están supeditadas a "los intereses de los que trabajan y con el objeto de reforzar el sistema socialista", como se enuncia en el proyecto de 1936 al conceder los derechos de libertad de expresión de ideas, y de libertad de asociación; este principio se corrobora con la afirmación que declara en la reforma, que todo el poder en la U. R. S. S., corresponde a los que trabajan en cada población. Lo que quiere decir que el proyecto de 1936 vuelve a introducir el criterio político para asegurar los derechos fundamentales a todo ciudadano, pero lo supedita al concepto económico de clase trabajadora, considerando que el trabajo es el generador de tales derechos y que, por interés del sistema socialista, se hacen extensivas las garantías constitucionales a todos, sin distinción; pero su disfrute y ejercicio deben estar limitados para que no puedan atacarse los intereses de los proletarios.

La segunda modificación se refiere a la propiedad. De idéntica manera que en 1918, el proyecto establece la propiedad socialista de los implementos y medios de producción, de la tierra, sus depósitos, aguas, bosques, minas, transportes por ferrocarril, agua y aire, etc., etc., y la constituye bajo la forma de propiedad pública: esta es la base económica de la U. R. S. S. Su explotación síguese concediendo mediante usufructo; pero si en la Constitución vigente se legisló en términos amplios, dejando a la facultad de los órganos supremos del poder establecer los principios generales de la explotación, ahora, en 1936, el proyecto reconoce a las granjas colectivas y a las asociaciones cooperativas su personalidad de usufructarias y garantiza los derechos de éstas, a perpetuidad, echando así los cimientos sobre los cuales los órganos supremos del poder soviético organizarán la forma de explotación de la propiedad socialista, ya que también en el nuevo texto se les reconoce esta atribución. Al lado de la forma dominante del sistema económico socialista, surge una economía privada de campesinos individuales y pequeños artesanos, basada en el trabajo de los demás, y reducida a mínimo desarrollo. La innovación rompe con el principio de 1918, que privó a los individuos y a los grupos particulares de sus derechos privados e inicia en pequeña escala lo que, en términos marxistas, se llama la explotación del hombre por el hombre.

Mas no sólo el sistema de economía se modifica, igualmente la propiedad. Al mismo tiempo que la propiedad socialista, queda protegida la propiedad particular de los ingresos obtenidos por el trabajo y el ahorro personales. Juntamente con la

propiedad pública de lo esencial de los alojamientos de las ciudades, se garantiza la economía doméstica que constituye la propiedad particular del hogar y la de los objetos de uso personal y de comodidad.

Sin embargo, el derecho de propiedad privada, además de limitarse a los especiales objetos a que se refiere el proyecto de reforma, queda supeditado a los intereses de la clase trabajadora. En efecto, una de las obligaciones que todo ciudadano adquiere en la U. R. S. S., es la de *salvaguardar* y *consolidar* la propiedad pública socialista, porque, es esta forma y no otra, la que se considera el cimiento sagrado e inviolable del sistema soviético, la fuente de poder y riqueza de Rusia, y el origen de una vida próspera y cultural de todos los que trabajan. El pretender violar la propiedad socialista, entraña el grave cargo, para las personas que lo intenten, de ser enemigos del pueblo.

La idea de hacer extensivos los derechos fundamentales a todas las capas sociales, pero al mismo tiempo de crear una especie de "capitis diminutio" política para aquellos que no son considerados proletarios de la clase dominante, tiene su confirmación explícita en la garantía que reconoce el derecho de asociación. Todo ciudadano de la U. R. S. S., está autorizado para constituir o formar parte de una organización pública, que puede ser de índole económica, deportiva, cultural, científica o técnica; tal derecho se concede de conformidad con los intereses de los que trabajan, según lo enuncia el precepto respectivo. Sin embargo, pronto se descubre que el derecho de asociación únicamente puede ser ejercitado con plenitud dentro del Partido Comunista, al cual sólo pueden ingresar "los ciudadanos más activos y conscientes de las filas de la clase trabajadora y de otras capas de los que trabajan", "y cuya organización política es la única; además de constituir la vanguardia de los que trabajan en su lucha por reformar y desarrollar el sistema socialista y representar el núcleo que está a la cabeza de todas las organizaciones de trabajadores"; con lo que se comprueba, una vez más, que nada se admite ni se concede, que pueda poner en peligro la hegemonía de la clase proletaria, dominadora en Rusia.

En cambio de los derechos que a todo ciudadano otorga la Constitución, ésta impone algunos deberes fundamentales que son: a) cumplir con la Constitución federal y con las leyes; b) observar disciplina en el trabajo, honradez en el cumplimiento de las obligaciones sociales y respeto a las reglas de la comunidad socialista, y c) obligación de salvaguardar y consolidar la propiedad socialista. En breves palabras: los deberes consisten en conservar y defender el régimen impuesto y orga-

nizado por la clase trabajadora rusa.

Y como última modificación que en este capítulo presenta la reforma de 1936, precisa no pasar inadvertido cómo se limita la acción del sovieta en las fronteras nacionales y abandona, por lo menos en la Constitución, el anhelo de constituir la Unión Mundial de Repúblicas Soviéticas, según se lo propuso la Constitución redactada por Lenin.

* * *

El órgano máximo de poder del Estado en Rusia es el Consejo Supremo de la U. R. S. S., quien ejercita exclusivamente las funciones legislativas y todos aquellos derechos de que está investida la Unión de Repúblicas Soviéticas, reconocidos por la reforma constitucional, a excepción de los inherentes al "Presidium" del Consejo Supremo, al Consejo de Comisarios del Pueblo, y a los Comisariados del Pueblo, cuerpos éstos que se encuentran subordinados al dicho Consejo Supremo.

Este organismo lo constituyen dos Cámaras: la del Consejo de la Unión, que se forma por la elección que hacen los habitantes de la U. R. S. S., y la que se organiza en virtud del nombramiento que expiden los Consejos Supremos de las Repúblicas de la Unión y los de las Regiones autónomas de Rusia (Repúblicas y Provincias) que se denomina, Consejo de Nacionalidades. Para que se forme el Órgano Supremo de Poder, es necesario que esas dos Cámaras funcionen en sesión general. La constitución de las dos Cámaras, que representan, una a los habitantes y otra a las regiones políticas de Rusia, recuerda la organización parlamentaria del mundo occidental: iguales derechos para ambos Consejos, elección y nombramientos periódicos, procesos de estudio, aprobación y formación de las leyes, limitación de los períodos de sesiones, y para que nada falte, se reconoce el fuero o la inviolabilidad personal de los diputados del Supremo Consejo.

La reforma instaaura un sistema electoral para constituir el Consejo de la Unión, los Consejos Supremos de las Repúblicas, los de las regiones autónomas (Repúblicas y Provincias) los de los distritos, de las ciudades y los de las poblaciones, que tiene por base la elección universal, directa y secreta. Según los términos de la reforma de 1936 la elección universal debe ser considerada en el sentido de que todo ciudadano tiene derecho a elegir y ser elegido independientemente de su raza o nacionalidad, su religión, su educación intelectual, su residencia, *su origen social, su estado respecto a propiedades y sus actividades anteriores*. Dicha capacidad se concede también a las mujeres; y por cuanto a la edad para adquirir derechos políticos de ciudadanía se establece desde los 18 años. Relacionando los conceptos anteriores con el principio inicial de la reforma de 1936, que dice

que: "la U. R. S. S., es un estado socialista de trabajadores y campesinos", descubrimos cierta incongruencia entre la definición de lo que es el país como Estado político, y la posibilidad de que a sus órganos supremos de poder (o a cualesquiera otros consejos) puedan llegar, por elección, sujetos que no sean obreros, ni campesinos. Empero la nueva ley constitucional, asegura que todo poder en Rusia corresponde a los que trabajan, lo que quiere decir que no debe ser considerado tan universal el derecho de ser electo, pues en tanto se conserve la hegemonía proletaria, únicamente irán a los distintos cuerpos de elección, los que estén identificados o quieran estarlo con la clase dominante. Y esto último se confirma, porque a las organizaciones sociales de los que trabajan, al Partido Comunista y a las sociedades cooperativas exclusivamente se les otorga el derecho para presentar a los candidatos. Más aún, todo ciudadano elegido *puede ser retirado* de su mandato *en cualquier tiempo* mediante procedimientos especiales y por virtud del acuerdo *de una mayoría de electores*. Esto es: se colocan los cimientos para que la maquinaria política del poder pueda desarrollarse dentro de la ley, seleccionando a los adeptos y desplazando a los peligrosos o a los enemigos.

También se estatuye la elección directa en el sistema electoral. Y por lo que respecta al secreto del voto, hereda los defectos que en su ejercicio, dentro de la política burguesa, le han sido señalados. El método del voto secreto no es democrático sino la expresión del individualismo liberal. Puede relativamente justificarse porque representa el esfuerzo contra los influjos electorales ilícitos del gobierno, de los partidos o de ciertas personas, así

como contra otros abusos. "Pero es necesario entender bien su naturaleza y poner en claro que, en principio, pertenece a la ideología del individualismo liberal y contradice al principio político de la Democracia. Pues la aplicación consecuente de la votación secreta transforma al ciudadano, al *citoyen*, es decir, a la figura específicamente democrática, *política*, en un hombre privado, que desde la esfera de lo *privado* (sea tal su religión o su interés económico, o ambas cosas en una) *manifiesta una opinión privada y emite su voto*. *El sufragio secreto significa que el ciudadano que vota se encuentra aislado en el momento decisivo*. De esta manera se hace imposible la asamblea del pueblo presente y toda especie de aclamación, quedando por completo rota la vinculación entre el pueblo reunido y la votación. *El pueblo ya no elige y vota como pueblo*. Los métodos de la actual elección popular y de la actual votación popular, en la moderna Democracia, no contienen en modo alguno el procedimiento de una verdadera elección popular o verdadera votación popular, *sino que organiza un procedimiento de votación individual con adición de votos*". (4) Mas si tenemos en cuenta la preocupación esencial de la política moderna de realizar la política de masas, debemos exigir no el sufragio privado y personal, sino la expresión de la *voluntad general* conocida por la *presencia del pueblo*, por la asamblea de éste, y *mediante su aclamación*, desterrando el procedimiento que se realiza *en su ausencia*, y por virtud de su desarticulación. Con lo cual abogamos por el imperio de la opinión pública, coordinadora y realizadora de la democracia social.

(4) Teoría de la Constitución. Carl Schmit.

ANTONIO CASO

LA obra de un pensador puede clasificarse tanto en función de lo que afirma, como atendiendo a lo que niega. Ello obedece a que en las producciones filosóficas suele haber una parte dogmática, constructiva, y otra destructiva o crítica. En su aspecto dogmático, es la de Antonio Caso una *filosofía de la vida, de la intuición y de la acción*; en su parte crítica, representa una ininterrumpida y vigorosa polémica en contra de los excesos del intelectualismo y, sobre todo, del positivismo.

Cuando el maestro mexicano era estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria, la filosofía positiva ejercía fascinadora influencia en todos los espíritus. Un intelectualismo radical, unido al ma-

Por

EDUARDO GARCIA MAYNEZ

ravilloso desarrollo de la técnica y los grandes progresos científicos, había provocado en los hombres de la época una fe ciega en el valor de la ciencia, y creciente desprecio por las disquisiciones metafísicas.

Las ideas de Comte, Mill y Spencer encontraron en nuestro medio favorable acogida y difusión extraordinaria, debidas, principalmente, al proselitismo y entusiasmo del doctor Gabino Barrera, própagandista formidable, a quien el maestro llama irónicamente "nuestro Mesías positivista".

“Durante el Gobierno de Juárez y el Ministerio de Martínez de Castro, el doctor Gabino Barreda organizó la educación secundaria o preparatoria de la República, con fundamento en la filosofía comtista, descoronada de su remate natural: la política y la religión de la humanidad. Es decir, pensó realizar, en sus principios inalterables, la dicha de los mexicanos, construyendo sobre los, para él y sus adeptos, firmes cimientos de la ideología positivista. El “Cours de philosophie positive” fue la Biblia del nuevo mentor de los mexicanos.

“Augusto Comte había sostenido en sus libros que el positivismo completaba la obra negativa de los revolucionarios franceses. Se llamó, a sí propio, el gran pontífice occidental, y soñó en unificar los criterios disímiles y las voluntades opuestas, gracias a la ciencia elevada a la categoría de dogma de una nueva fe incontrovertible y eterna.

“Ramírez fue el destructor; Barreda el constructor. Después del jacobinismo—la ideología destructora—el positivismo, la ideología constructora. El “Nigromante” pareció a sus coetáneos el arcángel exterminador, lleno de ira sagrada e indómita energía. Barreda era “Solness el constructor” que, como el personaje de Ibsen, había de terminar sus esfuerzos en el fracaso; pero, más feliz que el héroe ibseniano, no asistiría al desmoronamiento de su obra mientras viviera”. ((1)

Este desmoronamiento se debió al autor de “El mundo como economía, como desinterés y como caridad”. El filósofo mexicano ha consagrado su fecunda vida de escritor y maestro a combatir los errores del positivismo, demostrando la necesidad de completar los métodos intelectualistas con el recurso constante a la intuición, que en su concepto es el método filosófico por excelencia, ya que hace posible el establecimiento de una metafísica y la superación de las limitaciones inherentes al saber puramente conceptual.

La obra de Antonio Caso no sólo ha sido destructiva. El educador mexicano destruyó primero, para construir después. La *pars edificans* de su labor debe clasificarse, según dijimos, como *filosofía de la vida, de la intuición y de la acción*. Este es el nombre que el famoso historiador Augusto Messer, da a esa corriente de pensamiento que brota en las páginas de Federico Nietzsche y culmina en las obras de Boutroux, James y Bergson. Antonio Caso ha continuado en la América Española la tarea iniciada por aquellos filósofos en Europa y Estados Unidos; pero ha sabido lograr una posición independiente, realizando, en la misma dirección espiritual, interesantes aplicaciones y trabajos originales.

(1) A. Caso: *Historia y Antología del Pensamiento Filosófico*, pág. 511.

Explicuemos brevemente la denominación antes citada: filosofía de la vida, de la intuición y de la acción.

Filosofía de la vida: en cuanto enseña que es la existencia el valor supremo, ya que representa el supuesto para la realización de los más altos ideales.

Filosofía de la intuición: en cuanto afirma que sólo la intuición nos pone en contacto inmediato con la realidad concreta.

Filosofía de la acción: en cuanto sostiene que en el mundo estamos para obrar.

Augusto Messer describe en estos términos la corriente espiritual de que hablamos: “Desde el año de 1890, y con más vigor desde el comienzo del siglo, multiplíquense los síntomas que anuncian el despertar de una nueva vida espiritual. Esta no halla aire y luz suficientes para su desenvolvimiento en las concepciones religiosas y confesionales (de las cuales es afín); pero, por otra parte, está en marcada oposición con la filosofía científica, especialmente con las direcciones naturalistas.

“En su obra *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*, plantea Nietzsche el siguiente problema: “¿Debe dominar la vida sobre la ciencia o el conocimiento sobre la vida?” Y se decide por la preeminencia de la vida. Esta decisión valorativa es típica de la corriente espiritual que describimos aquí.

“El máximo valor no reside para ella en el conocimiento científico de lo existente y de lo que ha existido en el pretérito, sino en la vida, considerada como superior desenvolvimiento y plena perfección de las fuerzas íntimas al servicio de los ideales... La vida y la creación no deben dejarse regir por el intelecto, que trabaja con conceptos abstractos, sino por el corazón, por el sentimiento, por la intuición, que contempla inmediatamente lo concreto”. (2)

Se ha dicho que Antonio Caso carece de originalidad. Que sólo ha sido expositor inteligente, gran orador y maestro incomparable. Repróchasele el que no haya construido un sistema.

Tales cargos son infundados, y únicamente revelan desconocimiento, no sólo de la producción del insigne maestro, sino de la naturaleza de las tareas filosóficas y de la imposibilidad de una originalidad absoluta.

Piensen algunos que el filósofo tiene el deber ineludible de descifrar los enigmas del Cosmos, ofreciéndonos en una vasta *Suma*, como don magnífico, la clave de todas las dudas, el remedio de todos los escepticismos, la revelación de todos los misterios. Ignoran, los que creen tal cosa, que la especulación filosófica, en su forma más pura, es

(2) A. Messer: *La filosofía actual*, traducción de Joaquín Xirau, pág. 141.

pensamiento problemático, es decir, empeño firme y constante orientado hacia la consecución de la verdad, sin prejuicios de ninguna especie, sin dogmáticas anticipaciones, sin plan preconcebido, sin sistema.

La historia de la filosofía—enseña Nicolai Hartmann—presenta dos grandes direcciones espirituales: la del pensamiento sistemático constructivo, y la del pensamiento problemático. Tales tendencias pueden darse unidas, pues hay pensadores que, como el santo de Aquino, siendo constructores de sistemas son, al propio tiempo, hombres dotados de ese maravilloso instinto problemático, característico de los metafísicos de genio. Pero, por regla general, aquellas tendencias aparecen desligadas. En Proclo y Plotino, Santo Tomás y Scoto, Hobbes y Spinoza, domina el pensamiento sistemático; en Platón y Aristóteles, Descartes y Hume, Leibniz y Kant, el pensamiento problemático. No es una casualidad ni un infortunio que estos últimos no hayan legado a la posteridad grandes sistemas. Ello no quiere decir que Platón y Aristóteles, por ejemplo, no aspirasen a la constitución de un saber sistemático: significa únicamente que predominaba en ellos el amor al problema, a la dificultad, a la aporía. Y es que tenían visión clarísima de que el problema—no el sistema—es lo esencial en la labor metafísica. Los hombres pueden construir sistemas, más o menos artificiales; las aporías, en cambio, son independientes del filósofo: se le imponen, por decirlo así; exigen una solución, la cual, en muchos casos, nunca será plenamente lograda. Los problemas metafísicos son como los acertijos de la esfinge: no hay quien pueda evitarlos. Aquel que se esfuerza por desconocer su existencia, para no destruir la armonía de un plan trazado de antemano, jamás logrará una obra valiosa y duradera.

“En la actualidad—escribe Hartmann—el pensamiento sistemático ha perdido su importancia de antaño. El radio de acción del pensamiento constructivo es limitado. La ciencia ha hecho progresos en todos los terrenos. Quien desprecia sus resultados, condénase de antemano al fracaso. En esta época no se trata ya, como en las pretéritas, de colocar los cimientos de una concepción del mundo para luego desenvolverla hasta sus consecuencias últimas. Ya no se trata de una orientación inicial dentro de un caos de fenómenos. Los fenómenos encuéntrase ordenados y estructurados; y muchas facetas de su natural ordenamiento son conocidas por nosotros. La manera como las vemos, se halla además determinada por categorías. Estas categorías son múltiples, y cada orden fenoménico tiene las suyas, irreductibles. Quien pretendiese en la actualidad, merced a la suposición de un determinado grupo de catego-

rías, lograr un sistema unitario, veríase obligado a hacer violencia a los demás sectores del conocimiento. Tendría que ofrecernos una unidad artificial, a costa de la natural multiplicidad y, consecuentemente, nunca podría llegar al conocimiento de lo real. Explicar el espíritu por la materia, o ésta en función de aquél; entender el ser de acuerdo con la conciencia; reducir a mecanismo un organismo o presentar los procesos mecánicos como vitalidad disfrazada: todo esto, y otras cosas más, son ahora absolutamente imposibles. Semejantes intentos se estrellarían muy pronto: los conocimientos adquiridos en las materias especiales los harían irrealizables por completo. El pensamiento constructivo ha pasado a la historia”. (3)

Antonio Caso pertenece a ese grupo de pensadores, en los que domina el pensamiento problemático: por eso no ha construido un sistema. En cambio, dejándose llevar de su hondo instinto metafísico, se ha aventurado por casi todas las provincias del vasto territorio de la filosofía general, libre de todo dogmatismo y armado de penetrante sentido crítico, en busca de las eternas aporías. Y se ha enfrentado a ellas con elegancia y desenfado, deshaciendo muchos errores y logrando en ocasiones verdaderas conquistas, que le aseguran un puesto independiente como pensador.

En el capítulo III de su *Historia y Antología del Pensamiento Filosófico*, escribe: “La forma externa sistemática, lógica, no es esencial, por más que varios lo pensaron así, a la elaboración filosófica. “El que piensa metódicamente—dice Kant—puede exponer su pensamiento sistemática o fragmentariamente. La exposición fragmentaria en lo exterior, pero metódica en el fondo, es una exposición aforística”. Es decir, que siempre que se filosofa se piensa con interna congruencia, aun cuando la exposición sea fragmentaria, aun cuando se filosofe *al martillo*, como decía Nietzsche con su habitual elocuencia . . .” “Es discutible afirmar que la filosofía misma haya de ser sistemática. El sistema era propio de la filosofía apriorística, o de la dialéctica de escolásticos y hegelianos”.

Se equivocan los que piensan que sin sistema no hay filosofía. Los pensadores más excelsos de la humanidad no fueron constructores de sistemas. Los diálogos platónicos constituyen el más puro ejemplo del pensamiento problemático. Casi todos los escritos del fundador de la Academia terminan en punto y coma; el filósofo rara vez formula conclusiones, limitándose a discutir largamente los problemas, en un esfuerzo constante de aproximación a la verdad metafísica, esa verdad siempre anhelada y nunca descubierta por completo.

(3) Nicolai Hartmann: *Systematische Selbstdarstellung* (Autoexposición sistemática). Berlín, 1933, pág. 283.

El sistema debe ser el fruto de la discusión de las aporías; no un esquema apriorístico, en el que se trate de hacer caber a toda costa la realidad por explicar. Nietzsche no fue un filósofo sistemático y, sin embargo, del conjunto de sus obras desprende una concepción del mundo y de la vida. Lo propio puede afirmarse del autor de los *Discursos a la Nación Mexicana*: no ha trazado a priori un sistema, pero en sus escritos se refleja una nobilísima y profunda concepción de la existencia. Algunas de sus obras—piénsese por ejemplo en *El Concepto de la Historia Universal*—son a manera de un diálogo sostenido por dos críticos a propósito de una tesis y su antítesis; con meticulosidad de orfebre, considera el pensador una tras otra todas las facetas de la cuestión por resolver; discute las doctrinas existentes sobre el tema y, después de separar lo que en ellas vive y lo que ha muerto, prosigue incansable su labor, haciendo nuevas hipótesis y ensayando soluciones nuevas, firme siempre en su empeño de llegar a la verdad.

Los que declaran que Antonio Caso no es original, demuestran un desconocimiento completo de la producción del filósofo mexicano. Absolutamente original, después del maestro de la Academia y el filósofo de Koenigsberg, nadie puede serlo en filosofía. En la actualidad, sólo es posible una originalidad relativa. Y tal originalidad no puede negársele a Antonio Caso. Sus obras encierran varias teorías y numerosos puntos de vista persona-

lísimos, de originalidad indiscutible. Citaremos, como ejemplos de mayor importancia: su doctrina acerca de la intuición poética, su tesis sobre el heroísmo filosófico y la luminosa síntesis contenida en el libro *La Existencia como Economía, como Desinterés y como Caridad*.

La afirmación de que cada filósofo debe crear un sistema propio, es enteramente falsa. El pensador ha de preocuparse por alcanzar la verdad, no por ser original. La filosofía no es invención, sino intuición y descubrimiento. No se trata, en estas materias, de forjar teorías, por amor a las teorías, sino de intuir verdades. Los que hablan de *modas filosóficas* olvidan que la verdad es eterna, y está por encima de los errores de los hombres.

Si descartamos las críticas nacidas de la ignorancia, sólo en función de la envidia podemos entender los ataques que se han dirigido al ex Director de la Facultad de Filosofía y Letras. También a hombres como él resulta aplicable el prologo: nadie es profeta en su tierra. Antonio Caso, a quien tanto se ha combatido en México, es una figura continental. Sus sabias enseñanzas han sido escuchadas con veneración y aplaudidas con entusiasmo por los estudiantes de casi todas las capitales de América. Las Universidades de Río de Janeiro, San Marcos de Lima y Guatemala, le han concedido el título de doctor *honoris causa*; y la juventud de los países hermanos ve en él a uno de sus grandes maestros.

CARMEN O DE LA ALEGRIA

EL cuarto de Carmen, comunica con una terraza pequeña que se asoma a la alameda de Santa María. Como la tarde que ha estado muy calurosa empieza a declinar, Carmen y Luis salen a continuar su conversación en la terraza.

CARMEN.—¿Pero Luis, cómo defiende usted a las mujeres con anteojos! Todas tienen un inconfundible corte de institutrices.

LUIS.—Si yo no las defiende Carmen. Lo que confieso es que algunas no pueden dejar de conmovirme brevemente. Es que... sabe usted, yo estuve enamorado una vez de una muchacha con lentes. Es decir, en realidad me enamoré de ella antes que enfermara de los ojos, los lentes sobrevinieron a la mitad de nuestra ternura y efectivamente estuvieron a punto de helar mi devoción; pero qué quiere usted, el amor va tejiendo una serie de lazos formales que no puede uno romper luego. Ya casi había terminado de pre-

Por

J O S E A L V A R A D O

parar las últimas rupturas, cuando de pronto volví a enamorarme de nuevo, y naturalmente los lentes gozaron algunas chispas de mi pasión. ¿Qué culpa tuve yo? Una tarde como ésta fue la causa de todo.

CARMEN.—¿Nada más una tarde?

LUIS.—¿Cuestión de escenografía, sabes? Hay algunos momentos también decorados para el amor que realmente es una lástima desaprovecharlos.

CARMEN.—Esta tarde, por ejemplo. Vea usted aquellas nubes.

LUIS.—Es cierto. Pero desgraciadamente, voy a tener que desperdiciarlo todo: la tristeza del parque, las nubes doradas, la luz... Note usted

qué maravillosa luz, parece que está solidificándose al derredor de los álamos, sobre sus copas, abajo y arriba de nosotros. Nunca había derrochado tantas cosas.

CARMEN.—Pero, ¿por qué dice que las derrocha?

LUIS.—Porque no las utilizo para enamorar-me de usted. Es una verdadera desgracia.

CARMEN.—¡Luis!

LUIS.—Sí, Carmen. Es una desgracia y no es la primer vez que me sucede.

CARMEN.—¿Cómo?

LUIS.—Sí, ya van dos veces. ¿Recuerda usted el jueves pasado que nos encontramos en Gorches? Al salir acababa de reaparecer el sol sobre la lluvia. La calle de San Juan estaba brillantísima. Habíamos tomado los dos unos gaznates de crema y sin embargo, tampoco pude enamorarme de usted.

CARMEN.—Pues no lo entiendo.

LUIS.—Vea usted. Es que un profesor de Historia Antigua no puede por ejemplo, regalar un ramo de flores, invitar un coctel, jugar tennis.

CARMEN.—¿Y eso?

LUIS.—He querido decir que un amor como el que yo le pudiera tener: elegante, frívolo, apasionado, necesita determinado tren. Requiere la formación de una especie de cultura, de civilización mejor dicho, de flores, de cocteles, de natación, de dancng.

CARMEN.—¿De manera que usted no se enamora de mí porque no sabe nadar?

LUIS.—Ni nadar, ni bailar, ni puedo aprender. Ni tengo dinero para las flores o los high balls. No estoy pues a la altura de su civilización sentimental.

CARMEN.—¿Y por qué no se enamora bárbaramente?

LUIS.—¿De usted?

CARMEN.—No podría impedirlo. Tal vez lo sentiría, acaso me contagiaria, de cualquier manera sería un interesante espectáculo. ¿Tiene un cigarro?

LUIS.—¿Le gustan Elegantes?

CARMEN.—Sí, son fuertes.

LUIS.—Son un poco ásperos.

CARMEN.—No, ¿son... civilizados?

LUIS.—¿Se burla usted?

CARMEN.—No. No me burlo. Pero he descubierto la clave de todas sus teorías. Lo que usted tiene, es una gran vocación para niño mimado. Y no tiene con que realizarla. Las flores para mí, nuestro swiming-party, nuestros blues, etc., no tienen que ver nada con esa cultura amorosa que usted postula. Usted quiere todas esas cosas, pero no las quiere para esmaltar ninguna pasión por mí, las quiere para usted mismo. Y eso es el puro florecimiento de una planta cuya raíz ambiciona más que nada.

LUIS.—No, Carmen. Esa raíz que usted dice sería económica y a mi en realidad no me interesa...

CARMEN.—No le interesa el dinero, ¿no es así? Le interesa lo que él da. Por ejemplo un bachellor elegante, un roadster, pongamos, color acero. Trajes, corbatas, raquetas, un corresponsal en Glasgow que le enviara el mejor whiskey, libros... y eso Luis, ¿qué es? Premio del cuerpo y el castigo?

LUIS.—Pero Carmen...

CARMEN.—No. Si está muy bien. Creo que no hay aspiración frívola mejor acertada.

LUIS.—Veo que es usted injusta, no soy frívolo, tal vez desgraciadamente usted sabe que mi debilidad consiste en ser un poco trascendental. Tampoco soy un egoísta. Pero qué quiere usted, me duele toda esta carne de que estoy hecho, me repugna un poco y claro, quisiera disfrazarla.

CARMEN.—Volvemos a lo mismo.

LUIS.—No, porque soy el primer convencido de que nunca... vamos, de que tendré que dejar pasar muchos paisajes tan adecuados como éste.

CARMEN.—Y de veras que aumenta su intensidad. Pero ya no es la luz. Ahora es esta media sombra tibia. Lástima que tanto usted como yo temamos tanto a las bellas palabras de medio uso para poder describirla. Supongo que seguirá dilapidando usted todo ese caudal.

LUIS.—Pues sí. Y no lo tiro a la calle, no sonría usted, por egoísmo, por ambición o por resentimiento.

CARMEN.—¿Por elegancia entonces?

LUIS.—No, Carmen, es que los hombres como yo, no tenemos derecho, no tenemos capacidad para usar toda esa riqueza plástica. Y créame, todo esto me duele no por mí, sino por...

CARMEN.—Pero piense cuántos muchachos la aprovechan en este momento. A caso algún pintor.

LUIS.—Y eso a mí que me interesa. Además, cuántos como yo la perdemos.

CARMEN.—Sin embargo, a veces no la ha perdido.

LUIS.—¡Lindas ocasiones! Con una muchacha de anteojos. O con colegialas feas, o con taquígrafas cursis. ¿Por qué todos los hombres, todos, todos, no tenemos derecho a enamorarnos de jóvenes esbeltas, frescas, ágiles, limpias y bonitas?

CARMEN.—Pero no se exalte usted hombre.

LUIS.—Es lo que le digo. Me duelen mi sangre y mi músculo de joven, mis huesos y mi carne de hombre. De hombre y de joven que no puede desplegar la vida que la naturaleza le otorga. Vea nada más el énfasis que me acomete, perdóneme usted; ¿pero no cree que sería preferible no haber adquirido esta categoría dentro de la materia? ¿No sería mejor que todo esto de que estoy compuesto yo, fuera otra cosa, un árbol por ejemplo, un poco de tierra? Pero de tierra humilde, modesta, de esa que se queda para siempre entre las junturas de las baldosas. Al fin que algún día ha de llegar uno a eso mismo.

CARMEN.—Pues yo creo que ese día usted lo puede precipitar. Todavía quedan algunas hermosas formas de suicidio, incluso creo que se podría inventar una nueva.

LUIS.—No; pero eso sería rebelión, un poco demodé. Además...

CARMEN.—Sí, el descontento, la angustia son ya los primeros anuncios de su rebeldía. Resuélvala pues. No la deje sin concluir.

LUIS.—Pero si lo que se rebela en mí, es la inteligencia, el cuerpo sigue sumiso.

CARMEN.—No. Se rebela su vida toda toda y la inteligencia, Luis, es parte de su vida.

LUIS.—No me agrada mucho esa unidad.

CARMEN.—Pero es que mi vida está mutilada en este momento.

CARMEN.—No está mutilada. Está oprimida, porque usted tiene sensibilidad, tiene, digamos, corazón, apto, listo, quizá ágil; pero según usted algo le impide alcanzar esa civilización que dice que se requiere para enamorarse de mí, pongamos por caso.

LUIS.—Mutilada u oprimida, ¿por qué esta vida? ¿Por qué la materia de que estoy formado? ¿Por qué se enferma precisamente esta materia mía y vive, realizando este tránsito de sensibilidad y de dolor? Por qué no vive su vanity-case por ejemplo? ¿Por qué yo no soy su rimel o su lima para las uñas?

CARMEN.—Usted quiere ignorar que el hombre, que la vida humana, mejor dicho es una superación de la materia.

LUIS.—¿En qué sentido?

CARMEN.—Pues sí. La vida es una expresión anhelante. La vida es ya una materia ambiciosa, floreciente de ansia, rítmica y creadora.

LUIS.—¿Ambiciosa de qué? ¿Cuál anhelo?

CARMEN.—La vida es la materia aspirando, superándose, elevándose...

LUIS.—Pero Carmen, ¿usted mística?

CARMEN.—De ninguna manera amigo mío. El hombre es la mejor expresión de la vida. Y el hombre es una síntesis de la materia. Se ha formado a través de una transformación sucesiva y múltiple de muchas otras expresiones de la materia. De ésta ceniza que ha caído sobre su pantalón, de esta tierra del macetero, de mi rouge, de aquella manzana pueden salir elementos dispersos que se organicen en un alimento para usted, y ese alimento se transforma a su vez en el germen de su hijo, ¿y su hijo qué es? Una síntesis superior, una vida, una angustia, una sonrisa, un deseo, un amor. La materia en la primer amiba se superó y ambicionó integrar un ser organizado y total, como ese hijo, como usted, como yo y esto no es ninguna composición mística, es realidad pura y clara.

LUIS.—¿Entonces la vida, no es un tránsito?

CARMEN.—Claro que es porque la materia vuelve a transformarse y se desorganiza, y usted y su hijo vuelven a perderse en papel para cartas, o en un claxon, o en una llanta de bicicleta. Eso debía recordarlo cuando menos cada miércoles de ceniza.

Y esto quiere decir que el hombre tiene que cumplir con la vida organizando eso que usted llama tránsito, creando un sistema que permita a todos los hombres aprovechar todos los atardeceres, los crepúsculos y las alboradas que se les antoje.

El hombre recibe el jugo de la tierra y está obligado a transmitirlo, a crearse, si no la tiene, una situación para difundirlo pródigamente en la atmósfera. Y vea por qué le he llamado fri-

voló: la frivolidad consiste en ser una totalidad, una materia organizada, en recibir la dádiva del mundo y no gastarla íntegra, no comunicarla, sino dejarla perder casi toda dentro de sí, eludiendo la vida despreocupadamente, eludiéndola en aspirar a posiciones formales, sin preocuparse por armar sus bases, volando alrededor de las cosas sin comunicarles el júbilo universal...

LUIS.—Es que yo no puedo comunicar lo que no recibo.

CARMEN.—Es que no sabe transformar lo que recibe. Le falta la capacidad para la alegría. Convénzase usted, abra la escondida llave de su alegría. Sólo la alegría ennoblece el dolor de los hombres, sólo ella los enseña a resistir el placer y a superarlo. La frivolidad siempre es triste, por eso no conecta a los hombres con los otros hombres y con las cosas, en cambio la alegría desbordante, ópima, violenta va a integrar un sistema de la vida donde todo el mundo pueda servirse de los claveles y de la luna...

LUIS.—Pero todo eso no es sino humanismo más o menos renovado, al fin de cuentas va usted a llegar al hombre como la medida de todas las cosas.

CARMEN.—No hay tal, porque la alegría enseña al hombre a crecer dentro de un campo limitado por sus funciones y a aceptar el destino humilde o soberbio que le dará su trabajo.

LUIS.—A conformarse con el castigo.

CARMEN.—Tampoco se trata de eso, porque el trabajo de un hombre no es ninguna expiación, sino la forma más valiosa de la vida. Cada hombre vale por su trabajo, no por ser

hombre. Siempre es mejor un mecánico hábil que un poeta torpe.

LUIS.—Entonces la especialización, la técnica... El hombre tiene derechos y deberes de técnico y no de hombre.

CARMEN.—No, Luis, la alegría disuelve esa oposición falsificada entre el humanismo y la técnica y la disuelve porque no es laica. La alegría integra una organización cósmica superior, de lo más bajo a lo más alto, en una prolongada superación. La alegría hace de un hombre un mecánico superior, porque vivifica todo su valor especializado y lo relaciona con el resto de los hombres, haciendo de su trabajo la unidad de un universo, una unidad a la vez universal. Por eso debemos entregarnos a la alegría que en estos momentos fermenta y se resuelve en una violencia tempestuosa que une a todos los desarraigados; oprimidos y mutilados por esta oscura tristeza de la desorganización que solo permite que unos cuantos sean expertos y brillantes, mientras usted y millones como usted se tienen que enamorar de mujeres feas porque les hurtan el precio de su trabajo... Cuando haya unido a todos, la alegría ordenará desde la distribución de los jornales hasta el derecho para todos de admirar las estrellas.

LUIS.—Entonces, Carmen, en virtud de todas estas cosas y del color de sus ojos, yo la amo a usted en nombre de Hamlet, de las anémonas, de la hoz-y-el-martillo, del fango y de la espuma del mar.

—CARMEN.—Está bien, Luis, pero lástima que ya sea completamente de noche y hayan desaparecido los efectos decorativos del cielo. Tendrá usted que esperar otra ocasión.

LA FILOSOFIA DEL MARXISMO

Conferencia sustentada en el Colegio del Estado de Guanajuato, el 19 de agosto de 1936, de la que publicamos los primeros capítulos.

Motivos de la conferencia

TANTO esta plática como la que sustentará posteriormente el señor licenciado Rafael Llamasa, las organiza la dirección del colegio, atendiendo a la solicitud que le fue hecha por dos grupos de estudiantes existentes dentro del plantel: el lla-

Por el Abog.

J O S E R I V E R A P . C .

mado "Federación de Estudiantes Guanajuatenses", y el denominado "Juventudes Socialistas de Guanajuato". Uno y otro grupos, insistiendo ante mí, pidieron que se dieran conferencias sobre teorías marxistas; esta es la razón de estas pláticas.

La aplicación del Artículo 3º Constitucional

Habría quizás a quien extrañe el que en este Colegio se den conferencias de la índole anunciada en

los programas, suponiendo que el Colegio vaya a tomar una orientación intransigente marxista. Debe aclararse que no hay intención de que así suceda; porque, según entiendo, el Gobierno del Estado no desea ir más allá de lo ordenado por el Artículo Tercero Constitucional, para la elaboración de cuya reforma se tuvo bien en cuenta por la Comisión respectiva el carácter especial de la enseñanza de tipo universitario—según me pudo constar personalmente—para excluirla de modo expreso de la citada reforma constitucional; lo cual sucede con la enseñanza que se imparte en este Colegio, por ser de tipo universitario.

Más aún: a mi juicio este criterio ha sido sustentado por el actual Ejecutivo Federal, y es público que el Señor Presidente, General Cárdenas, ha contribuido y ayudado en forma eficaz a la Universidad Nacional de México, que continúa postulando el principio de libertad de cátedra.

Por esto es que, consciente el Gobierno del Estado del programa de la Revolución, no desea que en los planteles de tipo universitario se implante un credo. La razón es obvia, la razón es clara: al Gobierno importa que en los planteles de tipo universitario se formen intelectuales, a la Revolución interesa que los intelectuales conformes con su ideología, que habrán de servir de orientadores, tengan una fuerte preparación y hayan sido entrenados en la lucha ideológica; siendo sólo los planteles de tipo universitario donde tal lucha puede ser amplia y puede tener todos los frentes posibles.

En cumplimiento del postulado constitucional, el Colegio del Estado y el actual Gobierno local, del mismo modo y al igual que el Gobierno revolucionario de la Federación, no temen las críticas ideológicas, por tener suficiente conciencia de su doctrina y de su fuerza moral, y no temen en absoluto que se critique su programa, como no temen que se critique la doctrina que lo inspira. En esta virtud, queda aclarada para los timoratos la razón de ser de estas conferencias; y quede aclarado para los extremistas, para los revolucionarios de extrema izquierda, que en el Colegio del Estado se dan a la discusión, al igual que las ideas marxistas, otras corrientes doctrinarias.

Actuaciones antitéticas en los hombres

Entremos ahora al tema de esta plática.

Hay dos formas de actuar en la vida. Podríamos decir: aquella forma consciente, querida, en que se prevén los fines y en que se establecen racionalmente los fundamentos de la acción; y aquella otra forma incoordinada, falta de método, falta de sistema, en que los actos van obedeciendo

a inspiraciones cambiantes. En el primer caso diremos que tenemos una actuación con filosofía. En el segundo caso, una actuación sin filosofía. Dos formas de actuar que corresponden: a un sistema ideológico la una; al capricho de la voluntad la otra, o bien a inspiraciones, o bien a atractivos variables constantemente.

Cuál debe ser la forma racional de actuación

¿Cuál será para el sujeto humano, sujeto de pensamiento, sujeto de razón, sujeto de voluntad, la forma de actuar adecuada a su naturaleza? ¿La forma más propia de su naturaleza? Seguramente que es una actuación con filosofía: podemos afirmarlo tanto desde el punto de vista psicológico cuanto desde el punto de vista lógico.

Desde el punto de vista psicológico; porque, sujeto pensante, sujeto de voluntad, el ser humano necesita, por imperativo de su naturaleza, la coordinación de sus actos, según fines precisos: la conducta obedeciendo a una determinación de voluntad, y la voluntad obedeciendo a una determinación de la razón, por el sólo hecho de ser el hombre, por naturaleza, un ser de razón y de voluntad. Desde el punto de vista lógico; por cuanto el sujeto humano, en presencia del universo, atraído por diversos objetos, por diversos motivos incitantes, requiere ordenar mentalmente todos ellos—conocer es ordenar en la conciencia los objetos de conocimiento; la función natural de la conciencia es conocer; lógica es la *forma para conocer*—para que así el hombre pueda establecer su vida dentro de un sistema que corresponda a su naturaleza y corresponda a *lo que es*. Tal sistema no puede ser otro, entonces, que el formado lógicamente. Así, el hombre habrá de discernir entre los motivos que atraen su voluntad y atraen sus actos. Ha de pensar sobre unos y otros motivos, emitiendo su juicio y, finalmente, ha de resolverse a actuar en tal o cual forma, con tal o cual sentido.

Actuación con filosofía

Así pues, la actuación del hombre tendrá que obedecer—en función normal su naturaleza—a todo sistema en que se sabe, en que se tiene conciencia de *lo que es el sujeto cognoscente*; en que se sabe, en que se tiene conciencia de *lo que son los objetos* hacia los cuales puede el mismo cognoscente, como sujeto de voluntad, orientar ésta. Nos hallamos entonces con los siguientes términos: el sujeto cognoscente; las cosas que puede conocer; él mismo como objeto de conocimiento; su conciencia de que conoce *lo que es él mismo y lo que son las cosas*. Entonces decimos que *sabe*. *Sabien-*

do, el hombre podrá obrar o actuar y diremos que *actúa* cuando *sabe*, y solamente cuando sabe.

El contenido de toda filosofía

Esto es, sencillamente, lo que constituye una filosofía: un sistema para conocer—conocer es ordenar—; un conocimiento ordenado de las cosas en general—consciente—; un actuar según lo que se conoce. Creo que lo dicho cabe dentro de la definición de filosofía de Wundt: “un sistema establecido para satisfacer exigencias de la razón y satisfacer necesidades de la vida”. Exigencias de la razón, en cuanto a conocer las cosas, en cuanto a conocerse el propio sujeto y en cuanto a conocer la forma de conocer. Necesidades de la vida, en cuanto el sujeto se encuentra ante objetos que atraen su inteligencia y su voluntad y le exigen una determinación en su conducta.

Los problemas básicos de toda filosofía

Ahora bien. En el fondo de todo sistema filosófico se debaten cuestiones de suma importancia—evidentemente todas lo son—ya que son estas cuestiones que se debaten en el fondo de toda filosofía, las que dirigen, las que edifican—nada menos—el sistema del pensamiento y de la conducta. Nada menos. Cuestiones tales que son las básicas para formar la línea de conducta que ha de seguir el sujeto consciente de sí mismo: el conocimiento de las cosas y de sí mismo—*lo que son*—; la forma de obtener ese conocimiento; la valorización de las cosas y de sus propios actos y aun de sí mismo. En el fondo de toda filosofía habrá entonces el problema del ser—el íntimo problema del ser, descubrir la esencia del ser—qué es lo que es. Habrá el problema del conocer las leyes, del conocer verídico, las que llevan a un conocimiento verdadero, a un conocimiento cierto. Finalmente, el problema de la actuación mejor, el de las normas que impongan al sujeto una conducta siempre creadora de valores. Un problema de ser, un problema de conocer, un problema de valer.

El escollo primordial de toda filosofía: la solución intuicionista

Difícil es en todo sistema filosófico—casi imposible—hallar el argumento racional convincente, que resuelva en su entraña más íntima, en su nacimiento, en su origen mismo, cada uno de estos hondos problemas. Todo argumento—el básico, el primario, el inicial—resulta siempre racionalmente objetable: se trata nada menos que del conocimiento más íntimo de la naturaleza del ser, de la íntima ley del conocer, de la íntima razón del va-

ler. Por esto es que acertadamente se ha sostenido en la filosofía intuicionista—se ha afirmado por uno de nuestros más grandes filósofos, Antonio Caso—que en el fondo de toda filosofía existe un problema de intuición. Esto en cuanto al conocer y al valer. En consecuencia, diré—concretándome al problema de la actuación—empleando palabras de Radbruch, que “toda actuación se resuelve primariamente sólo y exclusivamente por una confesión íntima de la conciencia”.

Intuición; porque dados los recuerdos sensibles—sensoriales—del hombre, así como los eidéticos, dados los límites de la razón y de sus juicios, que se forman a base de aportación de datos sensoriales—*nihil in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, decían los aristotélicos; *nisi ipse intellectus*, decía Leibnitz, recordado por Antonio Caso—; dados los límites mencionados, repito, no es dable conocer la íntima naturaleza del ser, puesto que no se revela sensorialmente, quedándonos sólo la posibilidad de inferirla. Aun así, ¿cuál es la filosofía que puede válidamente afirmarnos que su inferencia nos dió un resultado verdadero? Comprueba la incertidumbre de cualquier respuesta la crítica contumaz que todos los sistemas se hacen entre sí. No revelada sensorial ni racionalmente la íntima naturaleza del ser, ha debido apelarse a un nuevo método de conocimientos: el intuicionista: estrechamiento ineluctable, indefinible, de la conciencia consigo misma, de la conciencia con las cosas, que la obligan—en un verdadero raptó, en un verdadero arrobó—a pegarse plenamente con las cosas, a recibir al ser en una plenitud indescribible, sin que haya antecedentes sensoriales ni de juicio.

Confesión íntima de conciencia; porque, no habiendo ese conocimiento racional o sensible que descubra la entraña del ser, la acción sólo puede nacer en nuevo arrebató intuitivo. Es en el fondo de la conciencia de cada sujeto donde se determina, en forma misteriosa, en forma indescribible, en forma verdaderamente ineluctable, cuál es el fundamento, el más íntimo, el más profundo, de su acción.

El marxismo como filosofía

Ahora bien. El marxismo aparece casi como un sistema filosófico preconcebido, quiero decir, como nacido sin elaboración previa sistemática; dentro del cual, sin embargo, se halla determinada por una intuición genial esa esencia íntima del ser; donde, también por una confesión íntima de la conciencia, se halla definido, se halla cogido como de sorpresa, el motivo profundo, el más hondo, el más remoto, de la conducta humana.

La insistematización filosófica del marxismo

A mi modo de ver—y en esto acepto lo dicho por diversos críticos del marxismo: críticos en el sentido amplio, en el sentido lato, no en el sentido de deturpadores del marxismo—a mi modo de ver—y en esto apoyándome en Engels—no se constituyó el marxismo desde sus bases en una elaboración completa, en una elaboración perfecta desde el punto de vista filosófico.

Afirma Engels que “lo que nos interesa no es interpretar, sino transformar el mundo”. Lo que el marxismo sostiene es una transformación del mundo. No es en el fondo el marxismo una interpretación del mundo; sino un programa de acción, una escuela de lucha, una escuela de ataque a las clases explotadoras.

El marxismo—programa de acción—necesita, sin embargo, si ha de considerársele como postulación de principios para la acción—sólo actúa el que sabe, decíamos antes—necesita, como obra racional, como obra humana, de modo imprescindible, su fundamentación filosófica. Aun contra la máxima de Engels. Necesita tal fundamentación filosófica, de acuerdo con lo que antes apuntamos: que todo acto implica una concepción de finalidad; que toda manifestación o toda modificación de la conducta exige encontrarse dentro de una serie de actos que obedezca a todo un sistema, a toda una serie de postulados racionales y no a los caprichos de la voluntad del sujeto, ni menos a la forma caprichosa en que se presenten al hombre diversos objetos o motivos incitantes de su voluntad.

Necesidad de una sistematización filosófica del marxismo

Por esto es que, entrado el marxismo como una doctrina dentro de la lucha social, ha debido construir su sistema filosófico, a pesar de que a Engels interesara la transformación y no la interpretación del mundo. De ahí que haya sido necesario para el marxismo tener una filosofía y que el propio Marx haya principiado por dar nociones para establecer el sistema—aunque esto se haya hecho a posteriori y no precisamente por él—fijándose así las directrices del materialismo dialéctico. Y esto es obvio, dado que el marxismo es un programa de pensamiento y de acción. Siendo una corriente de pensamiento y de acción, le ha sido indispensable construir su doctrina, construir su filosofía.

El rango filosófico del marxismo

Pero, al construirse esta doctrina, seguramente deberá atenderse, como en toda corriente filosófica, que por tal ha de aspirar a ser sistemática, a

elaborar una doctrina integral; no una doctrina que explique sólo un fenómeno, no una doctrina que se limite a explicar la lucha de clases; por más que se diga que el marxismo no aspira a ser una interpretación del mundo, por más que se diga que le basta explicarse la historia como un fenómeno de lucha de clases; ya que, aun en este supuesto, la explicación recurre a integrarse justamente alrededor de las teorías directrices del materialismo dialéctico, del que no viene a resultar sino una aplicación específica el materialismo histórico. A mi juicio, el materialismo dialéctico ofrece elementos bastantes para construir una explicación integral del mundo y de la vida y por ello me parece que, sistematizado, merece el rango de doctrina filosófica. El maestro Caso niega que pueda estar a la altura de las otras grandes escuelas filosóficas. Respetando mucho la opinión de tan distinguido maestro—a quien sobre manera estimo—insisto, no obstante, ante ustedes, en que sí ha de colocarse el marxismo al nivel de las grandes escuelas filosóficas juntamente porque tiene capacidad de ser un sistema integral; porque cuenta con elementos bastantes para construir todo un sistema de filosofía, como lo veremos en el transcurso de esta plática. Así ha de verse el marxismo, digamos mejor, la elaboración filosófica del marxismo: el materialismo dialéctico. Y ha de colocársele a la altura y al mismo nivel, y con igual valor al de todas las grandes escuelas filosóficas: las mismas escuelas helénicas—la de Mileto—con Tales, Anaximandro y Anaxímenes—la eleática;—recordemos a Jenófanes y a Parménides—; la de Heráclito; la atomista de Leucipo y Demócrito; aun las propias escuelas socrática, platónica y aristotélica. Ha de colocarse a la altura del epicureísmo, a la altura del estoicismo, a la altura de las escuelas cínicas. Y no tengo reparo en considerarlo—como una de tantas escuelas filosóficas—al mismo nivel que el neo-platonismo de Plotino. Mencionemos—simplemente en vía de enumeración—otras corrientes a cuya altura, como doctrina filosófica, podemos considerar el materialismo dialéctico: la escolástica en sus diversas desviaciones; el racionalismo que impuso Descartes; el empirismo de la escuela inglesa; el sensualismo de Condillac. No mencionamos por el momento las diversas corrientes germánicas, para volver a encontrarnos el materialismo dialéctico al parejo con el positivismo y el neocriticismo, con el naturalismo de Haeckel y con el intuicionismo y aun con doctrina reciente como la fenomenología. La razón es que el materialismo dialéctico, igual que las doctrinas enumeradas y otras muchas omitidas, tiene elementos bastantes para construir todo un sistema de filosofía; importándonos poco que se le denomine o no marxista, que sea aceptable o no lo sea. Esto no importa

para negarle su rango de escuela filosófica. Como no nos importa para dar el mismo rango a otra corriente cualquiera, el que la aceptemos o no, trátese del empirismo, del positivismo, del intuicionismo, o de no interesa cuál de las escuelas mencionadas o de cualquiera otra.

Necesidad de juzgar serenamente el marxismo

Hice de todo propósito la enumeración anterior, queriendo señalar un aspecto sumamente importante y que nunca debe olvidarse: a menudo se ocultan los horizontes, a menudo—al leerse el último libro—se cree haber llegado a la verdad eterna; oyendo la última doctrina se cree que es el último grito de la inteligencia humana. Y ésta enumeración de doctrinas que hicimos nos revela cuán inquieto ha sido el espíritu, cuán inquieta ha sido la conciencia, y cómo con diversos matices, y cómo con diversos tópicos, se ha creído siempre que hizo su aparición la verdad. El hombre ha pugnado siempre por descubrir la Verdad y jamás el encontrar una vereda que a ella pudiera conducir, pudo satisfacerle. Aun doctrinas de recia envergadura, aun doctrinas de recia imposición—como lo fue la escolástica—acabaron por dejar paso a nuevas inquisiciones de la mente, a nuevas angustias del corazón—digamos—de la voluntad. Justamente por la perpetua insatisfacción del espíritu humano.

El marxismo no ha de ser ni dogma, ni tabú

Todo lo dicho va con el propósito de que se entienda, al estudiar el marxismo, al dársele el valor que le corresponda, que no es un dogma, que está muy lejos de ser un dogma, que está absolutamente lejos de ser un dogma, de ser una verdad incontrovertible; que, como todas las verdades humanas, como todas las verdades que cree descubrir la filosofía, está sujeto a crítica, a rectificación y aun a constantes reelaboraciones, tal como los más altos exponentes del marxismo lo han hecho; justamente porque no es una doctrina completamente elaborada, ni menos puede admitirse—por la eterna insatisfacción del hombre—que sea la última ruta que conduzca a la Verdad.

Ahora bien, frente a esta posición, contra la que hay que estar prevenidos, existe la otra posición que hay que atacar siempre: la de entender alguna doctrina filosófica como “tabú”, como cosa prohibida. No ha de ser el marxismo ni dogma ni tabú—ha dicho el profesor universitario Virgilio Domínguez.

Ante el marxismo, naturalmente en gente indocta, en gente impreparada o ingenua, se tienen comúnmente dos actitudes: verlo como la nueva

fe, el nuevo dogma, la nueva creencia que se acepta sin discutir porque la predicó Marx y la glosaron “los auténticos marxistas”; y la posición contraria, igualmente criticable—seguramente más criticable todavía—la del que rechaza el marxismo a priori, porque le han dicho que engendra graves desgracias y que trae aparejados trastornos de una transcendencia incalculable.

Como dogma absoluto, el marxismo ha de rechazarse serenamente, o, al menos, ha de ponerse en tela de juicio; como ha de ponerse toda doctrina filosófica, si se quiere hacer labor de intelectuales: con serenidad, sin apasionamiento, con tranquilidad, para ver si el marxismo responde como sistema filosófico a las angustiosas preguntas que diariamente se hace el hombre. Si el marxismo es capaz de solucionar las exigencias de nuestra razón y de resolver nuestras interrogaciones sobre la forma de solventar las necesidades de nuestra vida, en buena hora que se le acepte. Si no es así, también en buena hora que se le rechace. Pero en ningún caso que se le acepte sin crítica, ni se le rechace como cosa prohibida: esto se queda para ignorantes, para ingenuos, para crédulos; nunca para quienes marchan por el camino de los intelectuales.

La posición del marxismo ante las cuestiones básicas de toda filosofía

Ahora bien, ¿cuáles serán las respuestas que dé el marxismo a los tres problemas fundamentales de toda filosofía, que antes señalábamos, esto es: el conocer, el ser y el valer? ¿Cómo explicará estas cuestiones la elaboración filosófica del marxismo?

Decíamos ya que los problemas fundamentales de toda filosofía se atacan, por un sistema, de conjunto —por un sistema completo— o bien, por determinadas ideas filosóficas que sean elementos bastantes para constituir o elaborar a pausas un sistema íntegro. No siempre ha sucedido lo primero: las escuelas filosóficas no han atacado de conjunto todos los problemas fundamentales de la filosofía, a excepción seguramente de la aristotélica: han ofrecido elementos para que con ellos se vayan orientando el ataque a alguno de dichos problemas y se resuelva.

El problema del ser es el problema de la antigua filosofía helénica. El problema del conocer es el de los sofistas y de las escuelas socráticas y platónicas. El problema del valer—desde el punto de vista ético—el problema de la conducta humana, tan sólo es cuestión central en la filosofía posterior a Platón: la epicúrea, la estoica y las escuelas cínicas. Ya decíamos que en Aristóteles se atacan todos los problemas; debiendo

aclarar que nuestras afirmaciones valen sólo en cuanto consideramos el aspecto más notorio en cada escuela.

Por ello es injusto atacar al marxismo porque no haya elaborado completamente su filosofía, porque no haya elaborado un sistema integral, universal, aun cuando haya dado elementos para integrarlo. Seguramente tal ataque es injusto; puesto que a ninguna doctrina se le ataca por la misma razón, sino sólo al marxismo.

La razón de dichas soluciones parciales a los problemas filosóficos sólo podremos descubrirla por el estudio de una determinada escuela, en relación con su época. En efecto, el problema filosófico que se ataca por una doctrina es el de mayor inquietud en su época; es ese problema el que más agita, el que más interesó. El problema del ser interesó a la más antigua filosofía helénica. El de la conducta a las escuelas post-platónicas. El de los valores eternos e inmutables a la metafísica escolástica. El problema del conocer a Bacon, Descartes y Kant.

El problema filosófico fundamental para el marxismo

¿Cuál es para el marxismo el problema que fundamentalmente le interesa resolver? A mi modo de ver, el problema básico que más atrae, que más interesa al marxismo, es el de la conducta, es el de la actuación: es justamente el del comportamiento que han de tener los hombres ante la situación social reinante. En el momento en que surge el marxismo, como dice Engels, lo que interesa es transformar el mundo, no interpretarlo; no interesa construir sistemas filosóficos, sino actuar. Lo que interesa es la vida misma: lo demás no tiene importancia ni merecido.

Época histórica en que surge el marxismo

Es importante el problema de la actuación para el marxismo, es precisamente el problema de la conducta el más interesante para el marxismo, por la situación social coetánea al momento en que surge: es el triunfo del individualismo, que arranca de aquellas raíces vigorosas hundidas en el Renacimiento; es el triunfo del espíritu renacentista, marcadamente individualista, que se hizo obra victoriosa a fines del siglo XVIII. Victoria fundada teóricamente en la filosofía jusnaturalista, que trajo una nueva organización del Estado, implicando su no intervención. Mismo triunfo que, por otro lado, provocó una reacción de las clases conservadoras, a quienes destruyera el individualismo: monarquía, nobleza, y clero. Reacción que significa lucha de parte de

aquellos a quienes venció el individualismo, creando la burguesía: las clases llamadas privilegiadas en "l'ancien régime".

Esta reacción conservadora es especialmente importante en Alemania, con el célebre ministro-filósofo, Barón de Sthal; especialmente importante en Francia con el llamado movimiento ultramontano, apoyado en la vigorosa elocuencia de Lacordaire y Lamennais, de tipo aun clerical. Esto es, el clericalismo de tipo católico en Francia y de tipo protestante en Alemania, que intentó asumir la dirección política y aun la dirección económica del mundo, reaccionando contra las ideas individualistas, para hacer un último esfuerzo de sustentación de doctrinas de carácter más bien teocrático, y—digamos con mayor amplitud—de doctrinas fundadas en la sentencia pauliana de que toda autoridad emana de Dios.

La aparición del proletariado

Frente a esta pugna entre el individualismo y las tendencias conservadoras, aparece un tercer elemento: el proletariado. El fenómeno acontece en Alemania; acontece en Francia—recuérdese a Babeuf en plena Revolución—; y tiene lugar en la poderosa Inglaterra, donde tuvo su impulso propiamente. Aquí hallamos la presencia de un tercer factor, actuando en forma vigorosa dentro del llamado movimiento cartista, que tuvo lugar en la cuarta década del siglo XIX. Aquí hallamos a la clase obrera pretendiendo obtener puestos en el Parlamento; pero no puestos a base de lo que se llamaba en la jerga política "burgos podridos", sino, todo lo contrario, luchando por tener su representación las ciudades industriales. Pero no sólo será de carácter político—la inquietud de la época, puesto que es mucho más importante la transformación económica que ha sufrido el mundo, y la aplicación a la industria de nuevos factores, a causa de la transformación de la maquinaria, de la transformación de la utilería. Es la revolución operada por la máquina de vapor—tenemos su aplicación a la industria textil, los barcos de vapor e, inicialmente, los ferrocarriles. Es la época del auge de las diligencias. Todos estos aspectos de carácter económico transforman radicalmente la economía social y hacen que en la producción se constituya una clase: la explotadora de los medios de producción—la dueña, la propietaria—frente a la clase asalariada.

En esta situación tenemos nuevos movimientos políticos: la Revolución del 48 en Francia y el advenimiento de la Segunda República; el crudecimiento de las luchas italianas; la Revolución de Austria y el Congreso de Francfort, en que intentó Alemania resurgir, iniciándose el llamado nacionalismo alemán. Aquí cabe una acla-

ración: no el nacionalismo o nazismo actual de Hitler, que tal vez vigoriza la idea de la nacionalidad alemana que logró convocar el Congreso de Francfort, para hacer de Alemania una nación y unificar dentro de un sentido democrático, dentro de un sentido liberal, las diversas regiones o países. El Congreso provoca la reacción del rey prusiano, que rechaza las proposiciones que le son hechas, por entender que, de aceptarlas, vendría el predominio de las ideas democráticas.

En tales circunstancias se engendra la revolución proletaria, si no políticamente, sí de carácter económico: la necesidad de mejoramiento del proletariado se da escape por medio de la revolución. El proletariado ha de luchar, porque jurídicamente, dentro de la ley, no se le dan oportunidades de reivindicación.

Las doctrinas socialistas

Nos hallamos en presencia, pues, de las llamadas doctrinas socialistas. Para nuestro objeto, el socialismo marxista. Las demás modificaciones, los demás antecedentes y otros motivos que son de considerarse y aun de importancia, los dejamos de lado.

Ahora bien, esta revolución proletaria implica, como acción de lucha contra las clases dominantes, la definición de una conducta, y, ello, la exigencia de una filosofía, la postulación de un sistema integral de filosofía.

Obsérvese que estamos dando una explicación marxista de la historia: nos interesa la transformación económica; nos interesan los hechos reales; la transformación sufrida a principios del siglo XIX. A consecuencia de ella las pugnas políticas, las pugnas religiosas, podrán afectar determinadas formas nuevas; pero eso no nos interesa por ahora. Lo cierto es que se opera una transformación, para cambiar los beneficios de la producción de manos de unos cuantos a manos de una absoluta mayoría; para modificar las condiciones higiénicas de los talleres; sobre todo, para disminuir las jornadas de trabajo y—en uno de los aspectos de la revolución—para tener representación en el Parlamento.

Estos son los hechos; pero como las clases dominantes, las clases explotadoras, no dan oportunidad a satisfacer las exigencias del proletariado, el proletariado ha de luchar. Marx opina, que los explotadores nunca serán tan generosos en ceder su puesto a los explotados, y sostiene que la única posibilidad de suprimirlos es la lucha de clases, violenta, revolucionaria, la huelga general; al no contarse, como no cuenta, con que las clases explotadoras tengan la bondad de dejar su puesto

a las clases explotadas. Seguramente que en esto tiene razón Marx.

Ahora bien, siendo el movimiento marxista un movimiento de transformación, un movimiento de acción—no de interpretación—se explica, como ha quedado explicada de acuerdo con los razonamientos que hemos venido haciendo en esta plática, la necesidad de una filosofía que funde en lo posible la lucha de clases.

Los compromisos filosóficos del marxismo

Hemos dicho que el marxismo es deficiente en su elaboración; esto es, que no es completo como sistema de filosofía, aunque dé las bases para crear uno; y nos encontramos con que la construcción filosófica, la elaboración sistemática, diremos—aun a riesgo de ofender al marxismo puritano—la metafísica marxista, tendría que ser forzosamente una elucubración posterior. Así, vendremos a encontrarlo, desde el punto de vista filosófico, con que tiene el compromiso de resolver, como sistema de filosofía, no en forma completa, pero sí en sus nociones básicas, los tres problemas fundamentales de todo sistema filosófico: *cómo se piensa, qué es el sér, y qué valor se da en el sér o tiene el sér.*

¿Cómo resuelve el marxismo estas tres cuestiones? Lo podríamos determinar sin tener en cuenta, de los antecedentes en que se inspiró el marxismo, sino éste: la filosofía de Hegel, sin olvidar que el marxismo no es sino una transformación de la filosofía de Hegel—“Poner de pies lo que Hegel puso descansando en la cabeza”, como decía Marx—. Pero, ¿cuáles son los antecedentes de la filosofía Hegeliana? ¿Cuál es el por qué de dicha transmutación de la filosofía Hegeliana?

Los antecedentes filosóficos del marxismo

Siempre me ha impresionado una frase que leí hace tiempo y a la que le concedo pleno valor. Es de Summer Main: “Nada hay de nuevo en el mundo, salvo la actuación de las fuerzas naturales, que no tenga sus más remotos orígenes en Grecia”. Y si esto es verdad en términos generales, en materia filosófica es una verdad absoluta, verdad incontrovertible. Es cierto: todo sistema de filosofía arranca de Grecia; toda orientación filosófica hunde sus raíces en Grecia, sea la filosofía del sér, sea la del devenir, sea cualquiera explicación de la conducta y aun me atrevería a sostener que cualquier sistema de explicación de las leyes del conocimiento. No tiene objeto demostrar nuestra aserción. Para el propósito de esta charla nos basta exhibir cómo están en la filosofía helénica los primeros brotes del materialismo y aun del materialismo dialéctico, que constituye la entraña filosófica del marxismo.

Toda explicación del mundo, toda interpretación de la vida, apoyándose en la materia, como un todo absoluto: tal es la afirmación angular de todo materialismo, que resulta dialéctico cuando se considera la materia, todo absoluto, en perenne transformación que se realiza siguiendo un proceso llamado dialéctico. Tal proceso se fija por abstracción y corresponde a un proceso real de cambios constantes. Estos no son sino manifestaciones del ser—materia, todo absoluto—que en tal momento se halla en postura “A”, la cual engendra en sí misma, o implica en sí misma, la postura “B”, o la postura “No-A”, para dar nacimiento a la postura “C”. Esta, a su vez, implicando la postura “D”, y “C” y “D”, exigiendo la postura “E”. Así sucesivamente, en un proceso infinito.

Los problemas del sér y del devenir

¿Qué es la materia—todo absoluto? ¿Es el sér continuo, eterno, incommensurable, inmutable, único, como sostuvo la escuela eleática? ¿O es, paradójicamente, un sólo y mismo sér en transformación infinita, como dijera Heráclito, un trasunto de la escuela jónica? El materialismo resulta dialéctico nada más porque capta el proceso de transformación como un método, el método dialéctico.

Recordemos brevemente cómo en la filosofía helénica más antigua dos eran los problemas básicos: *lo que es* ante mi conciencia de sujeto cognoscente, ¿en verdad *es*?, o bien: *lo que es* ante mi conciencia de sujeto cognoscente, ¿en verdad *no es*, sino que sólo se mueve, sino que sólo cambia? ¿Es entonces *lo que es*, simplemente un cambio? En otros términos: ¿qué *es* lo real, el sér inmutable o el moverse?

Dice la escuela del sér, la escuela eleática: “*lo que es, es* siempre, *es* inmutable y eterno; porque si *es* en este momento y en el siguiente *no es*, ya *no es*: no es sér”. Porque si el cambio implica la traslación del sujeto en distintos puntos de reposo, *lo que es* en el punto “A”, ya *no es* “A” en el punto “B”; y *lo que es* en el punto “B”, ya no es “B” en el punto “C”; y si en todo momento es la misma cosa la que es los puntos “A” “B” y “C”, entonces el movimiento ya no tiene explicación. Recordarán ustedes que ni el ligero Aquiles podrá alcanzar a la tortuga, porque entre la tortuga y Aquiles hay una distancia infinitamente divisible por mitad. Recordarán la ilusión de la flecha que vuela: tiene que salvar una serie indeterminada de puntos en el espacio, y en cuanto *esté* en uno de ellos, *está en reposo*; de donde se sigue que la flecha está quieta en sucesivos puntos de reposo, y que su movimiento es aparente.

Estas disquisiciones, que nos parecen bizantinas, hicieron decir a Heráclito: “Tanto han agudizado los de la escuela eleática, que acontece lo que en

el cuento del Rey que portaba un vestido tan elegante y sutil, que todos admiraban la sutileza y elegancia del vestido del Rey, hasta que llamaron a un niño, para que admirara el vestido y el niño ingenuamente dijo: pero si el Rey no está vestido”. Esto acontece con la escuela eleática, de tanto agudizar, de tanto elucubrar y de tanto sutilizar.

Heráclito sustenta doctrina antitética: “no existe el sér inmutable; lo que existe es el movimiento; el cambio es lo único que aparece ante mí”. ¿No es verdad que parece estar oyendo al marxismo?

Aristóteles diría: Conozco ciertamente el movimiento, la transformación; pero no es lo único que puede conocer mi razón, porque ésta me lleva a conocer aquello que se mueve. ¿Cuál es el *ontos* movido, susceptible de conocerse por mí en cuanto se mueve? Aquel sér real, del que conozco el movimiento, y del cual la razón me lleva a conocer sus causas primeras: las célebres cuatro causas primarias de la esencia, que sostiene el aristotelismo—material, formal, eficiente y final—; ninguna de ellas aisladamente cognoscible, sino sólo en su conjugación. ¿Cuál es el todo absoluto, que nos permitirá explicarnos los seres movidos? Fundamentalmente una materia, amorfa, apática, inerte, en posibilidad de recibir todas las formas, interviniendo un motor y en vista de un fin, para entonces *ser*, el *sér movido* que conocemos. A mi entender, entonces, un dualismo: *la materia y el motor no movido*, que en sí subsume el poder actuar para informar la materia y apuntar la finalidad que cumpla el nuevo sér movido.

En Heráclito el todo absoluto es el fuego, que incesantemente se enciende y apaga; fuego que se transforma en agua y en tierra, para volverse a tornar ambos en fuego. Trasmutarse eterno, cambio sin cesar, en que el sér engendra su contrario. Parece que estamos oyendo al materialismo dialéctico: el todo absoluto—llamémosle materia en el marxismo; llamémosle fuego en Heráclito, como nos venga en gana—; el todo absoluto que se mueve, no en desdoblamiento de sí propio, sino él mismo, transformándose constantemente.

Vean ustedes cómo en el fondo lo que hay es este problemas: ¿qué *es* lo que *no es* yo cognoscente? ¿Qué *es* el *no-yo*? Dentro de la filosofía del sér, ¿todo es sér: yo y no-yo? Dentro de la filosofía del devenir, ¿todo es el fuego de que hablaba Heráclito: yo cognoscente y el no-yo en movimiento? ¿Soy yo mismo fuego encendido pronto a apagarse? Yo conozco—indudablemente—y lo que conozco en múltiples aspectos, ¿no es más que la misma materia—el fuego—en diversas transformaciones? Dentro del marxismo, variando las palabras y diciendo siempre materia en lugar de fuego, las mismas preguntas y la misma respuesta que, por incierta, no se atreve a brotar.

(Continuará).

LA CASITA DE DON MATIAS ROMERO

P o r C A R L O S F I L I O

LOS secretarios de Hacienda han sido por sus funciones exactoras, llámense el dramaturgo Eduardo de Gorostiza o Manuel Payno el historiador, ciudadanos impopulares, excepto Guillermo Prieto que se salvó por su prestigio de versificador plebeyo, y don Adolfo de la Huerta por su prodigalidad con gentes de telón y candilejas.

Pero ningún ministro de las finanzas nacionales fue tan vapuleado como el Lic. Matías Romero, como pocos también tuvieron que sortear con tino la situación de miseria en que se encontraba el erario, al salir la República de la guerra civil y sus luchas contra el Imperio.

Para conocer bien a este ciudadano ministro, que en otros tiempos pudieron haber informado sus actos un capítulo de las Vidas Paralelas, parece pertinente recordar que nació en Oaxaca a fines del primer tercio del siglo diez y nueve; que en las aulas del Instituto de Ciencias y Artes tuvo por maestro a Benito Juárez, y desde su juventud se afilió al partido liberal. Su empeño lo trajo a México a terminar sus estudios de abogado; aquí encontró la ayuda munificante del Magistrado de Circuito Lic. Ignacio Mariscal, y a sus veinte años fue a las logias masónicas, hizo ensayos de conspirador jacobino y fue amigo de Melchor Ocampo.

El golpe de Estado de Comonfort lo sorprendió en su puesto de lucha, y fue con Juárez por tierras de Jalisco, Colima y Panamá, hasta la estabilización del gobierno en Veracruz, en donde simultáneamente desempeñó la Secretaría particular de varios ministros del gabinete liberal. Después fue a Washington a trabajar al lado del ministro Mata, dentro de una situación de pre-conceptos organizados por el futurismo de la Triple Alianza.

Al ser una realidad la intervención extranjera, dejó su uniforme protocolario por la indumentaria chinaca, y vino a México a presentarse en el cuartel de San Pedro y San Pablo a ofrecer sus servicios al Jefe Ignacio Zaragoza, encargado de la defensa nacional.

El abogado oaxaqueño conoció entonces los azares de los campamentos, el vagar errabundo con las guerrillas de Porfirio Díaz; supo de la organización de los alzados y del ir a salto de mata perseguido por los zuavos; más en un paréntesis que se abre a su cooperación armada, vuelve a Estados Unidos donde se encarga de la

Legación juarista, y le toca presenciar la derrota de Apomatox, la sumisión de Lee ante la espada de Ulises Grant. Su actuación diplomática se caracterizó por su celo patriótico, hasta marcar el meridiano de su mayor esfuerzo el haber conseguido que se dirigiera la influencia americana hacia las cancillerías de Europa, a fin de que cesara la intervención francesa.

La lucha contra el Imperio termina y don Matías vuelve a México, acompañando a la familia de Juárez, en un buque ofrecido por el Presidente Grant.

Juárez lo nombra su Secretario de Hacienda, y bajo deplorables auspicios económicos y políticos inicia su labor hacendaria y la objeta, a poco andar, la prensa reaccionaria, y aún la liberal, en su facción lerdista y porfirista, y a cuyo propósito hostil se asocia el coro impertinente de las pensionistas. En su contra se escriben críticas desatentadas en "El Siglo" y en "El Globo", y despotrica firmemente la pluma de Juan A. Zambrano, ex-Tesorero y ex-Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda. En el mismo congreso de filiación juarista no faltaron, en contra del ministro probo, voces acusatorias que salían respaldadas por Guillermo Prieto, Manuel Romero Rubio, Juan Sánchez Azcona, Julio Zárate, Carlos Rivas, Ramón Fernández y José Vicente Villada.

El desconocimiento de los bonos de los años de 1851 y 1864, la cancelación de la concesión del Ferrocarril a Veracruz, dada a Antonio Escandón, fueron en realidad cosas de poca monta para crearle estorbos al secretario juarista, ya que los verdaderos escollos estaban en la miseria del país, la nulidad de sus fuentes productoras, el auge incontenido del contrabando, la industria paupérrima y el lastre de los guerreros que consumía el cincuenta por ciento de los ingresos. Contra esta situación desquiciadora tenía que bregar don Matías a mediados del año 1871, sin desatender las solicitudes demandadas por el pronunciamiento del dos de mayo en Tampico y las que requería la formación de la Memoria de Hacienda que presentaba al Congreso General.

Don Matías no se daba un punto de reposo probando su dinamismo; su actividad redactora se conservaba intacta y desconocía todo momento de quietud. Y a despecho de su labor de gabinete,

en constante posición de lucha para obtener nuevos arbitrios con que cubrir las necesidades presupuestales, el señor ministro era objeto de la murmuración ciudadana, la prensa tocaba su vida íntima y las pensionistas le causaban sinsabores y desvelos. De estas señoras que se presentaban a cobrar los servicios de sus deudos, era la viuda de Alcalde, sujeta agresiva, y en tal forma, que llegó a obligar a don Matías a que de sus propios sueldos le cubriera parte de lo que le adeudaba el Erario.

La situación compleja principiaba a quebrantar la capacidad moral del ministro; el vocerío reaccionario le imponía disciplinas agobiantes, por cautelosas; la lucha a diario con los políticos del Congreso minaban el tezón de su voluntad, y la mesnada de empleados femélicos, de agiotistas voraces y de pensionistas impertinentes debilitaban su cordura. Entre las pequeñas molestias que no trascendían al público, surgía el fantasma de la Alcalde, que pasaba días de campo en las antesalas ministeriales, solicitando audiencia, aprovechando la primera entrada o salida del ministro para tratarle el eterno asunto de sus quincenas atrasadas. En la esquina de la casa, en la puerta de entrada, en paseos y visitas, la viuda hacía acto de presencia, acosando, repitiéndole a don Matías, por enésima vez, los méritos del difunto esposo, predilecto soldado de la patria. Al ministro oaxaqueño lo hacía esto andar de cabeza, lo traía loco la endiablada testarudez de la imperturbable pensionista.

Como si esta situación no fuera molesta para desquiciar a don Matías, el destino le deparó aún mayores desazones hasta dar al traste con su resignación zapoteca, pues sucedió que imposibilitado el gobierno para cubrirle sus sueldos le adjudicó unos solares que habían sido expropiados al Colegio de San Juan de Letrán, por la cantidad de veintidós mil pesos. Para su bien o por su mal, don Matías recibió de un Ayuntamiento de Sinaloa la propuesta de un préstamo hipotecario por treinta años, con garantía de los mismos solares. Realizada la operación bajo esas condiciones, procedió a construir su casa en la esquina de la Independencia y San Juan de Letrán.

Ver que el ministro fabricaba su casa, fue todo uno para que, sin adentrar en los medios de adquisición, la maledicencia se desbocara en forma tan destemplada, que don Matías creyó llegado el momento de presentar la dimisión de su cargo. Su renuncia, aun deseada por los opositores, causó unánime estupor provocando los más va-

riados comentarios: la prensa oficiosa exaltó su patriotismo, su capacidad de trabajo y su honorabilidad insospechable; la oposición, que no atreviéndose a enfilarse al Presidente de la República, sino a sus colaboradores, como una táctica de lucha que siempre ha sido cómoda, se anotó como un triunfo el paso que daba el ministro, sin que dejaran de reclamar su parte, como suya también, los desposeídos de los Bienes de Manos Muertas y la burguesía que suspiraba por los tiempos del Archiduque.

Entre los días que mediaron para que el señor Juárez resolviera la situación creada por la renuncia de su secretario, se presentó la viuda de marras solicitando hablarle a don Matías. Tan-
tas y tan premiosas fueron las instancias de la señora Alcalde, que al fin logró ponerse frente al hacendista funcionario.

El ministro la recibió con seca cortesía, como quien desea terminar pronto una situación molesta, preguntándole sobre la marcha:

—¿En qué puedo servirle, señora?

—Ay, señor ministro, en mucho, y en nada por ahora; sólo quiero saber si es verdad que usted ha renunciado.

—Es cierto.

—Pero... ¿de veras señor ministro? Y la interrogación la formula en tono patético, con el acento del más sincero pesar.

—Es verdad, volvió a repetir el interpelado don Matías.

—Ay, señor, no renuncie usted; se lo suplico, se lo ruego por lo que más quiera, señor don Matías.

El honrado jacobino no podía creer lo que oía de boca de aquella deslenguada pensionista. Su actitud era para caer en trance de duda. De aquella mujer que tenía por delante, guardaba el más deplorable de los conceptos, ¿no acaso era la misma imperturbable suplicante que había arremetido siempre contra su paciencia y contra su honor? Don Matías se coloca en un plano de rectificación, y con voz que ensaya una amabilidad, le pregunta interesadamente:

—Bueno, pero ¿por qué no quiere usted que yo renuncie?

—Porque usted, señor, ya está terminando su casita...

El concepto de la casita por terminar ha sido la recompensa que han gozado la mayoría de los encargados del fisco, y cuyo concepto, además, ha sido la causa de la caída de más de un político de fuste.

EL CUENTO PREMIADO

GUEE QUEELA. ¿SACERDOTE O DEMONIO?

Por

GABRIEL LOPEZ CHIÑAS

El cuento que en seguida publicamos, ha merecido en nuestro CONCURSO, el premio correspondiente al mes de noviembre. Como el del mes anterior, hállese este relato extraído del venero riquísimo y aún inexplorado de nuestro folklore nacional.

I

HE oído entre las gentes de mi pueblo, que no escriben los sucesos acaecidos, sino los atesoran en la memoria para contarlos a viva voz, y forjar con emoción sus pasajes más salientes, este hecho extraordinario de un hombre que existió dos generaciones antes que nosotros.

Guee Queela fue su nombre. Alentaba cuerpo mediano, fuerte, con nervios como raíces sobre los bíceps. Diríase que la hoja fría de su machete—era agricultor—segaba los tallos de la tierra y sembraba en la arcilla de sus brazos la raíz. Hombres, mujeres y niños, torcían sus caminos a su paso, porque le suponían un pacto con el Diablo. Y esto, desde que se regó la noticia que vivía acompañado, en la *tejabana* que le servía a la vez de sala, comedor y dormitorio, de una víbora de cascabel que llenaba el vientre negro y redondo de un cántaro de barro. Allí la ocultaba de la vista de los visitantes; allí le balbucía palabras misteriosas en sus horas de soledad. La quería como un ser humano y acaso más. En sus paseos la exhibía enrollada a su cuello robusto que tomaba entonces aspecto quimérico; o la portaba debajo de la camisa blanca, ciñendo, como cinturón, el calor blando de su tronco. Los domingos, cuando la amplia enramada verde del casamiento, tejida con palmas acabadas de cortar, adornada con tallos enteros de plátanos de brillantes hojas verdes, con racimos pesados de cocos frescos, sauces olorosos y tinajas pintadas, cobija la más apretada concurrencia bajo su sombra alegre y dichosa, aparece *Guee Queela*, con su compañera escamosa, gris, manchada de negro. El calosfrío congela los cuerpos; se cierran los poros de la piel; el miedo pone rígidos los vellos. Todo el mundo se aparta en círculo haciendo espacio a los visitantes. Al conjuro de una voz, la serpiente, como un pequeño rayo, se desprende de su amigo y permanece vertical, sobre su cola, en la tierra. Comienza el baile. Al

ritmo lánguido de un *són yaa*—una Sandunga más rica en notas aborígenes—tocado por los músicos con la agonía de la raza conquistada, interrumpida a trechos con arrebatos de esperanzas, *Guee Queela*, como una lanzadera, va y viene frente al monstruo, afiligranando, con los ágiles dedos de sus pies desnudos, una danza sobre el polvo. El espectáculo es único, macabro, misterioso. Los asistentes mudos, estáticos, semejan esculturas con ojos de curiosidad. La pareja, satisfecha, torna espiral el cuello del danzante, que, como rama seca, la sostiene. Comentan en la fiesta los hombres:

—Es evidente que este sujeto es amigo del demonio; es el demonio mismo.

Y por esto no hay un mozo, aun de los más adiestrados *porraceros*, que le dirija un reto.

II

En aquellos días, una compañía extranjera, de hombres industrioses y ricos, de los que siempre encuentran qué explotar en las distintas regiones naturales que pisan, llegó al Istmo de Tehuantepec, en un punto nombrado Vamuchá, próximo a Comitancillo, en la vía del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec. El terreno era propicio al cultivo de la caña de azúcar, y las labores del ingenio dieron principio. A este centro de trabajo acudieron numerosos hombres, procedentes de los pueblos cercanos. Pronto el lugar solitario se pobló de pequeñas chozas y el ruido del *trapiche* fustigó el silencio. Series de carros transportaron pilones blancos de azúcar, costales enormes de producto granulado, cristalino, cartuchos de piloncillos—*panelas*—dorados.

A los hombres no les cabía la dicha.

Una mañana la inquietud cubrió los corazones. Un trabajador, sano la noche anterior, amaneció muerto. Examinado el cadáver, se le hallaron síntomas de envenenamiento por mordedura de reptil. Unos días más, y otro muerto, con iguales síntomas. Surgieron las pesquisas y se descubrió el

homicida terrible: una rolliza serpiente de cascabel, elástica, brillante. Pero nadie la mató. Es sabida la agilidad de ataque de este animal. Desprendida la cabeza a golpe de machete, salta a hincar sus colmillos mortales en el cuerpo visto en el instante último. De aquí que se evitara la lucha.

III

El sol vaciaba los últimos quilates de su oro sobre la esmeralda temblorosa del cañaverál. Por el camino polvoriento que se estiró desde la vía, se aproximaba al campamento, precipitado, sudoroso, el cuerpo mediano y fuerte de *Guee Queela*. Andaba en busca de una compañera. La que cuidaba en casa se fugó de hambre; pues su hermano, durante su ausencia, no se ocupó en pasarle la ración. Los hombres del ingenio lo condujeron al boquete negro de la tierra que absorbía o vomitaba la alimaña.

—Si ella vive sola—les decía *Guee*—aquí acaban vuestras angustias; pero si mora aparejada y el amante se halla ausente, éste vendrá y su alboroto será mayor.

Por primera vez se asistía a la captura pacífica de una bestia. En cucullas junto a la cueva, el hombre demonio golpeaba la copa de su sombrero de palma, cuyo ruido sordo penetraba en el hueco obscuro y húmedo. Un sonido agitado de sonaja despertó en el antro y desbordó afuera. Después una cabeza ovalada, escamosa, con dos chispas a los lados y un freno de cintas negras, asomó llenando el agujero. Con una ramita acarició *Guee* la cabeza horripilante; se la pasó varias veces a la boca, hasta que soltó un líquido viscoso y verde.

—Este es el veneno que nos causa la muerte, indicó *Guee*. Ahora, cualquiera de vosotros la puede tocar; está desarmada.

Y por el puente tendido de su brazo onduló el cuerpo cilíndrico del cascabel que, como émbolo, se deslizó de su agujero. Pasó al otro brazo arqueándose en el cuello. Volvió de nuevo y en él se hizo espira.

—No es de admirar lo que hizo el juchiteco, comentó un hombre de Espinal. Me atrevo a igualarme a él. Ojalá la ausente no haya vivido sola y torne su pareja a guarecerse.

Un ruido de hojas secas, tras larga espera, anunció la carrera vertiginosa de la víbora. Era la segunda moradora que regresaba de sus correrías en busca del amor.

—Es mejor que desistas, aconsejaron los prudentes.

El espinalesno no cejó, y, aproximándose, inició su trabajo como *Guee*. El animal paseó su cuerpo elástico sobre sus brazos; pero, al momento de enrollarse, le clavó sus colmillos en la nuca. El veneno destruyó sus venas y le apagó la vida.

IV

Domingo de sol, salpicado de música y cohetes. En la enramada plena de fiesta llegó el hermano de *Guee*, alto, fornido, en el cinto la víbora. Dos, tres pasos, y un grito de dolor soltó su pecho. Descontenta, la serpiente le inyectó su veneno.

La noticia obscureció la inteligencia de *Guee*. Desesperado, loco, gritaba por las calles:

—¿Por qué lo hiciste?... ¿Por qué lo hiciste?...

Después del entierro, donde música y llanto rivalizaron su angustia, rodeado de amigos, *Guee* platicó su secreto:

—La soñaba yo todas las noches, escamosa, fría, los ojos de llama. Me decía:

—¿Por qué no bajas por mí, en el fondo del pozo junto al río? Te he esperado, en vano, tanto tiempo. ¡Cobarde!

—Otras noches en la sombra de mi sueño—proseguía él—descendía yo sobre una espira blanda de serpientes, en el antro negro de un pozo. Así una y otra noche. Hasta que un día, en el recodo del río, encontré el sitio. Descendí, pero no en escala de víboras, sino de ladrillos húmedos, verdinegros de musgos. Sobre el espejo del agua, como botón hinchado de nenúfar, emergía la cabeza ovalada.

Manchado de pena el corazón, desde este día *Guee Queela* olvidó a su compañera. Ya no se le vió más prender la sorpresa en las enramadas.

Cierta noche, alborotado con el juicio nuevo que le dió el alcohol en un *velorio*, retaba a gritos la hombría de los concurrentes.

Chú Féente, leñador encallecido del barrio de los alfareros, valiente, sintió arder su vergüenza ante el insulto y levantó la voz para recoger el reto. Llovieron las apuetsas a favor de *Guee Queela*. Nadie aventuró su dinero en contra, sino un hombre rico del pueblo que, sentado en el *puesto* erizado de botellas de mezcal de una guapa *tabernera*, depositó en favor de aquél las monedas de su bolsa, doble en cantidad de lo apostado.

El primero en arrojar el tiro fue *Guee Queela*, que equivocó la zancadilla. *Chú Féente* le asió cuello y muslo, y, alzándolo a la altura de su cuerpo, llamaba a los apostadores en contra para azotárselos en la cara. Juntando un esfuerzo supremo, no lo golpeó en tierra, sino lo disparó al aire, encaramándolo en el techo de la enramada. El endemoniado había perdido su virtud.

V

Detengámonos, ahora, lector, a meditar. ¿Este personaje del relato era simplemente un encantador de serpientes o un resabio sacerdotal de los ritos arcaicos? Pensemos en la Gran Tenochtitlán,

donde se adoraba a *Quetzalcoatl*. La grandiosa Península de Yucatán fue la mansión de *Cu-chulchan*. Entre uno y otro Imperio, se extendía el zapoteca como un puente. ¿No es posible que se adorase también en él la Sabiduría en forma de serpiente? Y los hombres de mi raza, que objetivan los símbolos, buscaron la posesión de la sabi-

duría en la serpiente viva de los bosques. ¿Pero, no implica sabiduría dominar pacíficamente al enemigo?

Guee Queela, el demonio de estos días, sería, en el alma indígena de ayer, un sabio sacerdote poseedor de los misterios de Quetzalcoatl zapoteca.

UNA EXPOSICION

EL arte siempre ha sido la revelación, en dimensiones mágicas, de una realidad histórica. Si son tiempos de mentira y caos, el arte, como un amoroso espejo, los translada a través de la disolución íntima del hombre. Si, por el contrario, hay una voluntad de verdad y dicha, el arte guarda este impulso en los cuadros, en las músicas, en la poesía. Es claro que en el más puro desorden se escuchan voces llenas de claridad y vida, y que también en la más perfecta estructura existe la llama disolvente, la palabra nihilista.

Sin embargo, la fisonomía de un momento histórico está implicada en el predominio de una de las dos direcciones del espíritu, y así es que, como hoy en México tenemos una realidad interior caótica, forjada por la demagogia, el arte la refleja en su revolucionarismo de última hora, en su radicalismo teórico y en su indudable arrivismo. Ya se verá a posteriori de cuántos advenedizos estaba hecho este Parnaso. Ya, cuando pase el vendaval burocrático, podremos oír a los verdaderos poetas y contemplar los verdaderos cuadros y las perennes esculturas. Por lo pronto, esta serie de falsificaciones vuelve impura la atmósfera y dolosas las palabras. En nombre de una revolución, que sólo hiere la superficie de las cosas, se cometen crímenes contra la expresión auténtica de nuestra Patria. Poetas oficiales, pintores oficiales, escultores oficiales en plan de mutuo incienso y alabanza, y al pueblo tapándole la boca con un puño de proclamas donde se promete todo y no se cumple nada, para que no hable con la voz de la tradición. Y lo que es más, y lo que es peor, gentes de la ciudad que han incorporado de un modo arbitrario, ligero y vano, los temas vitales de México a su retórica de campanario y producen y producen obras sin contenido humano y sin belleza formal.

No se pretende afirmar que la Revolución no haya movido a los artistas. Simplemente por el hecho de darles temas liberándolos de su antiguo

Por

RAFAEL LOPEZ MALO

européismo, ha contribuido a integrar la conciencia patria en este aspecto. Pero es que los verdaderos creadores, como Clemente Orozco, pertenecen nominalmente a este grupo, están ligados en la apariencia, pero conservan su libertad, su personalidad y su mensaje propios.

Pero no todo está podrido en Dinamarca. Al lado de quienes no ven en el trabajo artístico sino el presupuesto, tenemos un cierto número de gentes que producen en la soledad su interpretación del mundo y que son también parte de este todo contradictorio que es nuestro tiempo. Entre ellos está Ortiz Monasterio, en cuya plástica de líneas vastas, lentas y solemnes encontramos un lenguaje profundo.

El Departamento de Acción Social de la Universidad, al organizar esta exposición de las obras de Monasterio, inicia un ciclo que tendrá como fin principal emplazar a la crítica mexicana a un juicio sobre los representativos, maestros y principiantes, del movimiento plástico contemporáneo. Al mismo tiempo, espera hallar en este medio el instrumento para la educación de un pueblo que tiene frente a sí los más variados y negativos estímulos, conduciéndolo hacia el goce de lo universal.

La Historia es "a manera de ancho río" que lleva en su cuerpo las piedras más burdas como los más lucidos guijarros. Parte del destino de cada hombre es la posibilidad de escoger, en este amoral torrente, lo deleznable o lo valioso. La Universidad de México se quedará con aquello que representa, a la corta o a la larga, el sentido más honrado del alma nacional.

DIALOGO CON JOSE CLEMENTE OROZCO

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

Es en Guadalajara en donde José Clemente Orozco tiene ahora, provisionalmente, su taller, y en donde ha terminado sus últimos frescos, para ilustrar los muros de la que será Dirección de Estudios Superiores. Después de lo que ha hecho en Orizaba, en California, en Nueva Inglaterra, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la casa del magnate Iturbide, el magnífico artista ha querido dejar en la ciudad luminosa las más puras trayectorias de su plástica, imprimiéndoles un acento de audacia.

Aprovechando una de sus escapadas a la metrópoli he ido a charlar con él. Privilegio hablar con el pintor que en México tiene más esencia universal, universalista, y un contenido ideológico más puro y valiente, y un mensaje que se expresa en estrépito heroico, en voces llenas de unidad, sucintas de problemas humanos, que son álgebra de recuerdos, de imaginaciones, de mordida y acendrada pasión.

Como en el epígrafe antiguo, que encontré en el convento agustino de Ixmiquilpan, al entrar a su casa de Coyoacán me he sentido delante de la advertencia que parece encenderse de tiempo en el espacio: "Esta es casa de oración, este es un lugar sagrado y terrible."

Diez años después. Han caído luces verticales sobre la frente del gran pintor. Y he vuelto a encontrarlo, a charlar con él, como si fuera el hombre que vuelve de la Muerte en marcha hacia la Vida, trayendo en la palabra una expresión más allá de la palabra. No encubre sus opiniones, ni le preocupa el qué dirán de los otros. Lo dejo hablar. Hablamos. Se presta muy bien, para iniciar nuestra charla, aquella conferencia dada en Nueva York por alguien que ha promulgado la gloria del pintor impar asociándolo a las inquietudes de nuestro tiempo.

—Sí; ese es el país de las conferencias sobre todos los temas: música, pintura, literatura.

—¿Y usted no da conferencias? ¿No le ha dado por allí?

—Mi oficio es otro.

—A los americanos les encanta que también los artistas hablen.

—Sí, les gusta, para hacerles preguntas. Que cuántos cuadros ha hecho, que cuál fue su idea en esta obra, en aquella... Aquello es una máquina organizadísima.

—¿Y no le hablan a usted de volver?

—Aquello es otra cosa, es cuestión de ir, de vivir la vida allí. Cuando salí de allí, tuve que venir a México para atender a mi familia y hacer otras cosas. Ahora estoy dedicado a hacer grabados.

—¿Y por qué grabados?

—Pues porque el grabado es muy interesante, sumamente interesante, y tiene una base tremenda de expresión, y sobre todo, adquiere más fuerza, siendo el mismo autor, desde dibujarlo hasta imprimirlo. El aguafuerte es de una expresión muy poderosa.

—Invoco sus primeros días aprendiendo a dibujar, cuando comenzó dándose a conocer.

—Bueno, aquí en México nunca se hace uno conocer. Nadie lo conoce a uno. Estuve mucho tiempo dibujando en la Academia. Yo empecé formalmente a estudiar por 1908 ó 1909.

—Recuerdo que usted colaboró en muchos periódicos. Hay muchos trabajos suyos, de entonces, anónimos.

—Sí, yo trabajé en muchos periódicos. Pero nunca fuí de oficio, más bien por diversión.

—¿Trabajó con Posadas?

—No fuí ni amigo de él. No, lo conocí cuando iba yo a la escuela. Allí en la esquina de Primo de Verdad y Ramos había una casa que después la agregaron al resto del edificio, y allí tenía su taller Po-

sadas, y allí estaba grabando, y todas las mañanas que pasaba yo a la escuela, me acercaba a ver: era una puerta cochera, y aprovechando la luz de la puerta, hacía sus grabados y adentro tenía su taller.

—¿Y las cosas de Vanegas Arroyo?

—Bueno. El hacía los trabajos para Vanegas Arroyo. Yo entonces todavía no entraba a trabajar.

—¿Y los "monotes" famosos en aquella fonda donde todavía los admiramos? ¿Hay realmente algo de historia en todo eso?

—Nada, nada de historia, eso no tiene ninguna historia. Y tampoco tenía importancia.

Recuerda, recordamos, los días iniciales de su pintura en la Escuela Nacional Preparatoria.

—En 1923 esto ya es otra época pictórica, pintura mural. Ya son más de doce años. Fue un grupo de pintores. Y primero que todo la necesidad, pues había muchas paredes que necesitaban pintura. Vasconcelos hizo entonces muchos edificios y naturalmente había muchos muros que pintar.

—¿El primer pintor mural?

—Fue Montenegro, en San Pedro y San Pablo, quien pintó entonces utilizando motivos populares. En esa época Vasconcelos era Rector de la Universidad. Después había paredes que pintar y decorar: escuelas, bibliotecas, oficinas públicas. Se reunieron todos los pintores, los ingenieros y los arquitectos, y los higienistas, y surgió la pintura mural. Pero nadie estaba preparado para pintar muros, y hubo necesidad de aprender, porque nadie sabía pintar muros. De esa época fueron Alfaro Siqueiros, Rivera, De la Cueva...

Después fue su viaje, en 1932, a los Estados Unidos y a Europa, y visitó los museos tres meses. Y después ha vuelto a los Estados Unidos y estuvo en San Francisco dos años, cuando la Guerra Mundial. Hablamos de su permanencia en el Colegio Dartmouth, donde hizo la obra que él considera la más completa.

—Pero los visitantes llegan y se necesita darles una explicación popular. No es cuestión histórica, sino ideológica. Una historia ideológica del Continente Americano: la emigración, los sacrificios humanos, Quetzalcoatl, la edad de oro precolombina, Cortés, la máquina y el acero. Después están representadas las dos Américas: la Nueva Inglaterra con la escuela alrededor de la cual se forma la democracia, la agricultura, la cultura; y México, un rebelde rodeado de enemigos, uno de ellos el capitalista; y después el Alma Mater muerta. Todo eso causó gran sensación, especialmente en la Nueva Inglaterra. Una tremenda sensación: preguntas, controversias, discusiones. Pero el Colegio lo apoyó. Luego la Guerra, el Soldado Desconocido, pero de burla, y una bandera con los colores de todas las banderas, todo ridículo. Más tarde esto lo pinté en México y lo destruyeron: es un Cristo que destruye su cruz. Lo destruyeron aquí en la Preparatoria, donde lo había pintado de otra manera, pero con la misma idea: el imperialismo político, un obrero leyendo en una biblioteca.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—No tengo ningún proyecto. Trabajar, eso es todo; pero noto que la pintura mural ha desaparecido por el momento.

—Estará en crisis...

—Según a lo que usted quiera llamar crisis. Pero en Estados Unidos hay un gran movimiento de la pintura mural, imitando el movimiento mexicano. Les han dado cuatro o cinco millones de dólares. Y además, muchos ricos mandan hacer obras en sus casas.

—Se dijo que algunas americanas habían estudiado pintura mural con usted.

—No, yo no he enseñado ni enseñaré a nadie. Eso es perder el tiempo. Yo quiero hacer lo mío.

—¿Y el movimiento pictórico en los Estados Unidos?

—Lo han hecho en gran escala: están decorando muchos edificios nuevos en Washington. Hay muchos talentos nuevos.

—¿Cree usted que los americanos ya están maduros para hacer arte?

—Esa pregunta es muy difícil de contestar, porque ¿quiénes son los americanos?, ¿quiénes son los mexicanos? No hay más que individuos preparados y éstos donde quiera los hay. En estas naciones nuevas hay individuos que se preparan, como en cualquier parte.

—Pero habiendo fuerza económica, hay más posibilidades.

—Eso es, hay más posibilidades; pero no producen necesariamente. Estados Unidos es un país cosmopolita, en que están todas las razas habidas y por haber, y, claro, es natural que tenga mucha gente madura para el arte. En pintura hay manifestaciones muy importantes, pero no se pueden comparar con las de Europa. Europa es otra cosa en todas las artes. En los Estados Unidos todo el mundo está entusiasmadísimo con la pintura mural: el Gobierno y los millonarios están dándole ahora un enorme desarrollo y hay mucho talento joven.

—¡Si en México hubiera ricos que quisieran apoyar! Habría más gente nueva empeñada en los problemas del arte.

—No, el proceso de evolución de cada país es muy diferente y no se puede comparar. Aquel es un país industrial, que ha absorbido partes muy maduras de todas las razas del mundo y la evolución en éstas es diferente y los resultados son también diferentes. No se puede comparar ahora a estos países jóvenes, que son diferentes en su formación y que con su manera peculiar de ser han hecho más o menos progresos. Lo que está sucediendo es muy interesante, en pintura, aparte de lo demás, e interesa como en ninguna otra parte. La opinión popular está perfectamente orientada en las artes plásticas. Cualquiera habla inteligentemente de pintura y la sabe apreciar, cosa que no sucede en México, donde son contadas las gentes que tienen interés y ponen atención a la pintura.

—Parece usted desencantado de México...

—No. ¿Por qué? Yo le digo que son diferentes. Cada uno tiene algo que ofrecer. La vida es diferente. Cada país es diferente. No quiero decir que sea inferior México y que lo de allá sea superior. También hay allá muchas inferioridades. Cada cosa es diferente; pero no hay que ponerse a compararlas, pues basta con decir que son diferentes.

Sesgo la conversación y hablamos de la historia del grabado en México, que está haciendo Díaz de León, aprovechando toda la riqueza virgen. Orozco no está de acuerdo conmigo en que haya tal riqueza, a pesar de que Puebla tiene escuela de grabadores que fue famosa en su época. Del grabado pasamos a la arqueología, ya que ésta es otra fuente de artes plásticas.

—La arqueología me interesa, pero no como sugestión, sino por la arqueología en sí misma, como un estudio artístico cualquiera; y no es posible arrancar de ella ninguna tradición. Me interesan sus temas, tanto como los que dan los códices, los museos, en cuanto a documentación. En Yucatán encontramos la policromía. He visto, por ejemplo, las obras de Juan Charlot, quien copió mucho de los frescos mayas; y he visto todas las copias y en varios de ellos se conserva una pintura potentísima, toda de dos dimensiones, muy importante.

—¿De modo que los dibujos precortesianos le atraen?

—Desde el punto de vista estético, sí. ¿A quién no le va a interesar todo lo que sea un hecho en el pasado? Pero, ¿a dónde quiere usted ir a dar con su pregunta?

—Me figuro que el dibujo precortesiano le ha servido a usted alguna vez documentalmente...

—Directamente no, indirectamente sí, como pudo haberme servido el egipcio. Directamente no, porque no soy maya, ni azteca, ni tolteca...

—Eso, allá queríamos ir a dar.

—Y probablemente ni para los descendientes directos tiene nada que ver eso.

—Se lo pregunto, porque algunos hacen alarde de que siguen una tradición antigua.

—Pero no lo prueban, nada más lo dicen. Eso se demuestra con las obras mismas, no hablando... Eso fue una realidad, que nadie la puede negar.

—Pues ha habido quien la niegue...

—Sí, y hay todavía quien la niegue; pero negarlo no quiere decir nada, y no por ser negada va a desaparecer. ¿Si fueron tres siglos de hechos!

—Algunos sostienen que el artista indígena logró hacer prevalecer algunos detalles, algunas ideas y formas plásticas en la nueva arquitectura.

—Lo dicen, pero no lo prueban, pues no muestran ninguna obra. Al contrario, fue el indio el influenciado. Vea usted el Códice de Sahagún, ábralo usted y vea lámina por lámina y diga quién influyó a quién. Y si me da usted una sola influencia indígena en los edificios coloniales, le doy un premio.

—Pero algunos opinan que los indígenas impulsieron ciertas grecas.

—Pero ¿dónde están? Nadie las ha exhibido. Hechos, no argumentos. Esa influencia la quiero ver. ¿Dónde está? ¿Usted conoce algo? Pregunte usted a los que eso sostienen; pídale algún documento.

—También hay quien opina que los indios influenciaron a los españoles en la técnica de algunas industrias domésticas; por ejemplo, en los tejidos.

—Lo de los indígenas nunca pudo competir en técnica con la técnica europea, por ser apenas elemental. Que sabían tejer, sí, pero los europeos lo sabían mejor.

—Mendizábal dice que los huipiles, tal como los hacían los indios, subsistieron iguales hasta después de la Independencia, y que el español no pudo destruir esa técnica, porque era doméstica.

—Eso no es cuestión de influencia, es cuestión de clima y de material, y para eso no fueron los indígenas los que los inventaron; ni los calzones, ni el mismo huarache, porque no tenían cuero, ni el rebozo, ni los calzoncillos, ni el sombrero. El huipil es algo que todos lo pudieron hacer; lo demandaba

la necesidad del cuerpo humano, y el cuerpo humano es el mismo aquí y allá. No es el indio, es la tierra, la misma naturaleza quien ha impuesto ciertas formas, ciertas características. El español tuvo, por ejemplo, que aceptar el "tezontle" para sus construcciones. La tierra—que es el común denominador—es la que impone sus formas, productos y colores. Y eso pasó en la pintura.

—Y ¿piensa usted que, realmente, ya estamos en la pintura mexicana?

—No importa eso. En esta época ya no hay necesidad de nacionalidad. Estamos en la época en que es un solo arte, es el mismo.

—Porque algunos críticos han dicho que la pintura mexicana sí es algo nuevo en estos momentos, en el mundo.

—Pura tontería es eso. Cada palabra de esas es tontería. Donde quiera es nueva cada cosa que se hace.

—Y, sin embargo, muchos dicen: José Clemente Orozco es uno de estos representativos.

—Pues deberían decir mejor: es un pintor y nada más. Eso lo dicen sólo los patrioteros y en cualquier otro país dicen: éstos, los nuestros, son los únicos. Es pura patriotería y cada quien dice que lo suyo es lo mejor.

—Pero no solamente en México lo dicen; sino que en Europa afirman que lo más interesante que tenemos es la pintura mexicana.

—Una cosa es lo que usted es verdaderamente y otra es lo que otros creen de usted, de lejos. En eso intervienen muchos factores políticos y de toda clase. Esa es una forma de hacer política. La política idealiza todas las cosas. Los intereses creados y los personales de cada quien, no por eso cambian las cosas mismas. Se está diciendo en Francia, por ejemplo, que el arte negro ha sido algo único; pero no, ha sido uno de tantos factores. El arte europeo domina al mundo, lo mismo de los negros, que de los aztecas, que de los polinesios.

—Lo mismo que dicen de la pintura dicen de la música. Que México tiene en pintura y en música muy altas expresiones. Una de ellas la canción popular.

—Lo dicen los tontos. Esas canciones me tienen completamente aburrido. Por otra parte todo el mundo tiene canciones, unas bellas y otras no, y todos dicen que las suyas son las mejores.

—Si viera usted que algunos pueblos, por ejemplo en Centro América, la gente no canta.

—Tendrán una expresión, se expresarán de otra manera. Por fuerza tienen una expresión humana artística. Yo he oído canciones chinas, que nosotros oiremos raras, pero que, para su medio, tienen tanto valor como cualquiera otra. He oído otras muchas canciones, japonesas, por ejemplo, y son bellas en sí, son una forma de expresión humana, pero no de inferioridad ni de superioridad, simplemente distintas a las demás.

—Se habla mucho de la pintura mural mexicana.

—¿Quién pinta ahora muros? ¿A quién le importa eso? Y los que oyen esto lejos de aquí, creen que es una cosa tremenda. ¿Cuál pintura han pintado ahora?

—No se hacen ahora muchas cosas en México, no solamente pinturas. En el teatro, el único país que lo está haciendo es Rusia.

—Las condiciones serán favorables. Todo el arte a veces baja y a veces sube. Antes había pintura en este país; ahora no hay, la época no es favorable. Después vendrá. La gloria tiene altas y bajas, es un ritmo.

—Que a los escritores les pagan bien en Rusia, que los escritores viven de su pluma, que los publicistas, que los novelistas...

—Pues si lo importante es que haya posibilidad de producción.

—Cuando usted fue a Europa, ¿no fue a Rusia? ¿No tuvo usted curiosidad?

—Me faltó oportunidad. Viajar es caro.

—Pero en Europa las distancias no son grandes.

—Pero las distancias monetarias sí son grandes. Se necesita mucho dinero para viajar.

—Y ¿no piensa por ahora en otro viaje a los Estados Unidos?

—Para el año que viene tal vez. Hay muchas cosas que hacer allá. Aquello está muy bien organizado. La gran actividad es en septiembre.

—De manera que en Dartmouth gustó su ideología. No son conservadores, ¿verdad?

—Todas las instituciones son conservadoras y las que sostienen los colegios también lo son; pero hay libertad de expresión y cada quien piensa lo que quiere. A mí me dieron una libertad absoluta.

—Sí, porque usted pintó a Wilson.

—Y hubo muchas discusiones y protestas; pero el Colegio me apoyó oficialmente.

—Y ahora ¿qué está preparando? ¿Qué lástima que usted no dé algunas pláticas!

—El pintor tiene un medio de expresión muy poderoso en su pintura. No es necesario hablar. Muchas veces, cuando he pintado paredes, la gente me ha preguntado: ¿qué es esto? Y yo les digo: véalo usted y piense, que si puede lo interpretará sin explicaciones, y si no, éstas sobran. Es como cuando una persona toma un libro y no sabe leer.

—Pero ¿quién debe enseñar a entender la pintura?, ¿los críticos?

—No digo eso. La cultura es la única que debe dar esa enseñanza. Nadie podrá entender la música si no tiene gusto artístico. Se empieza por el abecedario, luego por el libro de lectura, y se termina en la enciclopedia y en Shakespeare. Lo mismo la pintura, lo mismo la música; hay un proceso de educación. Cada quien toma de las obras lo que puede, de acuerdo con sus posibilidades. Mientras más capacidad se tenga, más se puede captar.

Y en su presencia traduzco el preámbulo del álbum que se publicó en inglés para guía de visitantes que acudieron a conocer los cuadros murales de Dartmouth: "En cada pintura, como en cualquiera obra de arte, siempre hay una idea, no una historia. La idea es el punto de partida, la primera causa de la construcción plástica, y por esto representa todo el tiempo como una materia creadora de la energía. Las historias y otras asociaciones literarias solamente existen en la mente del espectador, actuando la pintura como un estímulo. Hay tantas asociaciones literarias como espectadores. Uno de ellos, cuando mira una pintura que representa una escena de guerra, por ejemplo, puede empezar pensando en el asesinato, otro en el pacifismo, otro en la anatomía, otro en la historia, y así sucesivamente".

Orozco hace, súbitamente, este comentario:

—Una cosa muy curiosa fue que, al empezar a pintar la parte precortesiana, casi todo el mundo oía por vez primera hablar de Quetzalcoatl. ¡Increíble! Y todos aceptaban, no protestaban, sino que se ponían a estudiar. Empezaron a escarbar toda la biblioteca buscando obras que hablaran de Quetzalcoatl. Y los criticones, que nunca faltan, decían: "¿Por qué, si esto es el corazón de Nueva Inglaterra, por qué está aquí? ¿Cómo es posible que un mexicano venga al corazón más sagrado de Norte América, a pintar pintura "Central American"? Y también había quienes les contestaban: "Espérense, el artista está empezando". Cuando pinté el sacrificio de Huitzilopochtli, volvieron a decir: "¿Pero qué tenemos que ver nosotros con el sacrificio de Huitzilopochtli y con Quetzalcoatl?" Se pusieron a buscar libros que hablaran de todo eso, hicieron un departamento especial, y ¿sabe lo que descubrieron? Que el culto a la serpiente existía en la Nueva Inglaterra. ¿Qué tal? Hay en un lugar, no recuerdo exactamente dónde, en el Norte de la Nueva Inglaterra, unas ruinas a las que nadie les había hecho caso. Un aviador descubrió que aquello tenía una forma. Empezaron a estudiar y encontraron que era la forma de una serpiente y la cabeza era un templo; y se encontraron con que los mismos ingleses en Inglaterra tuvieron el culto a la serpiente, y también sacrificios humanos... Por supuesto que todo se acabó, y la línea de la cultura de que yo hablaba, quedó en pie. Seguí ideas universales no centroamericanas ni mexicanas. Estaba yopintando una cosa universal. Todos lo comprendieron, se callaron, y el triunfo fue completo. Cuando salí de allá yo no era sino un artista que había pintado como hombre americano.

—Por eso es muy importante esa obra. ¿Usted la considera la que más le ha complacido?

—Es una obra más madura y más completa, que responde exactamente a la colectividad culta de Nueva Inglaterra, que es la más culta de los Estados Unidos. Por esto fue un gran triunfo esa obra, y yo correspondí haciendo lo mejor que podía; y por eso fui, no como negociante, sino como artista. Y lo bueno es que ellos lo entendieron así, y a pesar de las protestas tremendas, se dijeron: "Esto es exactamente lo que no han pintado otros pintores".

Y a propósito: A. E. Jewell ha subrayado su admiración por los murales de Dartmouth en un ensayo que viene a enriquecer la numerosa literatura crítica en torno del gran pintor.

He aquí la entrevista —un privilegio singular— que acabo de tener con José Clemente Orozco, el gran pintor que en nuestro tiempo ha sabido hablarnos en un idioma de terribles imágenes y de simbología pura. El humilde, el orgulloso, después de sus ausencias de este mundo, cuando se divaga por los laberintos del supremo dolor, vuelve, como todos los iluminados, trayéndonos del sueño y de la muerte esas criaturas que erigen entre el clamor de la ceniza el triunfo de la salamandra.

POEMA DE RETORNO

Hoy te canta el amor que se desangra:
callejón sin salida de tí mismo,
tú no eras otra cosa que palabras.

Te unías a todos sólo en el defecto.
Hoy es tu vanidad y el egoísmo.
Ayer fue la ceguera y tu deseo.

A cambio de la dicha dabas monedas falsas.
pero no tenías otras. Mi fuerza fue tu fuerza,
como te sabía pobre te dí todo por nada.

Y te amé así, imperfecto. Eras la noche
negadora del sueño. Un hondo sueño
pudo lanzarme a tí y hoy me recoge.

Ahora retorno a mí, sin que nada me empañe.
Eres caos, yo destino. Creo cuanto tú destrozas.
Una vez y otra vez caeré por levantarme.

Fuí la honda y la víctima: jugabas,
yo nunca lo ignoré, pero sabía
que aquel disparo ciego tu destino marcaba.

Siempre fuí lo absoluto, por encima de todo.
Habrán de devorarte tus propias inquietudes,
como hoy, en su inconciencia, te devoran los
(otros.

Mas sólo en el ascenso me percibirás clara.
Me llevarás en tí, ya sin tenerme,
como obsesión vital de ruta abandonada.

La realidad es como tú, palabras.
Hoy la miro de frente, sin ansias ni temores.
Se construye y destruye en lo íntimo del alma.

C A R M E N T O S C A N O

EL ESTADO PROVIDENCIAL

Iniciamos en este número la publicación de "El Estado Providencial", de WALTER LIPPMANN, traducido por el Lic. Enrique Jiménez Domínguez. En el número próximo aparecerán los últimos capítulos.

I

EN los violentos conflictos que acongojan a la tierra en estos momentos, los activos contendientes creen que por ser tan mortal la lucha, son profundos los problemas que los dividen. Pueden estar equivocados. De que las partes estén acremente opuestas no se sigue que a fuerza tengan propósitos radicalmente diferentes. La intensidad de su antagonismo no es medida de la divergencia de sus puntos de vista. Ha habido muchas luchas feroces entre sectarios que rinden culto al mismo Dios.

Aunque los partidarios que combaten ahora por el dominio del mundo moderno llevan camisas de diferentes colores, sacan todos sus armas del mismo arsenal, sus doctrinas son variantes del mismo tema, y salen al combate cantando el mismo son con palabras ligeramente diferentes. Sus armas son la reglamentación coercitiva de la vida y el trabajo de la humanidad. Su doctrina es que el desorden y la miseria sólo pueden ser vencidos por una organización más y más compulsiva. Hacen la promesa de que por medio del poder del Estado se puede hacer felices a los hombres.

Por todo el mundo, en nombre del progreso, los hombres que se llaman comunistas, socialistas, fascistas, nacionalistas, progresistas y aún liberales, sostienen unánimemente que el Gobierno con sus instrumentos de coerción debe, ordenando al pueblo la forma de vivir, dirigir el curso de la civilización y fijar las formas de las cosas que vendrán. Creen en lo que Stuart Chase muy acertadamente describe como "la planeación superior y el control de la actividad económica". Este es el dogma que todos los dogmas en boga presuponen. Este es el molde en el cual se funden el pensamiento y la acción de la época. Ningún otro acercamiento a la reglamentación de los negocios humanos se considera seria o se concibe posible. Las masas recientemente liberadas y los adalides del pensamiento que les proporcionan ideas, están casi completamente sometidos a la fascinación de este dogma. Solamente

Por

WALTER LIPPMANN

puñados aquí y allá, grupos sin influencia, aislados y desdeñados por los pensadores, continúan desafiándolo. Porque las premisas del colectivismo autoritario se han convertido en creencias activas, en suposiciones evidentes en sí mismas, en axiomas irrefutables no sólo de todos los regímenes revolucionarios, sino de casi todo esfuerzo que pretende ser ilustrado, humano y progresista.

Es tan universal el dominio de este dogma sobre los cerebros de los hombres contemporáneos, que a ninguno se le toma en serio como estadista o teórico, si no se presenta con proposiciones para aumentar el poder del Gobierno y ampliar y multiplicar su intervención en los negocios humanos. Si no es un autoritarista y colectivista, es un fósil, un reaccionario, y en el mejor de los casos, un amable excéntrico que va sin esperanza contra la corriente. Y esta corriente es fuerte. Aunque el despotismo no sea novedad en la humanidad, es probablemente cierto que jamás, en 2,500 años, un gobierno occidental ha pretendido tener una jurisdicción sobre las vidas humanas comparable a la que oficialmente pretenden tener los Estados totalitarios. Ha habido despotismos más crueles que los de Rusia, Italia y Alemania; pero no ha habido uno sólo que abarque más. En esos antiguos centros de civilización vivieron cientos de millones de personas dentro de lo que teóricamente es el absoluto dominio del dogma de que el Estado es su amo, y que sólo dentro de sus órdenes pueden vivir, trabajar y buscar la salvación. Pero es aún más significativo que en otras tierras, donde los hombres huyen de la despiadada política de estos regímenes, es común que el movimiento de los acontecimientos debe ir en la misma dirección general.

En casi todas partes se distingue al progresista porque finalmente confía en el poder aumentado del Estado para mejorar la condición de los hombres. Aunque los progresistas prefieren moverse gradualmente y con cautela, persuadiendo a las mayorías a consentir la fuerza coercitiva de gobierno, es el único instrumento de progreso en el que tienen fe. Parece que no pueden imaginar otra alternativa, ni recordar cuánto de lo que consideran como progresista, ha llegado por

haberse emancipado del dominio político, por la limitación del poder, por el hecho de que la coerción autoritaria y colectiva haya dejado en libertad a la energía personal. Porque prácticamente todo lo que ahora pasa por progresismo en países como Inglaterra y los Estados Unidos, reclama la creciente ascendencia del Estado: a gritos se piden siempre más funcionarios, más poder sobre más y más actividades de los hombres.

Sin embargo, las suposiciones de todo este movimiento no son evidentes en sí mismas como parece. Son, en realidad, contrarias a las suposiciones que ha alimentado en los hombres toda la larga lucha para desembarazar a la conciencia, al intelecto, al trabajo y a la personalidad, del yugo de la prerrogativa, del privilegio, del monopolio y de la autoridad. Durante más de 2,000 años, desde que los hombres occidentales se pusieron a pensar por primera vez en el orden social, la preocupación fundamental del pensamiento político ha sido encontrar una ley que sea superior al poder arbitrario. Los hombres la han buscado en la costumbre, en los dictados de la razón, en la revelación religiosa, tratando siempre de poner un dique al ejercicio de la fuerza. Este es el significado del largo debate sobre la ley natural. Ese es el significado de 1,000 años de lucha para someter al soberano a la Constitución, para establecer para el individuo y para las asociaciones voluntarias de hombres, derechos que pueden ponerse en vigor contra los reyes, contra los barones, contra los magnates, contra las mayorías y contra las multitudes. Este es el significado de la lucha para separar la Iglesia del Estado, para emancipar la conciencia, el conocimiento, las artes, la educación y el comercio del inquisidor, del censor, del policía y del verdugo.

Posiblemente las lecciones de esta historia ya no tienen significado para nosotros. Posiblemente ha aparecido en el mundo durante esta generación un nuevo elemento que nos obligue a deshacer el trabajo de emancipación, a ir atrás en los pasos dados para limitar el poder de los gobiernos; que no obliga a creer que el camino de la ilustración en los asuntos debe encontrarse ahora intensificando la autoridad y ampliando su radio de acción. Pero corresponde la carga de la prueba a aquellos que rechazan la tradición ecuménica de la civilización occidental. Les corresponde demostrar que su culto por el Estado providencial es ciertamente la nueva revelación que ellos creen que es, y que no es, como algunos pocos aún creen, la gigantesca herejía de una generación apóstata.

II

Como el hombre que dijo que sabía que la tierra era plana porque la había visto en todas partes que había visitado, plana, cada generación está dispuesta a considerar sus principales suposiciones como evidentes en sí mismas, cuando en realidad sólo han sido adoptadas sin crítica. Generalmente esta disposición se fortifica con alguna amplia interpretación de la experiencia proporcionada por los hombres cultos de la época. La doctrina del derecho divino de los reyes se destaca como un ejemplo clásico. La pretensión del rey de tener un poder ilimitado fue excluida del campo de debate, es decir, fue hecha axiomática por la suposición de que gobernaba por la gracia de Dios. Los hombres que pudieron objetar el derecho del rey, se callaron porque no se atrevieron a objetar el derecho de Dios que había designado al rey.

El retorno presente al principio autoritario en política, encuentra su sanción principal en la creencia de que la nueva tecnología de la máquina requiere el control de un Estado omnipotente. Hay muchas versiones de esta idea básica. Algunos dicen que sólo el brazo fuerte del Gobierno puede proteger a los hombres contra la opresión brutal de sus máquinas; otros que el poder del Gobierno solamente puede realizar la benéfica promesa de las máquinas. Pero todos están de acuerdo en que en el reciente progreso de la actual tecnología hay cierta clase de honda necesidad que obliga a la humanidad a aumentar el radio de la autoridad política y a intensificar su intervención en los negocios. El Estado moderno posee poderes soberanos por la gracia de los dioses de la máquina.

“Al avanzar la industria en la mecanización—dice Lewis Mumford—un mayor peso de autoridad política debe desarrollarse más allá de lo que era necesario en el pasado”. De esta tesis los adalides intelectuales del mundo moderno han derivado su creencia de que el concepto liberal del Estado pertenece, como lo presentó el Presidente Roosevelt, a la era del “caballo y la carretela”; y de que en la edad de las automóviles, de las dinamos y de la industria altamente mecanizada, un gobierno más fuerte debe, de acuerdo con las palabras de George Soule, recetar más adecuadas formas de conducta.

Sin embargo, esta tesis que nuestra generación ha llegado a considerar como evidente en sí misma, contiene una extraordinaria paradoja. Así el señor Mumford, usando un esquema inventado por el profesor Patrick Geddes, sugiere que, volviendo la vista al pasado sobre los últimos 1,000 años, puede uno dividir el desarrollo de la

máquina y de la civilización maquinista en tres fases sucesivas, que se yuxtaponen y se interpenetran: la eo-técnica (basada en agua y madera), la paleotécnica (basada en hierro y carbón) y la neo-técnica (basada en la electricidad y la aleación). Esta es una clasificación conveniente ilustrativa. Pero lo que más nos interesa aquí, esencialmente, es la deducción del señor Munford, de que en la fase neotécnica, es decir, la fase en que estamos, el Estado debe regular la producción y el consumo, que cuando menos en el campo de lo que él llama los requisitos básicos de alimento, vestido, casa y artículos necesarios, el Estado debe imponer producción a ración, consumo comunizado y trabajo compulsivo.

¿No es verdaderamente extraordinario que en la última fase de la técnica de la máquina se nos advierta que debemos volver a la técnica política, es decir, a las leyes suntuarias y al trabajo forzado, que fueron práctica universal en las primeras fases de la técnica de la máquina? Me doy cuenta de que el señor Munford espera y cree que en esta ocasión el poder soberano omnipotente sea tan racional en sus propósitos y en sus medidas, como son los físicos y los químicos que han inventado las aleaciones y que han dominado la electricidad; pero el hecho que sigue siendo cierto es que él cree que la provechosa promesa de la ciencia moderna sólo puede cumplirse por medio de la tecnología política de las épocas pre-científicas, porque todo el aparato de la economía administrada políticamente, los precios fijos y los salarios fijos, las leyes suntuarias, el trabajo forzado, el consumo comunizado, la producción dirigida, para no hablar de la opinión censurada y manejada en los Estados totalitarios, es una versión a la técnica política que tuvo que rechazarse para que se pudiera desarrollar la revolución industrial. No es, pues, en absoluto, evidente, que los hombres adopten de nuevo una técnica arcaica para que pueda cumplirse la promesa de la revolución industrial, porque la reglamentación de la industria por el Estado nunca ha sido tan minuciosa como en el siglo que precedió a las grandes innovaciones tecnológicas.

Piénsese por un momento en lo que significa esa reglamentación. Tómese, por ejemplo, el famoso sistema de reglamentos con los que Colbert, el Ministro de Luis XIV, trató de codificar y de generalizar la ley industrial. Desde el año de 1666 hasta el de 1730, las disposiciones sobre la industria textil únicamente están contenidas en cuatro volúmenes en cuarto, de 2,200 páginas y tres tomos suplementarios. Las disposiciones reglamentarias de Borgoña y de cuatro distritos vecinos que abarcan la manufactura de telas de

lana, especifican que las de las fábricas de Dijón y Selongey deberán contener 44x32 (o 1,408) hilos incluyendo los orillos, y cuando llega al telar completo, la tela deberá tener exactamente una ana de ancho. Pero en Semur y en otros cuatro lugares el torcido debe tener 1,376 hilos, mientras que en Chatillón deberá usar 1,216 hilos. Por alguna razón la ciudad de Langogne parece haber sido descuidada hasta 1718, cuando se publicó un edicto que declaraba que "ha sido informada Su Majestad que no hay reglamento que especifique cuántos hilos deben tener esas telas; asunto que debe atenderse sin pérdida de tiempo".

Si nos preguntamos cómo iba a saber Su Majestad cuántos hilos debería requerir para Dijón, Semur o Langogne, la respuesta es naturalmente, que esto lo supo por boca de los industriales establecidos, y que sus reglamentos fueron, en lo fundamental, una medida para proteger su interés creado contra la competencia de innovadores de empresa. Este es el inevitable método de la reglamentación autoritaria, porque ningún rey, ni oficina alguna pueden tener la esperanza de imaginar otra técnica de producción que la técnica existente. A veces puede el Gobierno tener una brillante idea, pero su procedimiento normal debe inevitablemente ser el poner el peso de su autoridad para apoyar los intereses establecidos. Lo que Colbert hizo durante el reinado de Luis XIV es precisamente lo que el General Johnson y el Secretario Wallace hicieron durante la administración del Presidente Roosevelt. Colbert reguló la industria y la agricultura fortificando y subvencionando a los productores establecidos y trató de ser cabal. Los fabricantes de Saint Maixent "tuvieron que negociar cuatro años antes de poder obtener permiso para utilizar torcido negro". Nunca se les permitió tejer con trama negra.

Naturalmente el sistema no funcionó muy bien. Mientras más se violaban los reglamentos, más se multiplicaban. Los juicios ante los tribunales no tenían fin. Había contrabandos en todas partes, y con mucha frecuencia el Gobierno se dedicó a probar no sólo que había expedido los reglamentos, sino que quería que se cumpliera con ellos. Se sublevó particularmente con motivo de los calicots estampados, porque la industria del estampado estaba atrasada y los productos textiles pedían protección. Es verdad que el Gobierno hizo lo mejor que pudo. "Se calcula —dice Heckscher— que las medidas económicas que se tomaron a este respecto, le costaron la vida como a 16,000 gentes, en parte por ejecuciones y en parte por motines armados, sin tomar en cuenta el número de gentes, mucho mayor, que fue en-

viada a galeras, o castigada en otra forma. En una ocasión en Valence, fueron sentenciadas 77 personas a morir en la horca, 58 a ser destrozadas en la rueda de tormento; 631 fueron enviadas a galeras, 1 fue puesta en libertad y nadie fue perdonado. Pero aun esta vigorosa acción no ayudó para alcanzar el fin deseado. Los estampados de calicot se extendieron más y más ampliamente entre todas las clases de la población en Francia y en otras partes.

La reglamentación autoritaria de una economía no es una invención moderna. Todo lo contrario. La practicaron los faraones en la fase eotécnica de la civilización maquinista, del señor Munford. En la época de Dioclesiano era el reconocido método de gobierno, lo mismo que en la de los emperadores bizantinos, en la de Luis XIV, en la de los Hapsburgos y la de los Romanoff. Lejos de ser una cosa nueva, deducida de lo que el señor Soule llama el crecimiento de la civilización técnica, ha sido, desde la antigüedad inmemorial, práctica de los gobiernos en una civilización pretécnica. En realidad, fue la política del Antiguo Régimen.

Ahora bien, hay una razón muy buena para que la regulación autoritaria de la industria sea adecuada para una economía primitiva e inadecuada para una en la cual el cambio técnico sea continuo y radical. Las reglas de derecho, por su misma naturaleza, deben ser generales. Sólo se pueden cambiar ocasionalmente. Encajan, pues, en una rutina bien establecida que sólo puede alterarse a intervalos esporádicos. Pero la esencia misma de la revolución industrial es su constante cambio técnico, debido a la invención continua. Las mejores máquinas de ayer serán máquinas pasadas de moda mañana. El legislador no puede legislar con la velocidad con que los inventores inventan. Si fundamenta su ley en el proceso de ayer, se verá obligado, o a suprimir

el proceso de mañana, o a desistir de la ley. La introducción de métodos nuevos no puede ser regulada legalmente, porque hasta que no se hayan ensayado estos mismos métodos, nadie puede legislar sobre ellos. Los hombres se dieron cuenta en el siglo XVIII de que deberían, o prohibir los nuevos inventos, como lo hizo la monarquía francesa cuando tuvo al frente los calicots estampados, o desistir del intento de estabilizar por medio de la ley el proceso de producción. No es, pues, coincidencia, que se haya encontrado una minuciosa reglamentación en una economía relativamente retrasada, y que la falta de reglamentación sea característica de un progreso técnico.

La verdad podría presentarse así: La ausencia de reglamentación de la producción es una condición necesaria de la continuación de la ciencia experimentada. Los nuevos inventos se hacen en un laboratorio, ensayando toda clase de sistemas para descubrir si funciona. Pero el experimento no termina en la puerta del laboratorio. Continúa. El siguiente paso es instalar una o dos de las nuevas máquinas en una fábrica, o edificar una pequeña fábrica experimental, que sea una cosa media entre un laboratorio y una empresa comercial. Ni aun así termina entonces el experimento. Porque si el nuevo sistema funciona, el proceso de adopción en toda una industria se debe ejecutar experimentalmente, una y otra vez, no sólo en relación con la técnica, sino con todos los demás factores, tales como el costo del capital, los salarios, la aptitud del trabajo, la inteligencia de los directores, y cosas semejantes. Por eso las leyes directoras, que son por su naturaleza estáticas e inertes, son técnicamente inadecuadas para el carácter intensamente dinámico de la revolución industrial.

(Continuará).

UNA CARTA DEL SEÑOR RENE MARCHAND

México, D. F. Dic. 12 de 1936.

Sr. Lic. Salvador Azuela,
Jefe del Departamento de Acción Social
de la Universidad Autónoma de México.—Presente.

Muy señor mío:

Deseo aprovechar la oportunidad que me brindan estas líneas para felicitar al señor profesor Rafael Heliodoro Valle, colaborador de la Revista "Universidad", por la manera brillante y sincera como captó las ideas que le expuse en el transcurso de nuestra conversación. Quisiera solamente pedirle que tenga la bondad de ordenar se rectifiquen dos pequeños errores de detalle que se deslizaron en su artículo, que se explican, por otra parte, muy fácilmente por la dificultad que tengo para expresarme en español: Se refieren a la cooperativa ejidal de Atequiza, cerca de Guadalajara. Dije, página 23, que actualmente debe al Banco ochenta mil pesos y que su cosecha máxima

anual puede dar solamente de cincuenta a sesenta mil pesos, lo que constituye la dificultad material de sus trabajadores que no reciben por cada jefe de familia más que dos pesos por semana y veinticinco litros de maíz e insistí, con este motivo, sobre el interés que habría en que el Banco procure, en interés de estos campesinos, vender las cosechas del mejor modo posible, es decir, que se ocupe en defender los intereses de ellos como si fueran los propios.

En segundo lugar, página 24, hablé no de Atasco, sino todavía de la misma colectividad de Atequiza, que cité como ejemplo mostrando que en dos años su población aumentó de 850 a 1,300 habitantes, lo que demuestra que con mejorar el nivel cultural, social e higiénico, el grave problema de la insuficiencia de la población de México puede ser resuelto favorablemente.

Muy agradecido por la gentileza al acoger estas líneas, me repito de Ud. como Afmo., Atto. y S. S.

René Marchand.



El Maestro de Cuba

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

ENRIQUE José Varona murió, de ochenta y cuatro años, a fines de 1933. Para morir eligió—¡cuántas veces es hora de elección la hora de la muerte!—el momento grave entre todos en la vida de su patria. Como Hostos, se fue de la vida en uno de los momentos agudos de la agonía antillana, rendido bajo la pesadumbre momentánea del desastre. No le flaqueó, de seguro, la fe en los destinos de Cuba, empeñada decisivamente en su regeneración; hubo de agobiarlo la visión de la dura cuesta de penas que el pueblo cubano se dispuso a subir, ¡otra vez!, para alcanzar la cima de libertad y decoro.

Durante cincuenta años Varona fue maestro de Cuba: maestro desde la juventud, maestro grave, rodeado de respeto por su pueblo, en apariencia frívolo. El pueblo cubano posee don de alegría y forma excepcional en medio de “la tristeza de América”, lugar común de propios y extraños. En Cuba se habla de la tristeza cubana; se citan como pruebas la música—a veces lenta y lánguida, pero no dolorosa—y la poesía: ¿pero dónde es alegre la poesía? Quien haya visto La Habana, ese sabe lo que es ciudad gozosa, donde todo se ha dispuesto para placer de los sentidos, en contraste con tantas ciudades de América, desanimadas unas, porque sus habitantes ignoran las artes de la diversión; tristes otras, porque el alma indígena las vence, con su entraña de nihilismo. Y el don de alegría vence todas las crisis; ningún pueblo de América ha sufrido como Cuba en sus dos guerras de independencia, pero de ellas ha salido siempre con ímpetu nuevo. No es frívolo el pueblo que en América ha dado más horas y más vidas por la libertad, en su rebeldía de ochenta años.

Varona, sereno al parecer, “dueño de sí y de sus actos”, vivió siempre en rebeldía, la rebeldía de la inteligencia, que bajo las ficciones triunfantes descubre el error y el mal: primero, en la ciega

y sorda dominación colonial, que no supo ver en el bien de Cuba su propio bien; después, en el disolvente egoísmo de la vida política bajo la independencia.

Nunca fue Varona uno de esos que el vulgo llama políticos prácticos, moderna plaga de hombres que de nada entienden y de todo se apoderan, en ansia de mando y de lucro, estorbando la función de quienes ponen, saber y virtud al servicio y ejemplo de la sociedad. No fue político práctico, pero estuvo siempre en la acción política, como libertador y como civilizador, desde su mocedad hasta sus últimos días, y deja en su tierra hondo surco, como no lo ha sabido labrar ninguno de los jefes del Gobierno. Colaboró primero en el largo esfuerzo de Cuba para alcanzar la independencia, desde la guerra de 1868 hasta la de 1895 (entonces recogió la herencia de Martí en la activa dirección de “Patria”, el vocero de la insurrección, y redactó el manifiesto oficial del movimiento); luego en la organización de la República (1899-1902) como miembro del Gabinete, reconstituyendo de golpe, sobre bases nuevas, todas las instituciones de enseñanza y dando al país “más maestros que soldados”; después, señalando orientaciones en la prensa, con clara exactitud y mesurada energía, hasta que la opinión lo hizo presidente de partido en momento de crisis nacional y lo llevó a la Vicepresidencia de la República: allí nunca estuvo en silencio, persistió en su prédica y no perdonó siquiera los errores del grupo en que se hallaba inscrito, pero no sujeto; al final, lejos ya de puestos públicos, se puso al lado de la juventud empeñada en librar a Cuba de la maraña opresora a que la condujeron veinte años de desorden político; tuvo el singular honor de ser tratado como rebelde en su ancianidad.

Ejerció, pues, al magisterio político, que era parte de su magisterio integral de virtud y saber. En sus primeros años de actividad, después de la iniciación juvenil en la literatura, se encaminó hacia la filosofía. Adquirió la fe en las ciencias de la naturaleza—feliz contagio de su siglo—y esperó apoyar en ellas el pensamiento filosófico. Concibió y compuso tres obras sistemáticas que ofreció al público en conferencias: “Lógica”, “Psicología”, “Moral”. (1880-1882). Quiso con ellas señalar a su país los rumbos del pensamiento de la época. La enseñanza filosófica oficial era de tipo arcaico. Hombres eminentes la habían combatido: uno de ellos, cabeza agudamente original, corazón fervoroso de apóstol, había dejado larga estela intelectual y moral. Ser discípulo de José de la Luz era en Cuba pertenecer a una hermandad como la de los discípulos de Sócrates. Y la innovación filosófica era forma de rebeldía. Los tres célebres cursos de Varona fueron la fase última de la rebelión. Abrieron el camino a la difusión de Comte y Mill, de Spencer y Bain, de Taine y Renán. Tanta la difusión, que el pensamiento cubano quedó teñido de positivismo durante medio siglo.

Pero Varona, desde que comienza su madurez, se aleja paso a paso de todo positivismo. El público empezó a llamarlo escéptico. No eran doctrinas filosóficas expresas las que le valían el tí-

tulo nuevo: eran actitudes y reflexiones ante las cosas del mundo, ante la inveterada locura de los hombres. Repetía la exclamación de Puck: "Lord, what fools these mortals be!" Y declaraba, como compendio de su experiencia: "El hombre ha inventado la lógica, y no conozco nada más ilógico que el hombre. . . como no sea la naturaleza". De sí mismo llegó a dudar que pudiese ejercer influencia espiritual duradera; adoptó como lema "In rena fondo e scrivo in vento". No sospechaba el futuro alcance de su ejemplo y de su palabra. Pero mantenía la fe en la necesidad de trabajar por el hombre; ante todo, por el que tenía cerca, el de su tierra.

En 1911, instigado por la curiosidad y la incertidumbre de la opinión, dió en el Ateneo de La Habana una conferencia que intituló: "Mi escepticismo". Confesó escepticismo intelectual en el campo de la razón pura, pero declaró que se acogía a la razón práctica. El escepticismo no está reñido con la acción. "La acción es la salvadora". Era, pues, escéptico, como lo sospechaba el vulgo; pero escéptico activo, sin ataraxia, sabedor de que, sean cuales fueren las insolubles antinomias de su dialéctica trascendental, su razón práctica debe optar, y la mejor opción es la de hacer el bien. Años después otro pensador de origen hispánico, George Santayana, adopta posición parecida: lleva el escepticismo hasta sus raíces hondas, pero de regreso se acoge a la fe práctica en la existencia del universo, a "la fe animal". De ahí parte Santayana para reconstruir su filosofía, con estructura muy diversa de la que tuvo en su juvenil "Vida de la razón". Pero Varona no formuló una filosofía en los tres tratados de su juventud: de ellos, el más filosófico, la "Moral", es el menos audaz y el menos personal, el menos semejante al Varona definitivo. En su madurez, tampoco formuló filosofía; se contentó con darnos sus reflexiones de moralista, dentro de la mejor tradición griega y francesa "Con el eslabón". Nada sale indemne de sus sentencias: ni los sistemas de los filósofos, ni las hazañas de los guerreros.

Estas reflexiones escépticas se resuelven siempre en censura de actos individuales—frecuentes, tanto como se quiera, pero individuales al fin—y en la declaración del perpetuo conflicto entre lo real y lo racional. Lo que nos sorprende como general en el error humano, se debe a que pretendemos reducir al hombre a esquemas intelectuales simples, sin atender a las fuerzas que en él proceden de fuentes distintas de la razón. No obliga a desesperar de la humanidad. Siempre queda espacio para buscar, en actos individuales o en hechos sociales, altura, profundidad, intensidad. Y nadie mejor que Varona para admirar y loar cuanto fuese admirable y loable. A ningún mérito que tuviera delante de sí se mostró insensible; se complacía en exaltarlos, escogiendo en el mundo que lo rodeaba una jugosa antología de la virtud. ("Mi galería", por ejemplo). Era en eso como Giner, como Sarmiento, como Hostos, como Martí, como Justo Sierra.

Y estudiaba los problemas sociales con valentía: su claridad de pensamiento veía pronto las soluciones y los medios. En la práctica, en su acción

propia, demostró cómo se afrontan cuestiones difíciles y cómo se resuelven a fuerza de lucidez y de perseverancia. Así, el escéptico en filosofía resultaba civilizador lleno de decisión.

Como quien tiene los ojos acostumbrados a perspectivas amplias, en el espacio y en el tiempo, no se sorprendía ni atemorizaba ante ninguna innovación teórica ni práctica en la organización y el gobierno de las sociedades. El ex presidente del partido que se llamaba conservador, no se sabe por qué, pues en nada substantivo difería del que llamaba liberal, fraternizaba, sin esfuerso, en su vejez, con jóvenes socialistas consagrados al bien de Cuba. Como ejemplo de este pensar radical, que ve dibujarse los exactos contornos del futuro sin irritarse ante los cambios ineludibles, y acoge con simpatía lo que hay en ellos de justicia, son perfectas sus palabras a propósito del movimiento feminista. (1914).

"Hay que disponer nuestro espíritu a la más difícil de las adaptaciones, a la adaptación inestable, y a sabiendas inestable. Hemos de realizar múltiples ensayos, y de presenciar y sufrir no pocas conmociones. . . El círculo de hierro y de fuego en que había pretendido el hombre encerrar a la que llamaba con inconsciente hipocresía su compañera, se ha roto para siempre. . . Hay algo ya definitivo y de incalculables consecuencias: la emancipación del espíritu de la mujer. Despidámonos, no sin cierta melancolía, de la Eva bíblica, y demos otra significación mucho más honda al eterno femenino del poeta".

La vocación esencial de este civilizador, si nos atenemos a sus confesiones propias, no era la filosofía ni menos la política: era la literatura. Nacido en hogar tradicional, de costumbres graves y biblioteca numerosa, esperaba tal vez en su adolescencia llevar vida tranquila, libre de azares, entregado a las letras. Se inicia escribiendo versos (los hizo siempre severos y pulcros), formando una antología de sonetos clásicos, proyectando una edición anotada del "Viaje del Parnaso", de Cervantes, preparando un estudio crítico sobre Horacio. Pero antes de cumplir los veinte años lo sobresaltó en su jardín de poesía el estallido de la primera gran insurrección cubana. Desde entonces su atención estuvo siempre dividida entre los dolores vivos de su tierra y los quietos deleites de la contemplación estética. Junto a su actividad en favor de Cuba, en realidad fundiéndose con ella, y sometiéndosele, persistió su labor literaria. Fue uno de los escritores excepcionales en América: excepcional, desde luego, por la riqueza de pensamiento, por la cultura extensa, afinada y segura, por el estilo terso y conciso, donde la expresión eficaz va matizada de dulzura luminosa. De su expresión ha dicho Sanin Cano que en ella "el verbo no se hacía carne; al contrario, y la materia se espiritualizaba en volutas de ingenio profundo y de gracia sutil y comunicativa".

Pero como su literatura estaba al servicio del bien humano, se sentía obligado a difundir ideas para la construcción espiritual de su pueblo; de ahí su larga atención a la filosofía como enseñanza renovadora y orientadora. Para la sola literatura no le quedó otro tiempo sino el que dedicó

a estudios críticos y a breves ensayos. Como crítico, entre los de habla española es de los muy primeros, y de los mejores, en el estudio psicológico, desde su conferencia sobre Cervantes (1883). Como ensayista, dejó maravillas de meditación, o de humorismo filosófico, o de juicios sobre hechos sociales, como su descripción del "desquite" de la sociedad inglesa en el proceso de Oscar Wilde (1895).

Varona, en fin, fue uno de estos hombres singulares que produce la América española: hombres que, en medio de nuestra pobreza espiritual se echan a las espaldas la tarea de tres o cuatro. El deber moral no los deja ser puros hombres de letras: pero su literatura se llena de calor humano, y los pueblos ganan en la contemplación de altos ejemplos.

(De Revista "Cubana". Publicación de la Secretaría de Educación. Habana, Cuba).

T u p i - N a m b á

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

COMIENZA en elegía y termina en ditirambo: café de "Tupí-Nambá". Cosmópolis en la otra orilla, y lo castizo en esta ribera. Allá el gringo, y acá el criollo, porque lo mestizo cede bajo el avatar hispano y la presión de lo culto: café de Tupí-Nambá. Ahí está la mesa de Juan Parra, cuya memoria perpetuase en una calle alta, sin que su peruanidad ni su juventud retrajeran el homenaje. Aquí está ahora la Peña taurina "Guerrista", porque en el Uruguay adusto de Batlle Ordoñez ha renacido la tradición taurina de panem et circens bajo la "dictadura" de don Gabriel Terra.

En Buenos Aires, se jadea hasta en la siesta y se sesteá en el jadeo. Aquí no hay sesteo ni jadeo. Se conversa a largos sorbos, sin vehemencia de cosmópolis, sin descastamiento, con delectación de gourmets. Bien pudo, pues, florecer Rodó, terso y mayestático. Y encalló en cambio Florencio Sánchez, exceso de nerviosidad para una ciudad sedante. Herrera y Reissig, otro manojito de vibraciones, buscó el amparo del exilio en la Torre de los Panoramas. Pero Vaz Ferreira ejerce su ponderado magisterio desde la Universidad, y Juana de Ibarbourou se encamina al catolicismo después de plantos y trenos arrancados a la carne sin mengua de la castidad.

En torno a las mesillas del Tupí-Nambá, se habla del arte y de toros. Arte y toros: cuando uno quiere ahondar en la psicología de Carlos Reyles, el autor de "El Embrujo de Sevilla", basta iniciar un paso de muletas a una silla, lanzar como piropo, al azar de la beldad transeúnte, cualquier giro encendido de sangre y trapío: "lo enganchó por la faja", "se le arrancó corto y derecho", "se creció al castigo", Reyles, figura enjuta de monje encenizado de arrepentimiento, se yergue entonces. El padre de las serenas "Incitaciones" recuer-

da al del "Embrujo". La cultura uruguaya de gauchaje y caudillismo, Ateneo y Barlismo, se rebela y lanza a las fuentes de lo castizo. Bajo el viejo Batlle el "Tupí-Nambá" fue peña literaria. Uruguay depuraba su tradición encaminándose a Occidente. Baho Terra, el "Tupí-Nambá" es peña literaria y además, taurina: Uruguay retorna a lo criollo, con sus caudillajes, asonadas y tropelías cívicas. Clima de insurgencia, "revolución del machete" comentaría Emilio Frugoni, poeta y líder político... El ditirambo se trueca en elegía: "Tupí-Nambá".

Balneario: no puerto

Montevideo ha absorbido la vida del Uruguay. Si Buenos Aires con sus tres millones de habitantes en una nación de doce millones de pobladores, dentro de una superficie de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados, es un ejemplo de centralización, Montevideo lo es mucho más aún. De los cerca de tres millones de uruguayos que pueblan la República Oriental, casi uno reside en la urbe capitalina. Y ésta yergue su gallardía marinera entre el Atlántico y el Plata.

Asomarse a sus linderos es siempre asomarse al mar, mar de río, mar paradógico y constreñido; mar de mar, ancho mar que baña Europa; mar por doquiera, azulosidad de mar, clima de mar, pero jamás ambiente de puerto. Buenos Aires es más puerto que Montevideo. Porque Montevideo es balneario antes que nada. Ahí los ojos van de fiesta, mientras que en el puerto salen de pesquisa. El porteño vive de prisa o trata de parecer de prisa, pero en el balneario la hamaca asordina las estridencias y duplica la serenidad del mate.

Las viejas revoluciones tuvieron que ser poemas campestres en esta banda oriental del Río de la Plata. Frente a Rosas y bajo el asedio, Montevideo más que "Nueva Troya" fué Nuevo Parnaso. Todos los poetas adversos a la tiranía hallaron ahí acogida y protección. Rivera Indarte, prófugo de sí mismo y de su admiración primeriza a don Juan Manuel, encontró en Montevideo las rimas que le faltaban para su himno contra Rosas. Y Florencio Varela, poetísimo, hubo de ser asaltado por la muerte ahí donde un poeta tenía importancia, porque en el Buenos Aires creciente los poetas apenas si eran ciudadanos. José Mármol canta desde su banda fronteriza contra la dureza del régimen, y exhala sus "cantos del peregrino". Los otros emigrados, los más rijosos, los más constructivos, los más polémicos, anidaron en Chile, junto a los Andes, entre riscos de peñas y de humanidades, entre picachos obsoletos. Sarmiento anduvo, como Alberdi, en la faja angosta del otro lado de los Andes. Juan María Gutiérrez, Varela, Mármol, Echeverría, Rivera Indarte, encontraron en Montevideo luz para su policía y sus retinas. La polémica en Montevideo adquiere caracteres cívicos y durezas galantes. Por encima de las pasiones, hay un supremo director que melifica las actitudes y las reviste de belleza estatutaria. Sobre el dombo del cielo azulísimo, se recortan mejor que sobre la bruma del firmamento bonaerense, manchado de humaredas fabriles, las siluetas de los monumentos. Monumento de Batlle Ordoñez, mos-

quetero de las ideas, gaucho recio, doctorado en política y caballería, duelista como d'Artagnan y cincelador de principios para plintos. Monumento de Baltasar Brum, que se suicida antes de entregarse al triunfo de una idea opuesta. Monumento de Rodó, aconsejando serenidad al continente convulso. Monumento de Herrera y Reissig, cateador de manjares verbales, como jamás los hubo, antes que él, en el idioma castellano. Monumento a la carreta. Monumento a Artigas. Monumento al caudillo, en "El Terruño", en donde los caciques, por fijosos que fueren conversan con pausas, entre fumada y fumada, entre mate y mate, entre carneada y carneada, así como ahora, estos caciques inteligentes e intelectuales, en torno a las mesillas del "Tupí-Nambá"... Monumentos existen los unos, con la tangible existencia de la piedra, y los otros, con la intangible de la evocación y la fantasía. Monumento a la democracia que hasta cuando se pierde, permite, en medio de dolores cruentos de parto, que subsiste tal cual opositor para decir sus congojas y protestas, perpetuando en el sacrificio injustificable de Grauert la adhesión fundamental a un principio y a una idea.

Suiza bohemia

Desde que el barquichuelo atraca en el muelle, la cortesía salta a bordo como enviada plenipotenciaria del Uruguay ante el recién venido. Los tres, sombreros alones, chambergos bohemios, sobre melenas anacrónicas denuncian que el intelectual, ataviado de lo mismo, no suscita burlas ni despierta pullas. En Montevideo se puede lucir la literatura sin que se incuben rencores de changador. Existe la tradición de la inteligencia. Y la otra, la de la democracia. Y con ambas, la de la bohemia ilustrada. Bohemio fue, hasta cierto punto, Rodó, Bohemio, Batlle Ordóñez, Bohemio, Herrera y Reissig. Bohemios son muchos que ahora empuñan el gonfalon de la cultura uruguaya. No, no es bohemia pueblerina ni romántica. Es coquetería de inteligencia. Alarde de comprensión. Bohemio fue el sistema colegiado, y bohemia resulta esta dictadura, bajo cuya mano germinan nuevos rumbos para el Uruguay y para América...

Suiza sudamericana! Prosperó, durante largos años, el cariñoso epíteto. Pero sin montañas y con criollos, Uruguay no podía ser sino una Suiza efímera, nominal. La llanura y el mar impiden la recia autonomía de los cantores y el celo tradicional de los helvéticos. Guillermo Tell no dispara acá sobre su hijo: se salta la tapa de los sesos o lanza cartel de desafío a espada francesa contra sus rivales. Hay excesiva inteligencia en Montevideo, contrapesada por el exceso de analfabetismo en la campaña. Suiza, no: Berna o Ginebra; pero los centralismos suelen extrangular a las naciones enterizas. Los parques tienen nombres de escritores y poetas. De caudillos y de principios. Las instituciones más poderosas y de mayor raigambre son las intelectuales. Por tal razón, las instituciones políticas lucieron tanto y tenían bases tan deleznable. El diálogo, el culto y la masa apenas se articula con balbuceos precursores. Pablo Minelli se apasio-

na, como otros muchos, en determinar un rumbo nuevo, pero Eugoni alterna poemas con discursos. La política es una musa celosa que gusta de homenajes totales. Su ley es la de la monogamia. Su obsesión, el divorcio. El que la es infiel una sola vez tan siquiera, la pierde irremisiblemente. Musa criolla, impermeable a la civilización de los "manages a trois", cultiva su insularismo orgulloosamente. La política, al par que la inteligencia, absorbe a los hombres y sus cavilaciones. No es deporte de invierno, como el sky, ni de verano, como la natación: es ejercicio respiratorio permanente, atletismo, indispensable para el justador y el que especta. El uruguayo de la campaña añora al caudillo, el de la ciudad al Gobierno Colegiado y su orgullo ejemplarizador. Y así, entre preocupaciones culturales y obsesión política, los campos que lo primero une, se desunen con la segunda. Bajo los altos techos del Ateneo anidan todas las ideas y su tribuna es la más alta; pero cada día, el Ateneo acompasa su andar al de la pasión del día, y yergue, frente a la casa de Gobierno político, su altanería de gobierno intelectual. Los dos poderes se hallan frente a frente. En Montevideo el triunfo del Ateneo está descontado. Por eso subsiste, en plena efervescencia, con sus isillas de mesa de café, el típico "Tupí-Nambá"...

Poetas y pensadores: Parra

Parra era un poeta peruano, exaltado y loco, con la locura celeste de todo cazador de estrellas. Había llegado adolescente a Montevideo y supo hacerse oír y no supo cómo pero se encontró amado. Juan Parra del Riego escribió poemas como himnos, que eran los que necesitaba la naciente democracia uruguaya. "Himnos del cielo y de los ferrocarriles". Y "Polirritmos". Y entre éstos aquel admirable canto a Gradín, el negro brujo que llevaba el balón de fútbol pegado a sus zapatos, y que dibujaba goles y deslumbraba con su gambeteo. Juan Parra del Riego fue poeta nacional del Uruguay. Murió sin mucha fama y sin mucha más edad. En cualquier país sudamericano, le recordarían tan solamente sus amigos. En Montevideo hay una calle con el nombre del poeta trunco y extranjero. En medio de ella, embrión de estatua, un poste ostenta su nombre, su nacionalidad y su cronología. Pero la inscripción aparece incompleta, desportillada por el pelotazo certero de un pilluelo prosélito de Gradín...

Los himnos son posibles en Montevideo, como en parte alguna. Las mujeres cantaron en ella como en parte alguna. Los y las poetisas gozan de prestigio como en parte alguna. El "Tupí-Nambá" conserva su fragancia y su leyenda como no lo conservaría en ninguna parte.

Delmira

—Yo era muy niño cuando conocí a Delmira Agustini. Era una mujer espléndida. Sus ojos azules convidaban a naufragios. Su cuerpo vibraba y hacía vibrar. Pero era casta y ardiente. Virgen bíblica se enamoró de un sólo hombre, y por él y su amor, escribió versos. Poemas de la pasión desenfadada. Desnudamiento del alma y de la

carne. Aquel hombre llegó a ser su marido. Exceso de pasión agotó el contubernio. Encalló el matrimonio en la fiebre continua, pero, luego de deshecho el nudo, volviéronse a buscar los sedientos, y ella fue a donde él la citó, y ahí acabaron sus vidas, una tarde de pasión más febril que otras muchas, ella la bella malmaridada que persistió en el encanto de su madiraje. Y él, amante y esposo de su viuda civil...

Juana

—Nadie es más casta que Juana de Ibarbourou, y pocas tan bellas. Nació en la frontera con el Brasil, en un pueblucho nimio. Un militar apuesto fue y sigue siendo su primer y único amor. A despecho del hogar sereno, escribió versos de fragua. Creció el hijo y el temor a la vindicta social, acaso el recuerdo de Delmira, sofrenaron el soberbio instinto que tan lindamente soñaba. "Estampas de la Biblia" inician lá curva hacia la Iglesia y la castidad verbal, que la otra nunca fue alterada. Cantora de "Cantar de los Cantares", no canta bien el Eclesiastés. La ceniza cubre fuegos extintos o amenguantes. Nunca fuegos altos, fuegos de viva lumbre. Juana está acabando, ya. Pero Juana es nuestro orgullo.

Rodó

—Antes que Artigas, acaso, está Rodó. Mucho le zahirieron y le pretirieron. El halló acentos que nunca habíamos oído. Su memoria está exaltada en un Parque, una estatua, muchas calles, muchas escuelas, muchas ediciones... Rodó murió pobre en Italia. Uruguay tiene que pagarle su deuda de olvidanza.

Brum

—Baltazar Brum amaba la democracia y no permitió que nadie pasara por ella. Cuando el golpe de Estado de Terra, recibió la orden de prisión enfrebido. El esperaba que su pueblo, aquel pueblo que Batlle y él educaran en el ejercicio de la ley, se sublevara. Pero no reparó que la somnolencia democrático legalista había enervado a los viejos insurrectos. Al comprenderlo no tuvo un gesto. Salió a la puerta de calle, desenfundó su pistola, y aplicándosela a la sien gritó a los aprehensores: "La democracia no ha muerto en esta República", Y calló para no verla morir...

Aletazos de tragedia

¿En qué país estamos? ¿En qué ciudad? ¿Esta es América? Acaso no, pero mucho menos es Suiza. El trópico ha encontrado una rima perfecta en el sud, junto al Plata y frente al egoísmo cosmopolita de Buenos Aires. Seguimos indagando almas, pesquizando sensaciones, tratando de hallar el secreto de un escenario impresentido. Y andando, andando llegamos a una morada en donde reina duelo: sobre el lecho, un joven hijo de árabes, encendidos los ojos de fiebre y pasión, exhibe su osamenta dismantelada.

—Le apresaron cuando el atentado contra el Presidente Terra. Le torturaron tanto que aquí le han traído a morir. A su padre le quebraron la pierna los sayones. A su hermano, le mataron de un tiro. A él le han martirizado hasta dejarle exánime. Sólo espera la muerte.

Alguien le pregunta:

—Pero, ¿vale la pena que hayas sufrido tanto por la política?

Y el moribundo:

—No es por la política; es por el Uruguay...

E insiste la interrogante:

—Pero, ¿eres tú uruguayo acaso? Tus padres, tus abuelos, tus parientes todos son árabes.

Y el yacente se yergue:

—Pero, yo soy uruguayo. Y esto es por el Uruguay y su libertad.

Dentro del pecho algo me dice:

—¡No te has equivocado, no, al escoger tu camino!

Y afuera sigue la peña de "Tupí-Nambá"...

Laicismo

La Rambla contornea al mar. Un mar sin oleajes, un mar que es río. En Pocitos y hasta Carrasco y Miramar, el presentimiento del verano. Hoteles para argentinos. Suntuosidad de parvenus. Placeres de magnates. Admiración de sumisos. Arena, menuda arena, sobre la cual se hinoja reverenciosa la ola. Ha crecido el ámbito. Está más ancha la atmósfera. Ningún mástil; ninguna torre, ningún rascacielos. Playa, playa, playa: así hasta el Brasil. Por todas partes azota aire marino a Montevideo, la generosidad del agua corta el egoísmo y abre la generosidad. Reliquia para turista: derruidos murallones de la Aduana vieja. Recuerdo para historiógrafo: la expedición de los ingleses. Testimonio para los visitantes; el mar y la democracia sellando su consorcio secular. En las montañas son más fáciles las tiranías y las autocracias. Frente al mar desármase la actitud humana, y la avaricia adquiere sello cordial. La catolicidad recela del mar y se cobija en las alturas. Montevideo fue laico, como el Uruguay entero. Laico con un laicismo intransigente y obsecionante. Laico y democrático; laico y generoso, laico y cultor de su inteligencia. El patetismo del tiempo nuevo ha erigido montañas inmateriales sobre la planicie platense. En cada cerro, un castillo. Y dentro de él, un monasterio. Juana de Ibarbourou ingresa al monasterio intangible de esta cordillera que nadie columbra con los ojos del cuerpo. Zorrilla de San Martín le precedió en la celeridad por la vía del catolicismo. Rodó no se atrevió a romper con esa montaña en su "Liberalismo y Jacobinismo". Sólo el viejo atleta Batlle y Ordóñez arremetió contra el prejuicio, contra la montaña inmaterial. Fundó el partido colorado, la democracia y laicismo.

Drama del futbol

Después han venido el futbol, primero, y los toros, después. El futbol ganó para el Uruguay fama deportiva, pero minó su responsabilidad cívica. Los poetas cultores del éxito, vieron en Gra-

dín un símbolo de algo nuevo, más no calaron en la Hondura de aquel significado. Tras el fútbol, deliberadamente se restauraron los toros. Batlle comprendió que Uruguay por su misma situación inermes a todos los vientos, requería el sustento de una tradición cívica profunda. De una inteligencia orientadora. Los pies destrozaron su ideal. Nazzasi alcanzó más fama que Rodó. El negro Andrade compitió con Reyles; Gradín con Artigas; Romano con Herrera y Reissig, y el Once olímpico adquirió más nombradía que el viejo Batlle y sus colorados. Sesenta mil espectadores acuden a presenciar la justa entre Peñarol y Nacional. Cada gol es un poema y una tragedia. Y ahora se suma a tal drama, el de la renacida afición taurina.

Panem et circens: indicio grave. Más que un ataque documentado de los opositores, me impresiona el hecho del fútbol y los toros dirimiendo filiaciones. Alguno apunta: "Si a usted no le gusta el fútbol, no es de los nuestros..."

Envío al amigo del "Tupí-Nambá"

Amigo gentil del "Tupí-Nambá": no soy de los unos ni de los otros; pertenezco a una promoción humana que practica el deporte, pero que filosofía también sobre él. Todo Montherland lleva un Mussolini implícito. Como todo Machaquito siente inclinaciones por el general Franco y sus secuaces. Si prefiere el fútbol a los toros, es bueno tener presente que por encima de los dos, amo el alerta constante de la conciencia de los pueblos. Y que, puesto a elegir narcóticos cívicos, prefiero el nirvana al sudoroso narcótico del deporte o la fiesta brava.

Comienza como ditirambo y termina en alegría: café de "Tupí-Nambá". En torno a tus mesitas, frente al café aromoso, discuten de toros, de fútbol, de arte, y más asordinada la voz, de política. Miro tus paredes, con carteles taurinos. Me detengo en las melenas de algunos contertulios. Trato de abrazar con la mirada los chambergos bohemios. La cortesía y la generosidad me anestesian. El mar invita a lo fácil y propincuo. Desde la lejanía, me llama la sirena de mi barco. Nada me puede atar a lo pasajero, sean hombres, naturaleza, pasión de mujer o de gloria. Ni tampoco la remembranza de mi adolescencia bohemia, rediviva en tu seno, bajo su atmósfera sedante, café de la leyenda castiza de un Uruguay que ya pasa, café de la discusión vespertina y del panem et circens, coso y huerto, jardín de Academos y peña taurina, nombre sabroso, con perfume de selvática leyenda guaraní: café de "Tupí-Nambá".

(De "Atenea", Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes. Publicada por la Universidad de Concepción, Chile).

La Luna en la Poesía Negra

Por FRANCISCO G. BEDRIÑANA

HA sido nada menos que Guillermo Díaz Plaja, el joven y maestro escritor español—Premio Nacional de Literatura 1935—quien ha traído del brazo el tema. El tema, es nada menos, el de "La Luna y la Nueva Poesía", breve ensayo pleno de originalidad, que, por otra parte, estaba haciendo falta ya, habida cuenta de que los ángeles de Juan Cocteau y Rafael Alberti han sentido cómo sus alas gravitaban sobre el mundo literario en forma tal, que el corral de los gallos de cresta roja y plumas azules llevaba trazas de convertirse en gallinero. La trascendencia del sentido lunar en la poesía—apunta Díaz Plaja—no podrá ser negada por nadie. En efecto: la luna sigue siendo ese disco color de huevo frito que continúa sugestionando a los poetas, pese a ese *saber desembarazarse de ella* que señala Díaz Plaja, citando para ello la trayectoria de esas líneas paralelas en la ferrovía lunática Apollinaire-Cocteau, sin olvido del semáforo Juan Ramón Jiménez.

El jugar con la luna, persiste. El odio universal por la luna, preconizado por Marinetti, ha entrado de lleno en la catalogación del mito. Luego la campaña anti-luna fue un nuevo mito en la modalidad de los gritos, sin mayor trascendencia que el snob.

Cuando Díaz-Plaja señala, no sin acierto, que fue Marinetti quien *vislumbró agudamente toda la culpa de la luna en la mediocrización de la poesía durante el Romanticismo*, pudo añadir que, no obstante ello, la luna no tiene ese poder obsesivo de antaño. Ello no obstante, a veces suele sentirse acróbata en el trampolín del firmamento, y deslizándose por el trapezio del tiempo logra un salto mortal al antiguo clisé. Disfrázase entonces, un tanto avergonzada, en complicidad con algunas estrellas cercanas. Pero sigue siendo luna. Y aunque la mona de la luna intenta vestirse con la seda que el aire moderno ha ido entretejiendo sutilmente, luna se queda, al fin y a la postre: luna con su halo romántico y con su prestigio espectral.

Claro está que ha perdido gran parte de su fuerza patética, y que ya no será como antes:

La luna dorará un viejo camposanto...

No. Ya Juan Ramón Jiménez va captando la faceta del camposanto en otras imágenes desprovistas de toda la fuerza de la luna en llanto. Y ha de ser nada menos que un don Miguel de Unamuno quien ha de jugar con ella, para decir con desparpajo y gracia infinita:

La media luna es una cuna...

Ya esto hace juego—como vemos—con las "estrellas verdes" señaladas por Juan Ramón.

En la poesía negra, el fenómeno lunático no ha dejado de sentirse con menos intensidad. Toda la gama musical del poema negro—o mestizo, como ansía Guillén—toda fuerza arrolladora de la apetencia social a través de la poesía negra, no ha podido llegar al logro de la irradiación de la luna como presencia más o menos romántica, ni aun desviar, por completo, su trayectoria hacia ese farol chino que alumbraba en la verbena celeste.

“Ya no es el blanco quien dice lo negro”—exponen don Fernando Ortiz. Y agrega: “Cada día ocurre menos, como bien piensa Marinello, *que lo blanco dice lo negro, traduciendo al verso de España el alarido del tambor*”. De acuerdo. Pero hay que no echar en olvido que también el negro sigue diciendo su canto en expresión blanca, y que alarido del tambor no ha dejado de ser—en múltiples ocasiones—un eco de la guitarra. Que no por algo si Pérez Ferrero expresó:

Luna grande, luna grande,
luna de hojaldré,
los aviones irán
a picarte.

(*Poemas del Aire*).

Nuestro Nicolás Guillén también dice que su “Chévere del navajazo”:

pica tajadas de luna,
más la luna se le acaba.

(*Chévere*).

“La gran hazaña de los jóvenes poetas ha consistido—dice Díaz Plaja—en saber inmunizarse contra el azul lunar y la humedad del nocturno. En huir del valor patético de la luna”. Y, si bien es verdad—volvemos a repetirlo—que a veces es así, no siempre la luna deja de ser en nuestra poesía negra un elemento decorativo ribeteado en no pocas ocasiones con el patetismo que de un traspié puede convertirse en auténtica palidez de lo romántico.

Como es natural cuando más bonita nos parece la luna es a la sazón en que el poeta juega con ella, *construyendo arbitrarios imaginismos juguetones*. Así, por ejemplo, cuando Emilio Ballagas dice:

En la obscura plaza del cielo
rumbea la luna.

(*Comparsa habanera*).

Pero Luis Palés Matos—llamémoslo Gran Cocotero de la Onomatopeya—brinca a la línea romántica cuando, con voz queda, nos va diciendo:

Duerme el caimán, duerme la luna

(*Bombo*).

En efecto, cuando *alrededor de la fogata van cruzando las sombras ante el fuego*, la luna duerme, la luna puede dormir, su sueño de siglos...

Pero también García Lorca—¡ah!—siente la atracción negra, la atracción de Cuba, precisamente, y, dentro de Cuba, el imán de Santiago, a donde irá

Cuando llegue la luna llena.

(*Son*).

¡Oh, la atracción de la luna llena! En versos blancos la había utilizado también Alberti para decirnos que

... pescó la luna llena
sola en su red plateada.
(*Elegía del niño marinero*).

Claro que aquí se trunca toda aproximación romántica, porque para esa concepción es imposible ver la luna orendiéndose en otra red que no sea la de la bóveda celeste...

Pereda Valdés también ha sabido jugar con la luna. Y así mientras los negritos africanos

forman también una ronda
con la noche de la mano

observa que, igualmente,

las estrellas forman ronda
cuando juegan con el sol,
y en el candombe del cielo
la luna es un gran tambor.

(*La Ronda Catonga*).

Pero donde se palpa la luna con toda su precisa intensidad, con feliz evasión de lo romántico, con sabor a noche tibia y olor a cielo estrellado, es cuando Guillén la hace enroscarse, a capricho, en la espina dorsal de uno de sus mejores poemas:

Quemaste la madrugada
con fuego de tu guitarra:
¡zumo de caña en la jícara
de tu carne prieta y viva
bajo luna muerta y blanca!

Y después:

Hoy amaneció la luna
en el patio de mi casa;
de filo cayó en la tierra
y allí se quedó clavada.
Los muchachos la cogieron
para lavarle la cara.
y yo la traje esta noche
y te la puse de almohada!

(*Velorio de Papá Montero*).

Mejor ahí, más feliz ahí, más prístinamente ahí, que cuando dice:

¡Oh luna redonda y limpia
sobre el sueño de los monos!...

(*Balada de los dos abuelos*).

Tenemos, pues, el ejemplo de que aún viviendo la poesía negra toda su influencia folklórica, la luna ha seguido siendo elemento vital en ella. ¿Es que los poetas que cultivan sus rosas negras o mestizas quieren ser poetas del tiempo? Recordemos entonces la pregunta y respuesta de Alberti: *¿Qué es ser poeta del tiempo? Indiscutiblemente, acompañar el ritmo poético con el histórico, dar la medida lírica de su época.*

Por lo que vemos, entre el ruido poético y el histórico danza y piruetea la luna en un juego de engaño, de amor y desamor, entre ella y los poetas que miran al cielo para contemplar de una u otra forma, pero siempre adormeciéndose en su contemplación como la amada eterna...

(De “Revista Bimestre Cubana”.—Habana, Cuba).

N O T A S

LA UNIVERSIDAD Y LAS ARTES PLÁSTICAS

Un amplio proyecto, que contribuirá positivamente al desarrollo de las artes plásticas en nuestro país, ha sido concebido por el Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México, y se encuentra, desde luego, en vías de firme realización.

Trátase, en primer término, de la creación de una galería permanente de exposiciones, semejante a las que existen en las principales ciudades europeas, en donde todos los pintores y escultores de México, puedan, sin estipendios onerosos, exhibir sus obras y exponerlas al público.

Se creará asimismo un museo de pintura y escultura contemporáneas, idea que tiene como principal objetivo destacar los valores plásticos de México y evitarnos la vergüenza de que lo mejor de la obra de nuestros artistas vaya emigrando hacia los países extranjeros que la aprecian y la pagan.

Se procurará también que varios muros de los recintos universitarios queden, para una amplia y bella labor de pintura al fresco, a disposición de aquellos artistas jóvenes que, sujetando previamente sus proyectos al dictamen de un jurado reconocidamente idóneo, lleguen a merecer la distinción de que se trata.

Dentro del proyecto que anunciamos entra también la apertura de una exposición histórica de la pintura mexicana moderna, a partir de los últimos años del siglo XIX hasta nuestros días.

* * *

CONCIERTOS PATROCINADOS POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL

El Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional, se prepara a intensificar en el año entrante la labor que ha iniciado en pro del fomento de las bellas artes. En materia musical está organizando esa dependencia una serie de conciertos con tendencia histórica, en los que deberán participar la Orquesta Sinfónica Universitaria; el Coro y el Trío Clásico que fueron creados en el presente año.

En primer término se dará una serie de tres conciertos populares que deberán efectuarse en las barriadas más populosas de la metrópoli, en donde se ejecutarán obras de fácil comprensión para la mayoría. También se ofrecerá un ciclo de conciertos históricos, en los que se dará a conocer la evolución de la música occidental desde sus formas primitivas hasta las actuales creaciones del género sinfónico y coral. Por último, se dará una serie histórica de música de cámara, desde sus orígenes hasta nuestros días.

PALABRAS EFUSIVAS PARA NUESTRA REVISTA "UNIVERSIDAD"

La Junta de Estudios Históricos de San Juan, Argentina, al servirse acusarnos recibo de los ejemplares números 1 a 6 de la Revista UNIVERSIDAD, nos dice, con efusión que nos satisface plenamente: "Agradecemos el envío, siéndonos muy grato manifestarle que vemos en ella una admirable presentación, un material selecto y un criterio liberal, digno de todo encomio: nunca mejor que ahora cabe vuestro bello lema: Es la voz del espíritu de vuestra raza".

* * *

EN LA MUERTE DE LUIGI PIRANDELLO

Ha muerto Luigi Pirandello, el famoso dramaturgo, conocido especialmente por su comedia "Seis personajes en busca de autor", obra que, en tiempos difíciles para el teatro, vino a sacudir la indiferencia del público, y logró abrir al espectáculo escénico horizontes ignorados.

¿Cuál fue la innovación esencial de "Seis personajes"? Las obras de arte tradicionales pretenden darnos seres y realidades perfectamente delineados y conclusos. Mas Pirandello tuvo la idea genial de presentar en la escena a unos individuos sólo—se diría—entrevistos en el cerebro del autor, como si anduviesen todavía en la penumbra de entre bastidores con sus respectivos papeles sólo en parte escritos...

El enorme interés que se despertó en torno a los embrionarios personajes, hizo que la crítica literaria del mundo entero se aplicase a buscarle antecedentes a la innovación pirandelliana; y la búsqueda obtuvo, por supuesto, los más satisfactorios resultados. Para no referirnos sino a la literatura castellana, se señalaron antecedentes en la novela—nivola—"Niebla", de Miguel de Unamuno; en "El Gran Teatro del Mundo", de Calderón, y, por de contado, en el "Quijote", donde, efectivamente, sabiendo buscar, se encuentra todo...

Otras obras teatrales, más o menos salientes, escribió Pirandello; pero ya ninguna, en nuestro concepto, en que el autor encontrase a los personajes, de modo tan lúcido y vigoroso como "Los Seis" que anduvieron en *busca de autor*, supieron hallar a Pirandello.

Poesías y cuentos forman también el acervo del dramaturgo siciliano que logró destacar su nombre entre los más fulgentes de la literatura contemporánea.

A. M.

I M A G E N E S

L U I S O R T I Z M O N A S T E R I O

L U I S Ortiz Monasterio es uno de nuestros jóvenes escultores en quienes se puede apreciar la lucha heroica que sostiene la escultura moderna contra las convenciones que han paralizado este antiquísimo arte, durante casi todo el desarrollo de la historia moderna.

Sería prematuro hablar de Monasterio como si se tratara de un escultor acabado y, por otra parte, no sería hacer honor ni a sus años ni a su esfuerzo. Si algo puede considerarse como profundamente característico de este escultor, es su espíritu de lucha, es decir, su juventud.

En muchos de nuestros artistas es extraordinariamente difícil llegar a percibir con claridad sus ideales estéticos, porque los ocultan cuidadosamente detrás de las formas. Son como las mujeres de quienes dice Maurois, que se esconden detrás de sus palabras. Y si de Monasterio no podríamos afirmar con exactitud hacia dónde se encamina, sí podemos advertir que marcha dramáticamente, abriéndose paso a fuertes golpes entre la maleza de la tradición escultórica.

Para él no existen aventuras artísticas a las que no se atreva, pero tampoco influencias del pasado que desdeñe, y tan pronto lo vemos afanarse en la resurrección del ideal geométrico de la escultura egipcia, como en la fusión aparentemente imposible de la fuerza plástica de nuestros códices, con las líneas elementales de los bajos relieves de la Grecia primitiva.

Quizás la investigación más valiosa de Ortiz Monasterio se refiere, con características tan constantes que no sería posible eliminarlas de ninguna de sus obras, a la antigua escultura de los mexica-

nos. No se trata aquí de dar burdamente la sensación de los volúmenes, ni la del realismo, ni la del suave tallado de nuestra vieja escultura autóctona, por el simple prurito de parecer moderno. En Monasterio nos encontramos con una modernidad auténtica que busca en el pasado, no los elementos "Primitivos" de fácil imitación, sino el sentido profundo, los resultados finales—¿se me permite decir "la cultura?"—de un desarrollo estético que maduró indudablemente al calor de los siglos.

Así como la pintura moderna, cuando por fin consigue libertarse de los cánones académicos, se encuentra frente a frente con otros desarrollos—por ejemplo, al del arte negro—que eran insensibles a la concepción clásica de la pintura, así también la escultura moderna, una vez rotos los lazos que la ataban a la realidad de la figura humana, descubre repentinamente todas las afinidades artísticas que la unen con las estatuillas de la época cuaternaria, o con el arte egipcio, o con la escultura arcaica de Grecia, o con la escultura mexicana, a la que Monasterio ha dedicado su más amorosa atención.

¿Qué rumbo tomará Monasterio cuando todas estas corrientes se fundan en una sola personalidad? La profecía no es nuestro fuerte. Esperamos que Monasterio no se perderá en la lucha. Pero es más que satisfactorio poder comprobar, por ahora, que Monasterio pone en su trabajo un caudal de energías magníficamente orientadas; que es un artista moderno; que es un artista culto; que es, en suma, un artista revolucionario.

JOSE GOROSTIZA

J O S E G U A D A L U P E P O S A D A

E N México han existido siempre dos corrientes de producción de arte verdaderamente distintas: una de valores positivos y otra de calidades negativas, simiesca y colonial, que tiene como base la imitación de modelos extranjeros para proveer a la demanda de una burguesía incapaz, que fracasó siempre en sus intentos de crear una economía

nacional y que ha concluido por entregarse incondicionalmente al poder imperialista.

La otra corriente, la positiva, ha sido obra del pueblo, y engloba el total de la producción, pura y rica, de lo que se ha dado en llamar "arte popular". Esta corriente comprende también la obra de los artistas que han llegado a personalizarse, pero que han vivido, sentido, trabajado expresando la aspiración de las masas productoras. De estos

artistas el más grande es, sin duda, José Guadalupe Posada, el grabador de genio.

Posada, tan grande como Goya o Callot, fue un creador de una riqueza inagotable, producía como un manantial de agua hirviente.

Posada, intérprete del dolor, la alegría y la aspiración angustiada del pueblo de México, hizo más de quince mil grabados; así lo asegura el editor Vanegas Arroyo.

Mano de obrero, armada de un buril de acero, hirió el metal ayudado por el ácido corrosivo para arrojar los apóstrofes más agudos contra los explotadores.

Precursor de Flores Magón, Zapata, Santanón, guerrillero de hojas volantes y heroicos periódicos de oposición.

Ilustrador de los cuentos y las historias, las canciones y las plegarias de la gente pobre. Combatiente tenaz, burlón y feroz; bueno como el pan y amigo de divertirse, cuyo reducto fue un humilde taller instalado en una puerta cochera, a la vista, pero al flanco de la iglesia de Santa Inés y de la Academia de San Carlos.

¿Quiénes levantarán el monumento a Posada? Aquellos que realizarán un día la Revolución, los obreros y campesinos de México.

Posada fue tan grande, que quizá un día se olvide su nombre. Está tan integrado al alma popular de México, que tal vez se vuelva enteramente abstracto; pero hoy su obra y su vida trascienden (sin que ninguno de ellos lo sepa), a las venas de los artistas jóvenes mexicanos cuyas obras brotan como flores en un campo primaveral, después de 1923.

La producción de Posada, libre hasta de la sombra de una imitación, tiene un acento mexicano puro.

Analizando la labor de Posada, puede realizarse el análisis completo de la vida social del pueblo de México.

Los valores plásticos que contiene la obra de Posada son todos los más esenciales y permanentes de la obra de arte.

La composición de Posada, de un extraño dinamismo, mantiene, sin embargo, el equilibrio más grande de los claros y oscuros en relación a la superficie del grabado.

El equilibrio a la par que el movimiento es la calidad máxima del arte clásico mexicano; es decir, el pre-cortesiano.

Del arte clásico mexicano es propio también el amor al carácter y el empleo, a la vez terrible y drolático, de la muerte, convertida en elemento plástico.

Posada: la muerte que se volvió calavera, que pelea, se emborracha, llora y baila.

La muerte familiar, la muerte que se transforma en figura de cartón articulada y que se mueve tirando de un cordón.

La muerte como calavera de azúcar, la muerte para engolosinar a los niños, mientras los grandes pelean y caen fusilados, o ahorcados penden de una cuerda.

La muerte parrandera que baila en los fandangos y nos acompaña a llorar el hueso en los cementerios, comiendo mole o bebiendo pulque junto a las tumbas de nuestros difuntos.

La muerte que es, en todo caso, un excelente tema para producir masas contrastadas de blanco y negro, volúmenes recientemente acusados, y expresar movimientos bien definidos de largos cilindroides formando bellos ángulos en la composición, magistral utilización de los huesos mundos.

Todos son calaveras, desde los gatos y garbaneras, hasta don Porfirio y Zapata, pasando por todos los rancheros, artesanos y catrines, sin olvidar a los obreros, campesinos y hasta los gachupines.

Seguramente, ninguna burguesía ha tenido tan mala suerte como la mexicana, por haber tenido como relator justiciero de sus modos, acciones y andanzas, al grabador genial e incomparable, Guadalupe Posada.

Su buril agudo no dió cuártel ni a ricos ni a pobres; a éstos les señaló sus debilidades con simpatías, y a los otros, con cada grabado les arrojó a la cara el vitriolo que corroyó el metal en que Posada creó su obra.

La distribución de blancos y negros, la inflexión de la línea, la proporción, todo en Posada le es propio, y por su calidad lo mantiene en el rango de los más grandes.

Porque Posada fue un clásico no le subyugó nunca la realidad fotográfica, la infrarrealidad, siempre supo expresar como valores plásticos la calidad y la cantidad de las cosas dentro de la super realidad del orden plástico.

Si es indiscutible lo que dijo Augusto Renoir: que la obra de arte se caracteriza por ser "indefinible e inimitable", podemos decir que la obra de Posada es la obra de arte por excelencia. Ninguno imitará a Posada; ninguno definirá a Posada. Su obra, por su forma, es toda la plástica; por su contenido es toda la vida, cosas que no pueden encerrarse dentro de la miserable gaveta de una definición.

DIEGO RIVERA

I M A G E N E S

LUIS ORTIZ MONASTERIO

ESCULTURAS

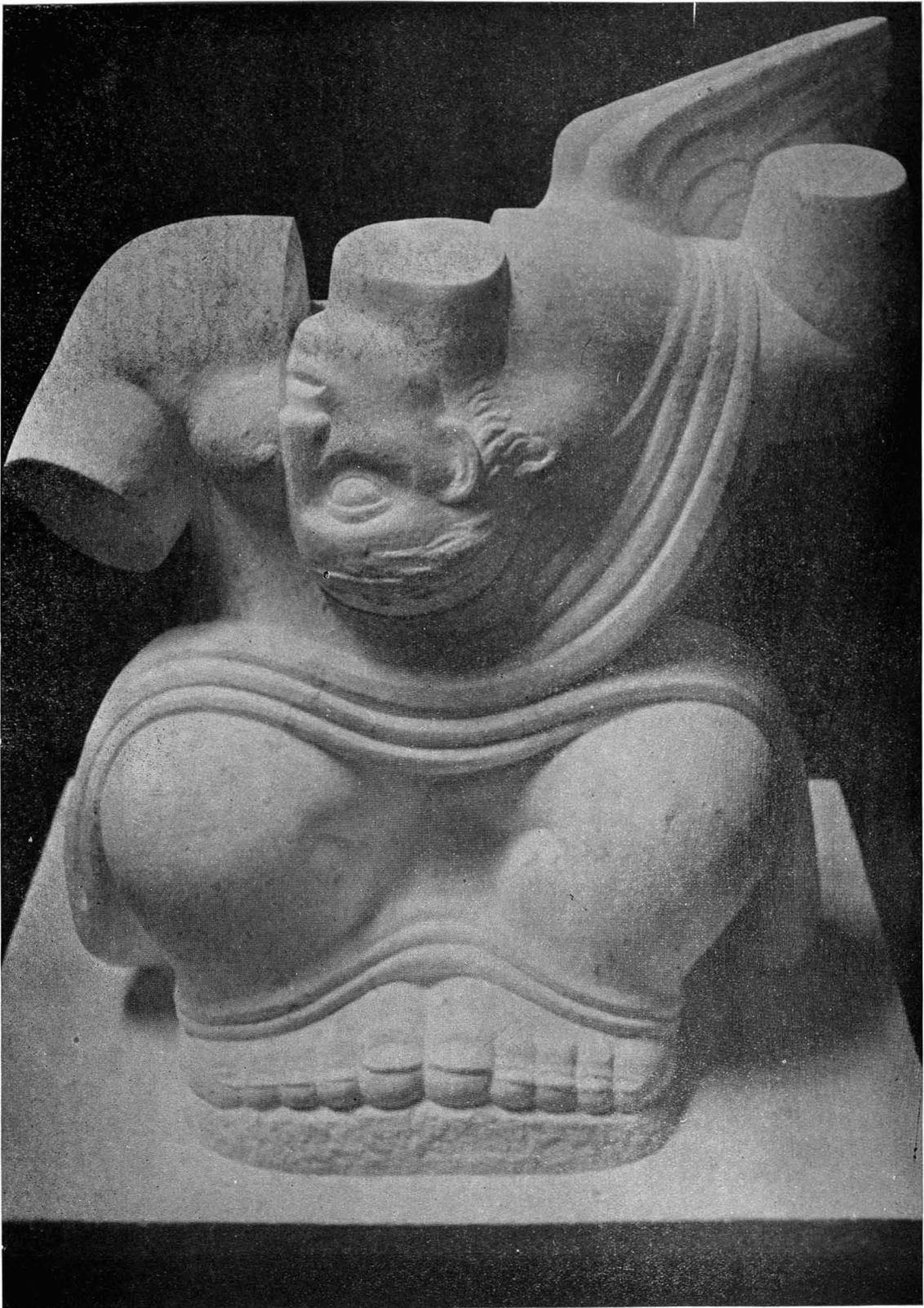
•

JOSE GUADALUPE POSADA

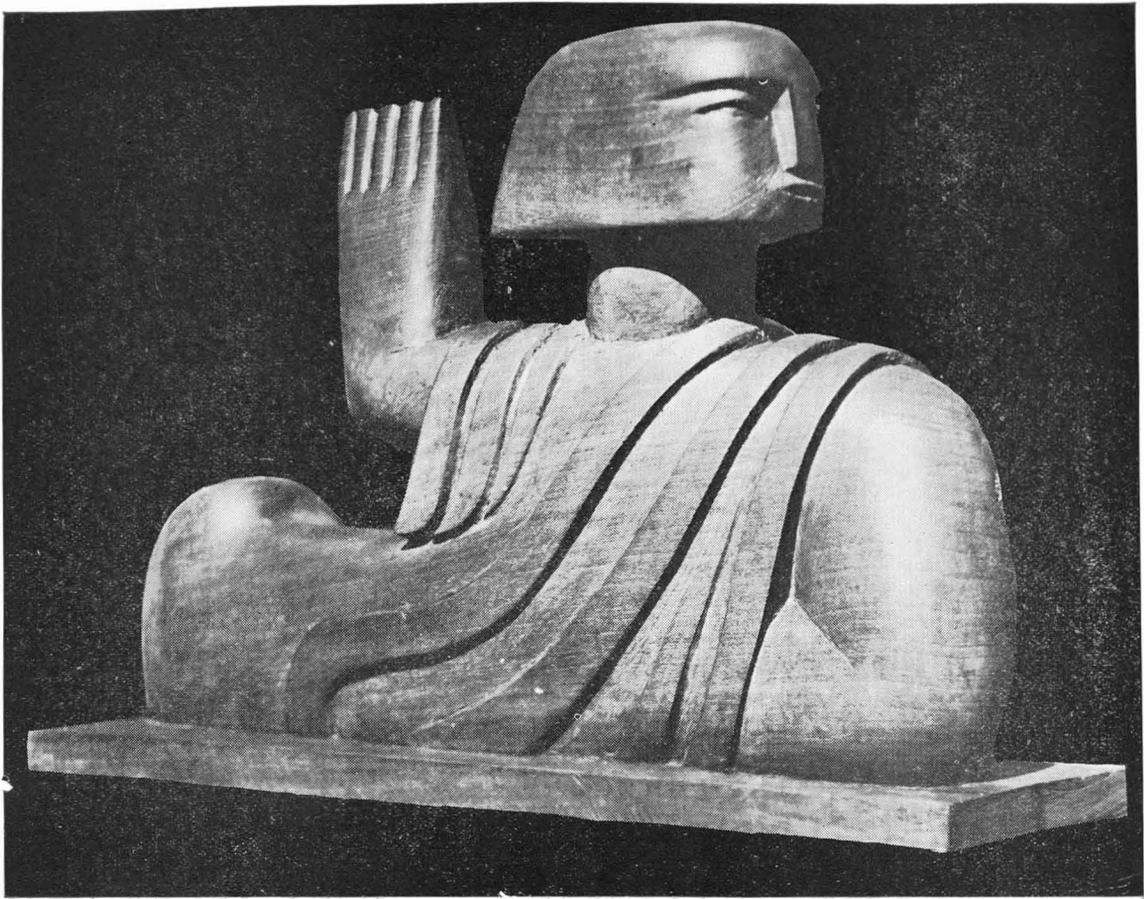
GRABADOS

•

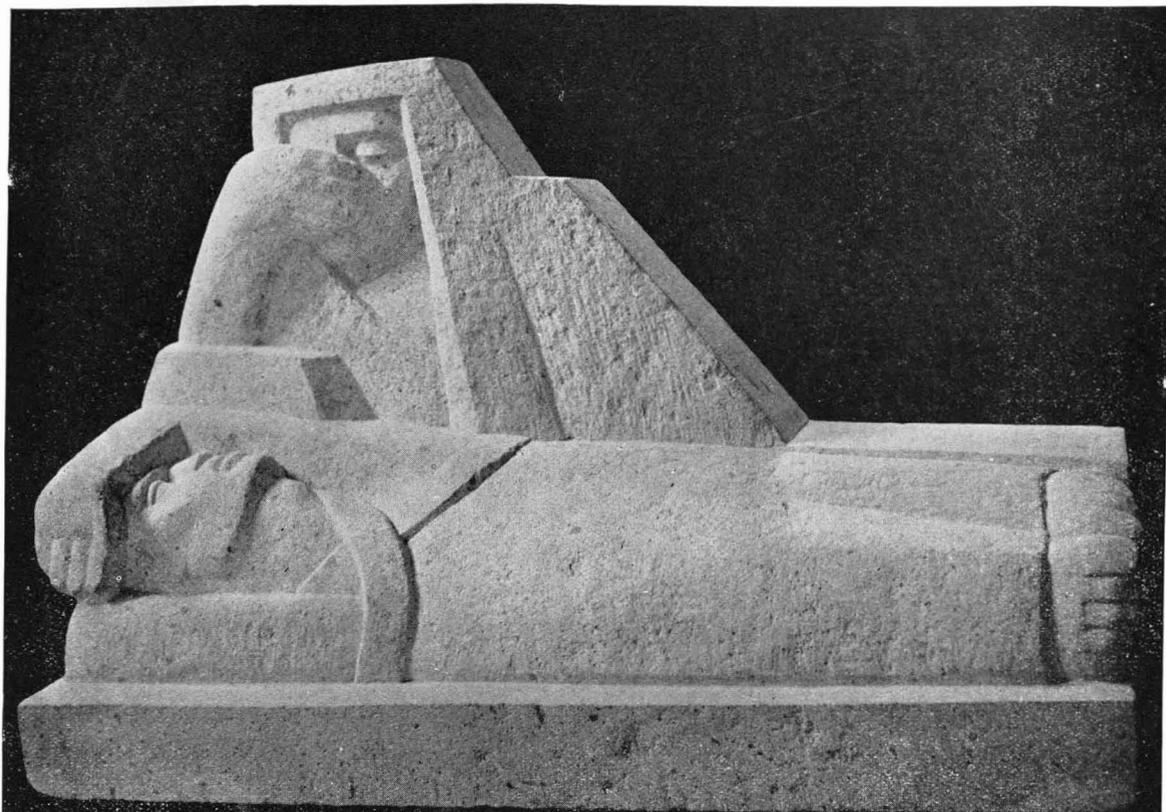
EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL



E s c u l t u r a
ORTIZ MONASTERIO



E s c u l t u r a
ORTIZ MONASTERIO



E s c u l t u r a
ORTIZ MONASTERIO



E s c u l t u r a
ORTIZ MONASTERIO

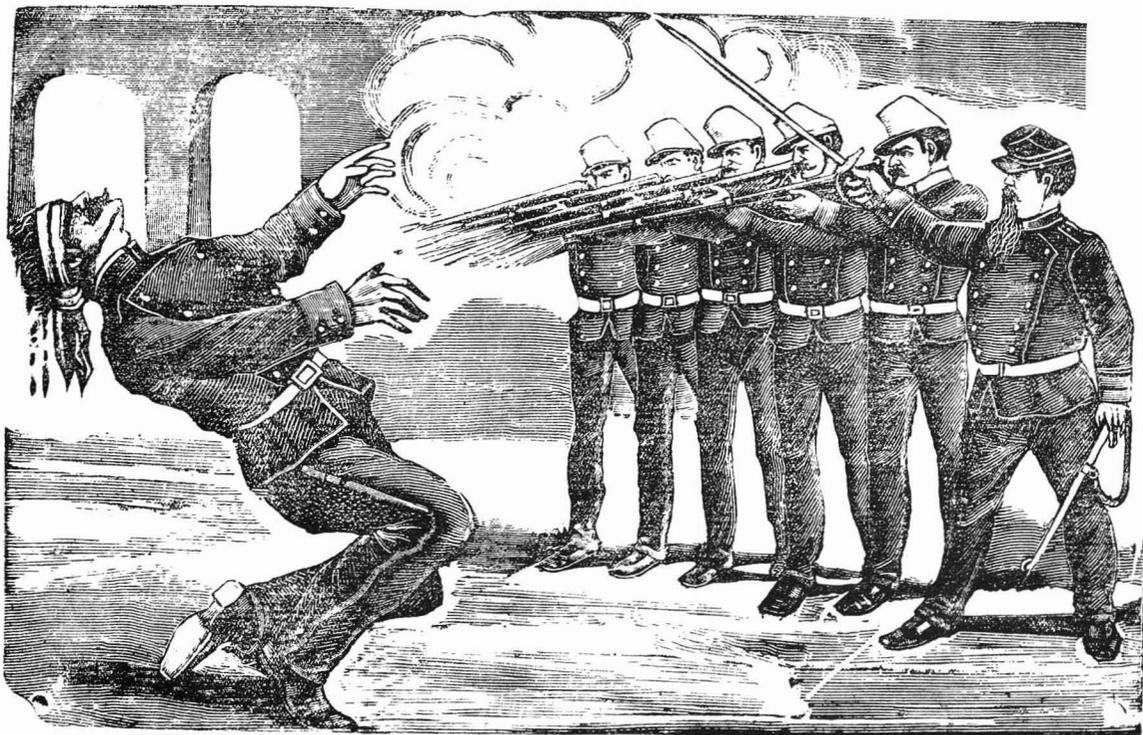


MADERO

Grabado
J. G. POSADA



Ejemplo "LOS SIETE VICIOS"



Grabados
J. G. POSADA



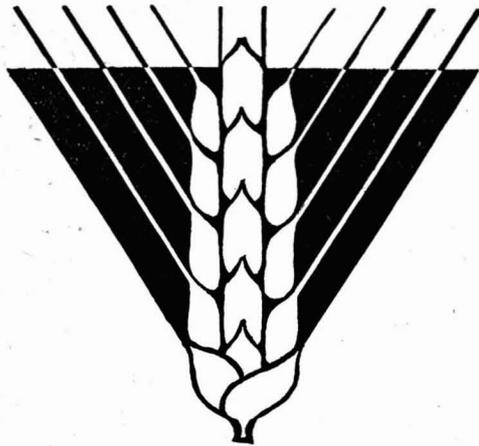
EL JARABE EN ULTRATUMBA



Corrido "EL FIN DEL MUNDO"

Grabados
J. G. POSADA

EL GRANO



EN LA ESPIGA

UNA EXPERIENCIA UNIVERSITARIA

CON el año que termina, se cierra propiamente el ciclo consagrado al ensayo primero de una de las tareas más altas, que en el aspecto social se impuso a sí misma la Universidad de México. Nos referimos a las labores de divulgación de la cultura, atendidas en los Centros nocturnos ubicados en las colonias capitalinas más humildes, y cuyos "fin de clases" han tenido celebración. Estas labores, aparte los beneficios que sin duda alguna reportaron a los trabajadores, sus alumnos, al pausar dejan también en el espíritu de las autoridades universitarias organizadoras y en los grupos de maestros que las atendieron, un afán, el sanísimo de continuar en vela, mirando lo del mejoramiento de la educación popular, acreciendo e intensificando tales labores, teniendo siempre a la vista, para la consecución de sus propósitos, el primordial ensayo de 1936 como punto de partida.

Así es como al proyecto inicial, el cual halló realización en el funcionamiento de las cinco casas en que el espíritu universitario supo encontrar material adecuado no sólo para ensayarse en lo pedagógico, sino para integrarse él mismo y enriquecerse de humanidad, respirando el ambiente popular de México, responden ahora algunas reformas, entre las cuales la menor es la del aumento del número de tales casas de educación; y decimos que es la menor, puesto que lo necesario a la creación de un programa de estudios más amplio es en ellas fundamental. Tenemos, pues, que al programa desenvuelto, ha venido a substituir el reciente-

Por VICENTE MAGDALENO

mente elaborado, y el cual entre otras cosas mira la necesidad de dotar de todo un cuerpo de conocimientos social, científica y prácticamente indispensables al hombre de trabajo de México, tomando como caso concreto para el beneficio colectivo que persigue la Universidad en este aspecto, el del individuo capitalino. Las enseñanzas, de esta manera, han venido a ampliarse, igual que el tiempo indispensable para su obtención, que en dos años de perfecto aprovechamiento dotará al alumno de un certificado en que se diga su preparación.

¡Un año de labores! Un año de experiencia, como todos los años de las empresas fuertes, que nunca están plenamente hechas, sino, tal es su vitalidad, que participan del irse haciendo necesario a toda vida, y en que los beneficios traídos a los humildes tienen más méritos de calidad que de cantidad. ¡Aproximadamente cuatrocientos alumnos supieron diariamente concurrir a nuestros Centros! Sin embargo, un gran paso se ha dado, y la simple realidad de un espíritu que permanece en todo leal a su obra, y mira de corregirla, acrecerla y mejorarla, dice de la actitud nueva de ese espíritu que en todo caso quiere trascenderse, superando el mero saber por el saber, integrándose en el afán generoso de la cultura auténtica, para la cual no existe nada que le sea ajeno. (En nuestro caso, era la esencia misma de nuestra mexicanidad, es decir, el pueblo, lo que nos era ajeno).

¡Una experiencia universitaria! Así podemos, pues, denominar este primer paso, que hace necesario un segundo y un tercero y otros más pasos, de una voluntad que al proseguirse, parejamente demuestra que sus acciones reposan en sí mismas, es decir, no son algo ajeno a su esencia, por lo que pueden reformarse y mejorarse, sin permitir a los impulsos inaugurales el anquilosamiento o la deformación. Lo que es importantísimo. Pues la Universidad de México está alejada de toda labor demagógica, cuya esencia consiste en la explotación de propósitos que en un principio agitaron el ánimo, el cual moralmente incapaz de proseguirse se queda en las meras palabras.

México, Paraíso de la Danza

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

RAFAEL HELIODORO VALLE, fiel a sus disciplinas, ausculta como periodista, historiador y poeta el alma de México, y sabe decirnos de ella en hermosos estudios, a través de sus leyendas, consejas y tradiciones. El trabajo que a continuación reproducimos forma en el libro suyo recientemente aparecido.

RAZA de bailadores de jarabe la llamó en su maravilloso poema "La Suave Patria". Y exaltaba así toda una tradición que tiene inmersas las raíces en la mitología. Porque la danza aprende en México sus primeras lecciones en las grecas y en las figuras de los frisos que están a la intemperie en Mitla y en Chichén, y así lo ratifica Eulalia Guzmán en su ensayo "Caracteres esenciales del arte antiguo mexicano", cuando dice: "Cuando la danza era sagrada, cada danzante, y el grupo todo, realizaban un verdadero friso o una greca en movimiento. Algunos pueblos indígenas ejecutan todavía estas danzas sagradas, que duran hasta tres días, con ligeros descansos. No siendo posible que los músicos y danzantes ejecuten su función durante tan largo lapso, se disponen músicos y danzantes de relevo, los cuales entran tan pronto como un danzante o músico se cansa, y de esta manera la danza no se interrumpe durante horas y horas. Los yaquis se atan a las muñecas, en la cintura y en los tobillos hasta la pantorrilla, una larga sarta de cierto fruto seco llamado ténabare. La semilla suelta dentro del fruto convierte a éste en un verdadero cascabel. Con el movimiento acompasado del cuerpo, suenan los ténabares acentuando el ritmo de la música. Todo ello produce una fascinación tal, que a pesar de que los movimientos del cuerpo y el ruido de los ténabares se suceden uniformemente, el espectador no puede desprenderse del lugar de la danza. Es que en realidad no hay tal monotonía, sino combinación rítmica de tiempos y movimientos, con diferencias entre sí, suficientes para producir el contraste, y con ele-

mentos de subordinación a tonos y movimientos desiguales agrupados en unidades rítmicas repetidas, en las cuales un movimiento sugiere el siguiente en la mente del espectador y una unidad de movimientos sugiere la siguiente, y por este encadenamiento de sugerencias, la mente sólo encuentra satisfacción cuando después del primer movimiento ve realizarse el segundo, que ya esperaba, y después de éste el tercero, y así sucesivamente; y a causa de este sucederse los movimientos, por ser cada uno diferente del anterior, y a la vez su complemento, se provoca la emoción de agrado, de belleza. Esto explica claramente cómo se realiza la proyección sentimental, condición de placer estético y clave para conocer si la obra de arte es verdaderamente tal. Si así es, el espíritu del espectador ha de sentirse proyectado en la obra de arte, ha de olvidarse de sí mismo, para convivir en el colorido y movimiento de ella. Tal pasa en la danza indígena en grado supremo, por lo cual se produce la fascinación".

Más allá de los mayas y los nahoas los hombres de México danzaron al son del huéhuatl, el milenario instrumento labrado en tronco de árbol, y del teponaztli, otro instrumento de percusión, que unían su voz a las ocarinas, las flautas precortesianas y las sonajas que aún vibran en las danzas de pluma. Danzas bélicas o religiosas, todas henchidas de una pasión ritual, dándole a la coreografía una dinámica que se completa, ante la impasibilidad de los ídolos, con las máscaras que el artífice anónimo sigue labrando en obsidiana o en turquesa, para revivir el milagro espléndido que se ha perpetuado en códices y en fiestas. Al son de los atabales era el "mitote", que todavía revive con su antiguo esplendor en los atrios de las iglesias que están cimentadas sobre la tragedia de los teocalis o casas de los dioses. La mímica dió a la máscara un nuevo sentido y a la danza la seducción de la ofrenda votiva, que aún se levanta del prodigio de las ciudades resurrectas cuando el arqueólogo exhuma entre el polvo de Monte Albán los cristales de roca que fueron máscaras transparentes para el rostro del tiempo.

"Si la máscara es la esencia del disfraz —dice Guillermo Jiménez—, el vestido en el danzante mexicano es el complemento de esa atmósfera suprarrealista, es la sugerencia de lo divino, es el perfil hasta donde llega la naturaleza, es el límite donde pestafiea el paisaje y comienzan los planos del misterio; plumas, sedas, oropeles, espejos, cuentas de cristal, cintas multicolores, lentejuelas azules, verdes, rojas, todo este material coruscante es el que aniquila la figura humana y forma la magia arquitectónica del bailarín. En Grecia la levedad de la túnica; en la India los collares, los brazaletes, las ajorcas; en Persia los velos impalpables subrayan el giro sensual de los bailes, son el ornamento que pone de relieve el encanto del cuerpo, son el señuelo de los sentidos y la complicidad de las telas para las curvas. En cambio la rigidez, la geometría, la liturgia, los colores planos, la extravagancia de los vestidos en los bailarines mexicanos son lo que exalta al olvido de la naturaleza, lo que

nos indica la metafísica del baile. Ahí están los danzantes de Michoacán, cubiertos sus rostros con máscaras como en la "danza de los viejos", o con brillantes pañuelos de colores como en "La danza de los Moros", llevándo sobre sus hombros dalmáticas de brocado recamadas de oro, turbantes esplendorosos adornados con hilos de perlas y cuentas de cristal. Ahí están los danzantes de Oaxaca, tocados con largas y suaves plumas de lindos pájaros mexicanos, plumas que arden al sol con la magia de las colas de los papagayos y que se mueven al viento con la sensualidad de los flabelos".

Bailarines y mimos de Oaxaca y de Michoacán, de Jalisco y de Chihuahua, pasan alucinados por el éxtasis ritual o por la marihuana, y el peyote, sagradas hierbas que pueblan de visiones las noches de la feria de Chalma o en la Villa de Guadalupe, junto al lago de Pátzcuaro o en la plaza de Tehuantepec. Suenan las chirinías, mientras el aire florece en la explosión de los fuegos artificiales, y, todavía al amanecer, los danzantes siguen construyendo la mágica arquitectura de gestos y piruetas. Y en ese mapa coreográfico, tal en una trama aérea en que el delirio hace estallar sus grandes rosas fúlgidas, brillan el jarabe tapatío, la sandunga de Oaxaca, el zapateado de Tabasco, la jarana yucateca, la danza yaquí o huichol, hasta culminar en el corazón de Veracruz, esa gran rosa afrocubana que es una fiesta plástica de la sensualidad.

La primera información admirativa de un europeo, puede ser la que da en su "Historia Eclesiástica Indiana" el P. Jerónimo de Mendieta, que debe figurar en ese mapa: "Toda esta multitud trae los pies tan concertados como unos muy diestros danzadores de España. Y lo que más es, que todo el cuerpo, así la cabeza como los brazos y manos, trae tan concertado, medido y ordenado, que no discrepa ni sale uno de otro medio compás, lo mismo hacen todos y en un mismo tiempo y compás. Y cuando uno baja el brazo izquierdo y levanta el derecho, lo mismo y al mismo tiempo hacen todos. De manera que los atabales y el canto y bailadores, todos llevan su compás concertado, y todos son conformes, que no discrepan uno de otro una jota".

Pero es el "jarabe tapatío" el que mejor polariza la atención en la historia de la danza criolla mexicana. Disertando sobre él puntualiza José G. Montes de Oca los siguientes sonos: "El Atole", con el cual casi siempre comienza el baile: "El Carbonero", "El Sombrero Ancho", "El Ahualuco", "La Malhora", "La Güitacocha", "El Perico", "Los Enanos", "El Romerito", "El Limoncito", etc., y concluye con "El Palomo", que actualmente ha sido substituído por "La Diana". Y agrega Montes de Oca: "El jarabe se baila en los pueblos del Estado de Jalisco, sobre una tabla de madera puesta en amplísimo hoyo hecho guitarra y violín, en unos lugares; en otros sólo con arpa, y en los caseríos apartados del bullicio de las ciudades, con el tradicional Mariachi, que se compone de enorme arpón, violín y guitarrones de Paracho, o tamborcillo, clarineté y violín".

"Antes se bailaba el jarabe cantando los sonos. Las canciones se decían —y aún se entonan, independientemente del jarabe—, por dos hombres del pueblo, haciendo una voz de falsete e imitando de esa manera la voz de la mujer. Pocas veces lo hacen con sonidos naturales. El ritmo se marca fuertemente con los pies. Cuando los bailadores se cansan, varían el movimiento de las extremidades inferiores, y esto hace poco monótono el jarabe. Al final del baile hay una coda de cuatro compases".

"La pareja de bailarines está siempre separada; así danzan. Este apartamiento es igual al de la jota española".

"Para el son de "El Palomo", los bailadores imitan la rueda que aquel hace cuando enamora a la hembra. El charro, entonces, arroja el galoneado sombrero a los pies de su compañera, y ésta empieza a bailar cerca de la prenda, para después hacerlo sobre la falda del mismo sombrero. Y para terminar el son, el charro echa cócono, lo que es pasar la pierna derecha por encima del cuerpo de la danzadora".

"En el jarabe modernizado, luego que se echa cócono, la mujer se levanta y, poniéndose el sombrero en la cabeza, prosigue bailando "La Diana".

"La pareja de danzarines en el Estado de Jalisco está formada por hombre y mujer. Aquél viste traje de charro, con pantalón ajustado, blusa de holanda o de manta, con alamares y bordados, ceñidor rojo y sombrero de palma, soyate o fieltro. Antes, se usaba la calzonera en cuyos lados había rica botonadura de plata. La mujer porta anchas enaguas, nutridas de pastelones y olanes de vivos colores; rebozo de bolita; opulentas trenzas, entrelazadas con listones; collar de corales y grandes zarcillos. Saturnino Herrán hizo un prodigioso cuadro del jarabe, y la hembra que ahí se destaca vigorosa, viste exactamente como las mujeres de Jalisco".

"El jarabe se baila frecuentemente durante las verbenas religiosas, fiestas de patronos milagrosos de los pueblecillos, ferias y remembranzas patrióticas, días de santo y de campo. En medio de vistosas barracas, adornadas con rodapiés y colchas de gancho, papel de China, follaje y flores, surge, de pronto, la pareja de danzadores. Se hace rueda de curiosos, cuya indumentaria consiste en calzones blancos, multicolores fajas, frazada al hombro y enorme sombrero, en donde llevan comestibles y guardan paliacates y cigarros, y, muchas veces, estampas de vírgenes taumaturgas y oraciones famosas, como la "Sombra de San Pedro". En las rancherías, terminada la pizca, en atardeceres voluptuosos, también los gañanes ejecutan con cariño la danza nacional".

Se convirtió en "jarabe gatuno" el zapateado español, que—a juicio de Felipe Pedrell—debió ser algo más libre que el moderno cancan. Bole-ro, fandango y contradanza bailaban los currutacos, según el "Diario de México" (16 de diciembre de 1805) y recuerda Rubén M. Campos—uno de los más inteligentes estudiosos del folklore musical de este país—que al triunfar la Revolución de Independencia las damas de la

aristocracia virreinal desdeñaban los antiguos bailes españoles, como boleros, seguidillas, y tonadillas o los aires musicales de corte, como los minuets, las gavotas y las pavanas; y advierte: "En los primeros años del siglo XIX, sin embargo, ya el alma popular pugnaba por salir a la luz, como los botones de un rosal al sol, y en los teatros de la capilla virreinal aparecieron por primera vez cantantes y bailarines españoles que cantaban y bailaban, como una novedad, aires y sonos mexicanos que fueron del agrado de los auditorios en las salas de los teatros, y que revelaron un buen gusto en soncitos que todavía se cantan y se bailan hoy y que están vivos desde entonces".

Escudriñando en los posibles orígenes del jarabe, nos absorbe la atención aquel bando que diera el virrey Berenguer de Marquina, el 15 de diciembre de 1802, en el que se asentaba: "que en el mes de octubre llegó a su noticia, con gran sentimiento de su corazón, que en esta capital (México) y otros lugares del Reino se iba introduciendo un Bayle nombrado Jarabe gatuno que por sus desonestos movimientos, acciones y canto, causaba rubor aun a las personas de menos delicada conciencia".

Si los jarabes, los huapangos y los mariachis —dice Campos— eran bailes exclusivos para el pueblo, y toda sociedad que se precia de poseer una cultura ascendente, tiende a bailar lo que se baila en otras naciones, por aquellos años fueron sucediéndose como bailes de salón la varsoviana, la polca, la mazurca, el vals, el schotis y la danza. En la colección de treinta jarabes, sonos y aires populares que recogió Miguel Ríos Toledano, director de la música de Zapadores, aparecen estos títulos: el jarabe "Favorito Mexicano", "El Palomo", "El Guajito", "El Parraleño", "El Atole", "El Jarabe Tapatio", "La Tusa", "Las Calabazas", "El Canelo", "El Jorobante", "El Espinado", "El Butaquito", "El Pelele", "El Curripiti", "La Petenera", "El Cojo", "La Manta", "El Borrachito", "El Tubero", "El Perico", "El Ahualuco", "El Durazno", "La Guacamaya", "Los Enanos", "El Tapatio", "La Cohuayana" y "Las Mañanitas", a los cuales agrega don Antonio García Cubas en su "Libro de mis recuerdos" los nombres de otras canciones que anduvieron muy en boga en el México del siglo XIX, tales como: "El Artillero", "El Café", "El Durazno", y "El Sombrero Ancho". Decía el ameno cronista: "Al compás de la festiva y bulliciosa música del jarabe, unos bailarines taconeaban de recio en la madera del pavimento, y otros, por falta de zapatos, hacían gala de la potencia de sus desnudos talones; pero todos movían con agilidad sus piernas, las trenzaban, para alternar el rápido movimiento de cada pie; adelantándose unas veces y retrocediendo otras; ya poniéndose en actitud erguida, con las manos hacia atrás; ya inclinando el cuerpo hacia adelante, dejando caer con desaliento los brazos".

Guillermo Prieto, el insigne tradicionalista, refiere en una de sus "charlas domingueras" ("Revista Universal", 25 abril de 1875), que Juan Gamboa fue el que introdujo las cuadrillas en México, y era su hermano don Agustín del mismo apellido, que vivía en la casa número 3 de la ca-

lle de Vergara. Deliciosa descripción la que "Fidel" hizo en el mismo diario (18 de julio 1875) de una sala de baile de aquella época. "El Siglo XIX" (2 de abril 1877), consigna este dato importante: "El llamado waltz a dos tiempos, introducido en México por los soldados franceses, durante la regencia que precedió al imperio franco-austriaco; baile el más impropio que pueda imaginarse para una sala".

Uno de los bailes populares que todavía nos seducen es la "jarana" de Yucatán, a la que se refiere Montes de Oca en estos términos: "La jarana se baila con extraordinaria agilidad. Tiene diversos matices, y lo característico de ella es que se frota el suelo constantemente con el calzado. Hay momentos en que la música deja de tocar y, entonces, sólo el roce de alpargatas y zapatillas continúa el ritmo. En medio del baile se escucha la palabra ¡Bomba!, con la cual se obliga al bailarín a que diga a su pareja el elogio de sus cualidades o un requiebro amoroso. Algunas veces son improvisadas las pequeñas composiciones poéticas; y en los pueblos de indios, se recitan en maya o en "lenguaje champurrado", es decir, parte en castellano y parte en maya. Hay "Bombas" con mucha gracia, como la siguiente:

Quisiera ser la venera
de tu rosario de oro,
para estar junto al "tuch"
y decirte que te adoro.

"Con la frase: "Dame paloma", le quita un bailarín su pareja a otro. Ese acto no provoca ni fricciones ni disgustos".

Fiesta de máscaras, de trajes, de instrumentos, de colores, la danza en México es una forma religiosa de la vida. Más que culto externo es vida interior, pasión quemante, ofrenda viva del espíritu. Se puede estudiar en torno a ella toda una geografía amorosa, en la que la superstición, la melancolía, el dolor unánime de este pueblo que ha danzado aún en medio de sus tragedias, forman círculos concéntricos. En los pueblos más escondidos, donde el viajero apenas puede percibir los rostros, la música es presencia desinteresada, luz que cintila sin apagarse y que ha podido resistir a las crueldades del viento. En las viejas estampas, en los relatos de los viajeros, en las pinturas murales que silencian todo estrépito del color, la nota ardiente la dan las parejas humanas o las figuras solas de los danzarines, iluminándose calladamente en la estética actitud. Pero habría que trazar en ese mapa el simbolismo de trajes representativos, como el de la china poblana o el de la tehuana que anda como los pájaros. Y no han de faltar las canacas otomíes, los huapangos veracruzanos y el pascola que tiene antecedentes nahoas. Nellie Campobello refina un estudio sobre la danza en México, es decir, en su paraíso, y ha logrado, después de azarosas búsquedas, identificar como primarios algunos pasos litúrgicos que lograron sobrevivir al naufragio de las culturas precortesianas.

Nada más cautivador que la parábola restaurada por Andrés Henestrosa en su libro "Los Hombreres que dispersó la danza": cuando los zapotecas

supieron que los españoles habían dominado la ciudad de Tenochtitlán, cabeza de ciudades en la triple Alianza, los sacerdotes convocaron al pueblo para que, antes de dispersarse, bailaran por última vez. La lección es uno de los capítulos más fascinantes de esta historia y algún día, cuando muchos de los tesoros de este arte popular se hayan hundidos en las cenizas del tiempo, al contemplar la belleza trunca de una máscara que fue presa de las teogonías o un espejo de obsidiana en que se miraron los rostros de la alegría inmóvil, el filósofo podrá comprender lo que ha sido la vida en esta tierra que ha recorrido todo un itinerario espiritual desde el "mitote" hasta el danzón.

Población de la Nueva España

Por ALEJANDRO DE HUMBOLDT

De la fundamental obra para el conocimiento de nuestras realidades, y de la cual como de una fuente se derivaron los estudios respectivos de Alamán, Mora y otros en el pasado siglo, seleccionamos los párrafos que siguen, y en los que su autor el Barón ALEJANDRO DE HUMBOLDT, analiza los diferentes problemas de nuestra población.

LAS leyes españolas prohíben la entrada en sus posesiones americanas a todo europeo que no ha nacido en la península. En México y el Perú se han hecho sinónimos los nombres de europeos y españoles; y de ahí es que los habitantes de las provincias lejanas no conciben fácilmente, que haya europeos que no hablen su lengua; consideran esta ignorancia como una prueba de baja extracción, porque en cuanto les rodea, solo la última clase del pueblo deja de saber el español. Más instruídos en la historia del Siglo XVI que en la de nuestro tiempo, se imaginan que la España continúa ejerciendo una declarada preponderancia sobre lo demás de Europa; y la península es para ellos el centro de la civilización europea. No sucede lo mismo con los americanos que habitan la capital. Los que han leído las obras de la literatura francesa o inglesa, caen fácilmente en el defecto contrario; pues tienen de su metrópoli una idea aun menos ventajosa, que la que en Francia se tenía, cuando eran menos comunes las comunicaciones entre España y el resto de la Europa. Prefieren los extranjeros de los otros países a los españoles; y llegan a persuadirse de que el cultivo del entendimiento hace progresos más rápidos en las colonias que en la península.

Son ciertamente muy notables estos progresos en México, la Habana, Lima, Quito, Popayán y Caracas. De todas estas grandes ciudades, la

Habana se semeja más a las de Europa en cuanto a sus usos, lujo refinado, y tono del trato social. En la Habana se conoce mejor la situación de los negocios políticos y su infujo en el comercio. Con todo, a pesar de los ciencias con el más grande celo, prosperan estas con lentitud; porque el cultivo y precio de los frutos coloniales llaman en aquel país toda la atención de sus habitantes. El estudio de las matemáticas, química, mineralogía, y botánica está más extendido en México, Santa Fe y Lima. En todas partes se observa hoy un grande impulso hacia la ilustración, y una juventud dotada de singular facilidad para penetrarse de los principios de las ciencias. Hay quien pretende que esta facilidad se nota más en los habitantes de Quito y Lima, que en México y Santa Fe; aquellos parecen dotados de un ingenio más fácil y ligero, de una imaginación mas viva, al paso que los mexicanos y los naturales de Santa Fe tienen la opinión de ser más perseverantes en los estudios a que una vez llegan a dedicarse.

Ninguna ciudad del nuevo continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México. Citaré solo la escuela de minas, dirigida por el sabio Elhuyar, y de la cual hablaré cuando trate del beneficio de los metales, el jardín botánico y la academia de pintura y escultura, conocida con el nombre de Academia de las nobles artes de México. Esta academia debe su existencia al patriotismo de varios particulares mexicanos y a la protección del ministro Gálvez. El gobierno le ha cedido una casa espaciosa, en la cual se halla una colección de yesos más bella y completa que ninguna de las de Alemania. Se admira uno al ver que el Apolo de Belveder, el grupo de Laocoon y otras estatuas aun más colosales, han pasado por caminos de montaña que por lo menos son tan estrechos como los de San Gotardo; y se sorprende al encontrar estas grandes obras de la antigüedad reunidas bajo la zona tórrida, y en un llano o mesa que está a mayor altura que el convento del gran San Bernardo. La colección de yesos puesta en México ha costado al rey cerca de 40,000 pesos. En el edificio de la Academia, o más bien en uno de sus patios, deberían reunirse los restos de la escultura mexicana, y algunas estatuas colosales que hay de basalto y de pórfido, cargadas de jeroglíficos aztecas, y que presentan ciertas analogías con el estilo egipcio e hindú. Sería una cosa muy curiosa colocar estos monumentos de los primeros progresos intelectuales de nuestra especie, estas obras de un pueblo semibárbaro habitante de los Andes mexicanos, al lado de las bellas formas nacidas bajo el cielo de Grecia y de la Italia.

Las rentas de la academia de las bellas artes de México son de 24,500 pesos, de los que el gobierno da 12,000, el cuerpo de mineros mexicanos cerca de 5,000 y el consulado más de 3,000. No se puede negar el influjo que ha tenido este establecimiento en formar el gusto de la nación, haciéndose esto visible más principalmente en la regularidad de los edificios y en la perfección con que se cortan y labran las piedras.

en los ornatos de los chapiteles y en los relieves de estuco. Son muchos los buenos edificios que ya en el día hay en México, y aun en las ciudades de provincia, como Guanajuato y Querétaro. Son monumentos que a veces cuestan 300,000 pesos, y que podrían figurar muy bien en las mejores calles de París, Berlín y Petersburgo. El señor Tolsa, escultor de México, ha llegado a fundir allí mismo una estatua ecuestre de Carlos IV; y es obra que, exceptuando la de Marco Aurelio de Roma, excede en primor y pureza de estilo a cuanto nos ha quedado de este género en Europa. La enseñanza que se da en la academia es gratuita, y no se limita al dibujo del paisaje y figura; habiéndose tenido la buena idea de emplear otros medios a fin de vivificar la industria nacional, la academia trabaja con fruto en propagar entre los artistas el gusto de la elegancia y belleza de las formas. Todas las noches se reúnen en grandes salas muy bien iluminadas con lámparas de Argand, centenares de jóvenes, de los cuales unos dibujan al yeso o al natural, mientras otros copian diseños de muebles, candelabros u otros adornos de bronce. En esta reunión (cosa bien notable en un país en que tan inveteradas son las preocupaciones de la nobleza contra las castas) se hallan confundidas las clases, los colores y razas; allí se ve el indio o mestizo al lado del blanco, el hijo del pobre artesano entrando en concurrencia con los de los principales señores del país. Consuela ciertamente el observar, que bajo todas las zonas el cultivo de las ciencias y artes establece una cierta igualdad entre los hombres, les hace olvidar, a lo menos por algún tiempo, esas miserables pasiones que tantas trabas ponen a la felicidad social.

Desde fines del reinado de Carlos III, y durante el de Carlos IV, el estudio de las ciencias naturales ha hecho grandes progresos no sólo en México, sino también en todas las colonias españolas. Ningún gobierno europeo ha sacrificado sumas más considerables que el español, para fomentar el conocimiento de los vegetales. Tres expediciones botánicas, a saber: las del Perú, Nueva-Granada y de Nueva España, dirigidas por los señores Ruiz y Pavón, don Josef Celestino Mutis y los señores Sesé y Moziño, han costado al Estado al pie de 400,000 pesos. Además, se han establecido jardines botánicos en Manila y en las islas Canarias. La Comisión destinada a levantar los planos del canal de los Guines, tuvo encargo también de examinar las producciones vegetales de la isla de Cuba. Todas estas investigaciones, hechas por espacio de veinte años, en las regiones más fértiles del nuevo continente, no sólo han enriquecido el imperio de la ciencia con más de cuatro mil especies nuevas de plantas, sino que también han contribuido mucho para propagar el gusto de la historia natural entre los habitantes del país. La ciudad de México tiene un jardín botánico muy apreciable en el recinto del palacio del virrey, y allí el profesor Cervantes tiene todos los años sus cursos, que son muy concurridos. Este sabio posee, además de sus herbarios, una rica colección de minerales mexicanos. El señor Moziño, que acabamos de nombrar como uno de los colabo-

radores del señor Sesé, y que llevó sus penosas excursiones desde el reino de Guatemala hasta la costa N. O. o la isla de Voncouver y Quadra; el señor Echeverría, pintor de plantas y animales, cuyas obras pueden competir con lo más perfecto que en este género ha producido la Europa, son ambos nacidos en la Nueva-España, y ambos ocupaban un lugar muy distinguido entre los sabios y los artistas antes de haber dejado su patria.

Los principios de la nueva química, que en las colonias españolas se designa con el nombre algo equívoco de Nueva Filosofía, están más extendidos en México que en muchas partes de la península. Un viajero europeo se sorprendería de encontrar en lo interior del país, hacia los confines de la California, jóvenes mexicanos, que raciocinan sobre la descomposición del agua en la operación de la amalgamación al aire libre. La escuela de minas tiene un laboratorio químico, una colección geológica clasificada según el sistema de Werner y un gabinete de física, en el cual no sólo se hallan preciosos instrumentos de Ramsden, Adams, de Lenoir, y Luis Berthoud, sino también modelos ejecutados en la misma capital con la mayor exactitud, y de las mejores maderas del país. En México se ha impreso la mejor obra mineralógica que posee la literatura española, el manual de orictognosia, dispuesto por el señor Del Río, según los principios de la escuela de Freiberg, donde estudió el autor. En México se ha publicado la primera traducción española de los elementos de química de Lavoisier. Cito estos hechos separados, porque ellos dan una idea del ardor con que se ha abrazado el estudio de las ciencias exactas en la capital de la Nueva España, al cual se dedican con mucho mayor empeño que al de las lenguas y literatura antiguas.

La enseñanza de las matemáticas está más abandonada en la Universidad de México que en la escuela de minas; los discípulos de este último establecimiento van más adelante en el análisis; y les instruyen en el cálculo integral y diferencial. Cuando restablecida la paz, y libres las comunicaciones con Europa, lleguen a ser más comunes los instrumentos astronómicos (los cronómetros, los sextantes y círculos repetidores de Borda), se hallarán, aun en las partes más remotas del reino, jóvenes capaces de hacer observaciones y de calcularlas por los métodos más modernos. Yo he indicado más arriba en el análisis del Atlas, que el Gobierno podría sacar de esta singular aptitud un gran partido para hacer levantar el mapa del país. Además, el gusto por la astronomía es muy antiguo en México. Tres sujetos distinguidos, Velázquez, Gama y Alzate, ilustraron su patria a fines del último siglo. Todos tres hicieron un sinnúmero de observaciones astronómicas especialmente de los eclipses de los satélites de Júpiter. Alzate, el menos sabio de ellos, era corresponsal de la academia de ciencias de París: observador poco exacto, y de una actividad a veces impetuosa, se dedicaba a demasiados objetos a un mismo tiempo.

En la introducción geográfica que precede esta obra hemos examinado el mérito de sus tareas astronómicas, y no puede negársele el muy verdadero de haber excitado a sus compatriotas al es-

tudio de las ciencias físicas. La Gaceta de literatura que publicó por largo tiempo en México, contribuyó muy particularmente a dar fomento e impulso a la juventud mexicana.

El geómetra más señalado que ha tenido la Nueva España después de la época de Sigüenza, ha sido don Joaquín Velázquez Cárdenas y León. Todas las tareas astronómicas y geodésicas de este sabio infatigable llevan el sello de la mayor exactitud. Nacido el 21 de julio de 1732 en el interior del país en la hacienda de Santiago Acebédola, cerca del pueblo indio de Tizicapan, puede decirse que no tuvo otro maestro más que a sí mismo. Siendo de edad de cuatro años, pegó las viruelas a su padre, el cual murió de ellas. Un tío, cura de Jaltocan, se encargó de su educación y le hizo instruir por un indio llamado Manuel Asensio, hombre de mucho talento natural, y muy versado en la historia y mitología mejicana. Velázquez aprendió en Jaltocan varias lenguas indias, y el uso de la escritura geroglífica de los aztecas. Es de sentir que no haya publicado nada sobre este interesante ramo de antigüedades. Puesto en el colegio tridentino de México, casi no halló en él profesores, ni libros, ni instrumentos. Con los pequeños auxilios que se pudo proporcionar por allí, se fortificó en las matemáticas y en las lenguas antiguas. Por una feliz casualidad cayeron en sus manos las obras de Newton y Bacon; aquéllas le inspiraron el gusto de la astronomía, y éstas le dieron el conocimiento de los verdaderos métodos filosóficos. Sabiendo, como era, pobre, y no encontrando, ni aun en México, instrumentos ningunos, se dedicó con su amigo Guadalajara, hoy maestro de matemáticas en la Academia de Pintura, a hacer anteojos y cuadrantes. Al mismo tiempo hacía de abogado, ocupación que en México, como en todas partes, es más lucrativa que la de observar los astros; y empleó las utilidades que le daba su trabajo en comprar instrumentos en Inglaterra. Nombrado catedrático en la Universidad, acompañó al visitador don Josef de Gálvez en su visita de la Sonora; y habiendo sido enviado en comisión a la California, se aprovechó del hermoso cielo de aquella península, para hacer un sinnúmero de observaciones astronómicas. Fue el primero que observó allí el enorme error de longitud, con que todos los mapas anteriores habían marcado aquella parte del nuevo continente muchos más grados al O. de los a que realmente está. Cuando el abate Chappe, más célebre por su valor y declarado amor a las ciencias que por la exactitud de sus operaciones, llegó a California, ya encontró allí al astrónomo mexicano, el cual se había hecho construir, de tablas de mimosa, un observatorio en Santa Ana. Ya había determinado la posición de este pueblo indio; y así anunció al abate Chappe que el eclipse de luna de 18 de junio de 1769 sería visible en California. El geómetra francés dudó de esta aserción hasta que se verificó el eclipse. Por sí solo Velázquez hizo una muy buena observación del paso de Venus sobre el disco del sol, el día 3 de junio de 1769; y al día siguiente comunicó el resultado al abate, y a dos astrónomos españoles, don Vicente Doz y don Salvador de Medina. El viajero francés quedó sorprendido de la armonía que había entre la observación de Velázquez

y la suya. Sin duda extrañó el encontrar en California un mexicano, que sin pertenecer a ninguna academia, ni haber salido jamás de Nueva España, hacía tanto como los académicos. En 1773 hizo Velázquez el gran trabajo geodésico, del cual hemos dado algunos resultados en nuestro análisis del atlas mexicano, y aun volveremos a hablar cuando tratemos de la galería de desagüe de los lagos del Valle de México. El servicio que este hombre infatigable hizo a su patria, fue el establecimiento del tribunal y escuela de minas, cuyos proyectos presentó a la Corte. Acabó su laboriosa carrera el día 6 de marzo de 1786, siendo el primer director general del tribunal de minería, con los honores de alcalde de corte.

Habiendo citado las tareas de Alzate y Velázquez, será una injusticia no hacer mención de Gama, que fue el amigo y colaborador del último de aquéllos. Pobre, y precisado a mantener su numerosa familia a costa de un trabajo penoso y mecánico, desconocido y casi olvidado en vida por sus conciudadanos que le llenaron de elogios después de muerto, llegó a ser por sí mismo un astrónomo hábil e instruido. Publicó muchas memorias sobre algunos eclipses de Luna, sobre los satélites de Júpiter, sobre el almanaque y la cronología de los antiguos mexicanos, y sobre el clima de la Nueva-España; en todas las cuales se ve una grande precisión de ideas y exactitud en las observaciones. Permítaseme el haberme detenido en tantas particularidades acerca del mérito literario de estos tres sabios mexicanos, para probar con su ejemplo, que esa ignorancia que el orgullo europeo se complace en echar en cara a los criollos, no es efecto del clima o falta de energía moral; sino, que en la parte donde todavía se advierte esa ignorancia, debe atribuirse al aislamiento y falta de buenas instituciones sociales en que tienen a las colonias.

Si en el estado actual de cosas, la casta de los blancos es en la que se observan casi exclusivamente los progresos del entendimiento, es también casi sola ella la que posee grandes riquezas; las cuales por desgracia están repartidas aun con mayor desigualdad en México que en la capitanía general de Caracas, la Habana y el Perú. En Caracas los más ricos cabezas de familia tienen cosa de diez mil duros de renta en la isla de Cuba se encuentra quien tiene más de 30 a 35,000 duros. En estas dos industriosas colonias, la agricultura ha consolidado riquezas más considerables que todo el beneficio de las minas ha acumulado en el Perú. En Lima hay pocos que junten arriba de 4,000 duros de renta. No reconocen el día ninguna familia peruana que goce una renta fija y seguro de 6,500 duros. Por el contrario, en Nueva España hay sujetos que sin poseer minas ningunas, juntan una renta anual de 200,000 pesos fuertes. La familia, por ejemplo, del conde de Valenciana, posee fincas en la loma de la Cordillera por valor de más de 5 millones de duros, sin contar la mina de Valenciana cerca de Guanajuato, la cual un año con otro deja un beneficio de 75,000 duros. Est familia, cuyo jefe actual, el conde de Valenciana, se distingue por

su generosidad y noble deseo de instruirse, está dividida en tres ramas, que gozan en común, aún en los años en que no es muy ventajoso el beneficio de la mina, más de 140,000 pesos fuertes de renta. El conde de Regla, cuyo hijo menor, el marqués de San Cristóbal se ha distinguido en París por sus conocimientos en física y fisiología, hizo construir en la Habana a sus expensas dos navíos de línea de las mayores dimensiones, de caoba y de cederella; y se los regaló a su soberano. La riqueza de esta casa se debe a la vena de la Vizcaína, cerca de Pachuca. La familia de Fagoaga, conocido por su beneficencia, luces, y celo del bien público, presenta el ejemplo de la mayor riqueza que una mina haya dado en tiempo alguno a sus dueños. Una sola vena que posee la familia del marqués de Fagoaga en el distrito de Sombrerete, ha dejado en 5 o 6 meses, deducidos todos gastos, un beneficio neto de cuatro millones de duros.

Según estos datos, se deberían suponer en las familias mexicanas capitales infinitamente mayores aun que los que se ven allí. El difunto conde de la Valenciana, primero de este título, sacó algunas veces de sola su mina en un año, hasta 1,200,000 pesos fuertes de producto líquido; y en los últimos 25 años de su viaje jamás bajó esta renta anual de 4 a 600,000 duros. Sin embargo, este hombre extraordinario, que había llegado a América sin fortuna ninguna, y que siempre vivió con grande moderación, no dejó a su muerte fuera de su mina que es la más rica del mundo, sino unos dos millones de pesos fuertes entre fincas y capitales. Este hecho que es muy verdadero, no tiene nada de extraño para los que han examinado la conducta interior de las grandes casas mexicanas. El dinero ganado rápidamente se gasta con la misma facilidad. El beneficio de las minas viene a ser un juego, en el cual se ceban con una pasión desenfrenada. Los ricos propietarios de minas, dan a manos llenas el dinero a diversos charlatanes, que los meten en nuevas empresas, en provincias las más apartadas: y en un país donde los trabajos se hacen tan en grande, que a veces el pozo de una mina cuesta 400,000 pesos duros, la equivocada empresa de un proyecto arriesgado, puede absorber en pocos años las ganancias del beneficio de las venas más ricas. Añádase a esto, que por el desorden interior que reina en la mayor parte de las grandes casas de la vieja y Nueva España, suele encontrarse empeñado un cabeza de familia, aunque tenga una renta de medio millón de pesetas, y aunque a la vista no tenga otro lujo sino el de muchos tiros de mulas.

No hay duda que las minas han sido el origen de los grandes caudales de México. Muchos mineros han empleado felicísimamente sus riquezas, comprando tierras, y dedicándose con el mayor esmero a la agricultura; pero hay también muchas familias muy poderosas que nunca tuvieron minas muy lucrativas que beneficiar. Entre estas familias se encuentran los ricos descendientes de Cortés, o sea del marqués del Valle. El duque de Monte León, señor napolitano, que hoy posee el mayorazgo de Cortés, tiene excelentes

posesiones en la provincia de Oaxaca, cerca de Toluca y en Cuernavaca. El producto neto de sus rentas no es en el día sino de 110,000 duros, habiendo quitado el rey al duque las alcabalas y los derechos del tabaco; pero los gastos ordinarios de la administración pasan de 25,000 duros, habiéndose enriquecido notablemente muchos administradores del marquesado. Si los descendientes del gran conquistador se resolvieran a vivir en México, muy en breve subiría su renta a más de 300,000 duros.

Para dar una completa idea de las inmensas riquezas que hay en las manos de algunos particulares de la Nueva España, y que pudieran competir con las que presentan la Gran Bretaña y las posesiones europeas en el Indostán, añadiré algunas noticias exactas, así sobre las rentas del clero mexicano, como sobre los sacrificios pecunianos que hace anualmente el cuerpo de minería para perfeccionar el beneficio de las minas metálicas. Este cuerpo, formado por la reunión de los propietarios de minas, y representado por diputados que residen en el tribunal de minería, ha adelantado en tres años, desde 1784 hasta 1787, la suma de 800,000 duros a varios individuos que carecían de los fondos necesarios para emprender grandes obras. En el país se cree que de este dinero no se ha hecho un buen uso, dándolo para habilitar; pero el haberlo entregado prueba la generosidad y opulencia de los que son capaces de hacer liberalidades de este tamaño. Cualquiera lector europeo se sorprenderá todavía más, si le refiero el hecho extraordinario de haber prestado pocos años ha la respetable familia de los Fagoaga, sin interés ninguno, una suma de más de 700,000 pesos duros a un amigo a quien creyó asegurar de este modo una fortuna sólida; y esta suma enorme se perdió irrevocablemente en la empresa de una nueva mina que salió mal. Las obras de arquitectura que se hacen en la capital para hermosearla son tan dispendiosas, que a pesar del bajo precio de los jornales, el soberbio edificio que el tribunal de minería hace construir para la escuela de minas, costará a lo menos seiscientos mil pesos, de los cuales se han aprontado casi los dos tercios desde que se principió a echar los cimientos. Para activar la construcción, y principalmente con el fin de que tuviesen desde luego los alumnos un laboratorio, para hacer experiencias metálicas sobre lo que allí llaman el beneficio del patio, el cuerpo de los mineros mexicanos había asignado 10,000 duros por mes en solo el año de 1803. Tal es la facilidad con que pueden llevarse a efecto proyectos vastos en un país, en que las riquezas pertenecen a un corto número de individuos.

Aun es más notable esta desigualdad de fortuna en el clero, parte de la cual gime en la última miseria, al paso que algunos individuos de él tienen rentas superiores a las de muchos soberanos de Alemania.

El clero mexicano es menos numeroso de lo que se cree en Europa, componiéndose solo de 10,000 personas, de las cuales casi la mitad son frailes. Comprendiendo en esta cuenta a los frailes legos, donados y criados de los conventos,

esto es, todos los que no están destinados a los órdenes sagrados, se puede calcular el clero en 13 o 14 mil individuos. La renta anual de ocho obispos mexicanos asciende a la suma total de 539,000 duros, y son a saber:

Rentas del arzobispo de México..	130,000
El obispo de la Puebla.....	110,000
Valladolid.	100,000
Guadalajara.	90,000
Durango.	35,000
Monterrey.	30,000
Yucatán.	20,000
Oaxaca.	18,000
Sonora.	6,000

El obispo de la Sonora es el menos rico de todos, no percibe diezmos, sino qué es pagado directamente de las cajas reales como el de Panamá: sus rentas son solo la vigésima parte de las del obispo de Valladolid de Michoacán; y lo que verdaderamente desconsuela en la diócesis de un arzobispo cuya renta anual asciende a 130,000 pesos, es que hay curas de pueblos indios que apenas tienen de 100 a 120 duros al año. El obispo y los canónigos de Valladolid han enviado en diferentes ocasiones al rey, en calidad de dones gratuitos, sobre todo durante la última guerra contra la Francia, una suma de 162,000 pesos. Los bienes raíces del clero mexicano, no llegan a 2 y medio o 3 millones de duros; pero este mismo clero posee riquezas inmensas, en capitales hipotecados sobre las propiedades de los particulares. El total de estos capitales (capitales de capellanías y obras pías, fondos dotales de comunidades religiosas) de que luego hablaremos más por menor, asciende a la suma de 44 millones y medio de pesos fuertes: desde el principio de la conquista temió Cortés la grande opulencia del clero en un país, donde es difícil mantener la disciplina eclesiástica. En una carta al emperador Carlos V dice muy francamente, "que suplica a S. M. envíe a indias religiosos, y no canónigos, porque éstos ostentan un lujo desenfrenado, dejan grandes riquezas a sus hijos naturales, y dan escándalo a los indios recién convertidos". Este consejo, dictado por la franqueza de un militar viejo, no fue adoptado en Madrid. Este pasaje curioso, lo hemos copiado de una obra que publicó hace algunos años un cardenal: y no queremos acusar al conquistador de la Nueva España de predilección por los frailes, o encono contra los canónigos.

Memoria Reservada del Conde de Aranda a Carlos III

P O R L U C A S A L A M A N

Del libro de don LUCAS ALAMAN "Disertaciones Sobre la Historia de la República Mexicana", ofrecemos las siguientes líneas, en las que el prominente historiador y político discutido, comenta la famosa Memoria Reservada del Conde de Aran-

da al soberano Carlos III, señalando la extraordinaria visión del Ministro Plenipotenciario español en materia de política americana, cuando nadie podía ver claro en el destino de las Colonias todas del Mundo Nuevo.

POR este mismo tratado (de Versalles del 3 de septiembre de 1783) la Inglaterra reconoció la independencia de los Estados Unidos de América, a los que Francia y España habían auxiliado con todas sus fuerzas para conseguirla: error político gravísimo que trajo a una y otra potencia las más funestas consecuencias. En cuanto a la última, el Conde de Aranda, Plenipotenciario que firmó por el Gobierno de Madrid este Tratado, penetrando en el porvenir con un acierto digno de un político tan profundo como él era, en una memoria reservada que dirigió a Carlos III, que ha venido a tener justa celebridad, porque los resultados la han hecho considerar como una profecía, le decía: "Acabo de celebrar y firmar, en virtud de las órdenes y poderes que me ha dado vuestra majestad, un tratado de paz con Inglaterra, en que ha quedado reconocida la independencia de las colonias inglesas, lo que es para mí motivo de pesar y de temor". Explica en seguida los errores cometidos por el Gobierno francés en favorecer a las colonias sublevadas contra su metrópoli, y los motivos que había para temer que las posesiones españolas de América siguiesen su ejemplo. "Esta República Federal, dice, ha nacido pigmea, pero día vendrá en que llegará a ser gigante y aún coloso formidable en aquellas regiones. Olvidará en breve los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y no pensará más que en engrandecerse. Entonces su primer paso será apoderarse de Las Floridas para dominar en el Golfo de México, y cuando nos haya hecho así difícil el comercio de la Nueva España, aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no nos será posible defender contra una potencia formidable, establecida en el mismo continente y contigua al él. Estos temores, señor, son muy fundados y deben realizarse dentro de algunos años, si no hay antes en nuestra América otros trastornos más funestos todavía". Para evitar los males que con tanta claridad preveía aquel grande hombre de estado, propuso prevenirlos, estableciendo desde luego en el continente americano tres grandes monarquías: en Méjico, Costafirme y el Perú, con tres infantes de España por reyes, tomando el monarca español el título de emperador, y ligando entre sí estos estados independientes por relaciones tales que se ayudasen y sostuviesen mutuamente, sacando la España mayores ventajas que las que hasta entonces había percibido de sus posesiones ultramarinas. Este proyecto no se tomó en consideración y los resultados han venido a hacer palpable cuan ventajoso hubiera sido para todos, y muy especialmente para los pueblos de América, que hubieran obtenido por este medio su independencia sin trastornos y la hubieran disfrutado sin anarquía.

En la Muerte de Federico García Lorca

Por CONSUELO DEL RÍO

Con los temas de García Lorca y la aguda nostalgia de su poesía llena de luna y misterio, la poetisa mexicana, CONSUELO DEL RÍO, piensa en el poeta trágicamente desaparecido, en el García Lorca, de quien, con razón se ha escrito que siendo tan moderno y libre como el que más fue al mismo tiempo el más tradicional de los poetas contemporáneos. En estos versos de Consuelo del Río, la inspiración de García Lorca abre ondas de añoranza, como en la superficie cristalina de un estanque de viñeta romántica.

Quién dará para tus noches
España de los gitanos,
forjada en yunques de plata
luna vestida de nardos;
y voces de bronce y sueño
para asuzar tus caballos
que desgarran al galope
las entrañas de los llanos.

Callada está la herrería
donde plata se forjaba
para hacer ropas de luna
y perfiles de montaña.

Quién dará para tus campos
"verde viento, verdes ramas",
silencios de flores frescas
en las verdosas mañanas
que tejen con oro fino
auroras aljofaradas.
Verde y errante perfume
de mentas y de albahaca.

Está durmiendo el telar
de donde el hilo brotaba;
el viento vela un cadáver
en un rincón de Granada.

San Miguel guarda su espada
hecha de lirios y llamas;
San Miguel dice plegarias
y llora lágrimas blancas.
En el cielo hay una estrella
como rosa deshojada;
el polizón de la luna
no es de nardos, es de grana.

Ya no canta la zumaya
y está desierta la fragua,
en el suelo yace un hombre
con las dos manos cruzadas...

Noviembre de 1936.

Ideas que Construyen e Ideas que Destruyen

Por ANTONIO CASO

ANTONIO CASO es, en nuestro país, el tipo de pensador independiente. Constituye una opinión falsa la de quienes adjudican al maestro una actitud puramente conservadora. Durante su larga e ilustre labor intelectual, Caso ha combatido con igual entereza lo mismo el sectarismo pseudo-revolucionario que el sectarismo proveniente del sector cerradamente derechista, afirmación, esta última, que comprueba el artículo que nos honramos en reproducir. La obra de Antonio Caso marca una época brillantísima en la vida de la Universidad. Perteneciente en su mocedad al grupo del Ateneo de la Juventud, Caso no solamente ha influido fundamentalmente en modernizar la enseñanza de la filosofía, sino también en el capítulo de la extensión universitaria, habiendo figurado destacadamente entre los fundadores de la Universidad Popular, que hace algunos años funcionó en esta capital, patrocinada por el Ateneo. Si algún antecedente tienen los trabajos actuales de acción social de la Universidad Nacional, éste debe reconocerse en el empeño meritisimo de la Universidad Popular.

LA primera ideología constructora de la patria mexicana fue el catolicismo. Nuestra nación se cobijó a la sombra del árbol secular de la Iglesia y recibió el bautismo cristiano con el ser. España subyugó, desbarató, implacable, a las naciones aborígenes. El fraile misionero edificó. Y tan completa y ejemplar fue su victoria—dadas las condiciones irrefragables de la Conquista—que, hoy todavía, en la mente brumosa de los indios, la Iglesia impera convertida en idolatría casi pagana, pero con inalterable firmeza. No bastaron nuestras revoluciones consustanciales a desalojar del alma huera y hermética de los conquistadores, no ya el dogma católico propiamente dicho, que jamás pudieron asimilar, sino ese sincretismo sui generis de la creencia española con los restos del paganismo autóctono, que es lo que podría llamarse nuestro catolicismo popular. En los primeros días de la Conquista, los indios guardaban, bajo la piedra en que el sacerdote español oficiaba la misa, sus ídolos sangrientos. ¡Como si quisieran que al honrar al fetiche extranjero, se honrara indirectamente a sus dioses terribles! Símbolo, esta acción, del espíritu de los mexicanos que procede de una yuxtaposición de culturas disímiles, si no enemigas entre sí.

Pero la Iglesia primitiva, en América como en el Viejo Mundo; así sobre los restos de la heroica Tenochtitlán, como en las catacumbas romanas, evangelizó, civilizó, curó las heridas de los oprimidos; proveyó a la subsistencia de los débiles;

cumplió con su noble misión cristiana. Por eso, sin distinción de criterios, los mexicanos veneramos a los frailes de la Conquista. Aquellos santos varones fueron los verdaderos padres del pueblo que nacía. Más tarde, la Iglesia se sumó a la máquina del coloniaje; erigióse en una de tantas fuerzas con que se logró la dominación uniforme y dilatada de la Nueva España; la fuerza principal de aquel gobierno de siglos.

No obstante, al estallar la Independencia, humildes curas de almas, Hidalgo, Morelos, Matamoros, dieron su vida por México, y el lazarero de Anáhuac, donde ya moraban las sombras de Vasco de Quiroga, Motolinía y Sahagún, vió llegar como a su centro a las sombras augustas de los nuevos héroes epónimos. La Iglesia nos cobijaba otra vez, al nacer para la libertad.

El jacobinismo derribó al altar como la Independencia el trono español en América. Lo derribó física y moralmente. Propúsose arrasarlo con la piqueta y con la ley, con la espada y el pensamiento. Juárez abrió nuevas vías públicas en el corazón de las ciudades, donde antes se elevaron las suntuosas fábricas de los conventos e iglesias católicas. Ramírez una vez, como Luzbel frenético, golpeó con firme mano sobre los ornamentos sagrados, haciendo estallar las gemas de los ostensorios y tañer dolorido el oro puro de los cálices. Lerdo de Tejada, para acabar con todo lo católico, clausuró la morada de las hijas de San Vicente de Paul, y la última hermana de la caridad expatrióse para siempre... Nuestra comunidad rompió, decidida, los recios vínculos de su fe tradicional, y no bastaron a reanudarlos las cuarenta mil bayonetas de Napoleón. El Archiduque austriaco hubo de dejar, por el patíbulo de Querétaro, el trono de los virreyes, y la religión que a sí misma se apellida universal, se asentó para siempre de la conciencia de muchos mexicanos. Nuestra Carta Magna expone, hace ya más de medio siglo, el dogma del jacobinismo militante y triunfante. Laico es y será el Estado mexicano. La ideología destructora se incorporó para siempre, como canon del derecho público nacional y merced a la acción de los constituyentes del 57, en el organismo jurídico patrio.

Después, al jacobinismo siguió el positivismo. La nueva ideología constructora nos desposó con la Ciencia—así con mayúscula y en singular—. No más metafísica disolvente, sino ciencias, verdad, luz. México quería una tesis política inalterable; digna de su paz orgánica. Descansaría la sociedad de sus dolencias constantes y restañaría sus heridas profundas. ¿Quién no está de acuerdo con la Verdad? ¿Quién pretenderá eludir el imperio de las leyes naturales? ¿Qué podríamos temer ulteriormente, si asentábamos el porvenir de la República sobre la base incommovible de un axioma?... Y los años del Gobierno de don Porfirio Díaz continuaron su fácil y monótono discurrir. Como en la época gloriosa de los Antoninos, como en los días de Adriano, los anales de ese período no dan materia suficiente para escribir dramáticamente la historia; los cronistas más verídicos confiesan que nada extraordinario aconteció. México ascendió al sitio que le compete entre las naciones.

Nuestra prosperidad material se afianzó. Nuestro nombre se pronunció con honra. Nuestro porvenir mostrábase risueño y feliz... Mas he aquí que, como por arte de encantamiento, se deshizo aquel mágico imperio y opulento bienestar. Los disparos de Ciudad Juárez dieron al traste con la obra de Adriano. La ideología constructora se desvaneció en la volutas del humo del cañón, y una nueva guerra—que va siendo ya tan larga como la que consumió nuestra emancipación política—no acierta a terminar.

Urgenos, pues, definir hoy la nueva idea constructora, conforme al ritmo interno de nuestra historia: catolicismo, jacobinismo, positivismo, escepticismo... ¿Quién nos la dará? La Iglesia, no. Ya está juzgada en la dialéctica de la ideología nacional. Los jacobinos, no. Ya lo están también. Tampoco los positivistas, cuya derrota, fresca y lozana los aleja tanto de nosotros, ni los escépticos contemporáneos que suelen repetir con suficiencia: "no tenemos remedio". ¿Quién nos la dará?... Permítasenos responder con la más profunda convicción: No se trata de una nueva idea, sino de algo más íntimo y cordial; de un sentimiento, de una actitud, de una fe, vieja y nueva como la misma humanidad. Cuando los asuntos y problemas sociales parecen no tener solución, es que las ideas solas no los pueden resolver. Se necesita de un acto de sacrificio: la religiosidad cristiana que palpita sobre el mundo después de la guerra de las naciones. *No Cristo Rey, sino Cristo Pueblo*: he aquí la máxima y el acto que nos pueden salvar. La más urgente de las enseñanzas, entre nosotros, es predicar el olvido de las ofensas y el amor al prójimo. Así se logrará disminuir el encono de los dos adversarios pujantes que proceden de la misma avidez, (el "no contentamiento, sino más poder", que dijo Nietzsche): la codicia de los desposeídos engendrada por la avaricia satánica de los poderosos. El problema social de México, como el de todas partes, es una cuestión moral.

En el momento que la Iglesia Católica se apresta a celebrar, con su pompa de magnífica exterioridad, a Cristo Rey—los reyes son hoy, simplemente, en España o Italia (las últimas regiones donde pueden reinar), los primeros súbditos de sus nuevos amos: los grandes visires afortunados—; celebremos nosotros al Jesús eterno de las Bienaventuranzas, no sobre la cima de los montes, en donde nadá tiene qué hacer, sino en las lobreguces de nuestro propio corazón.

Esta Revista constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social y se edita bajo la dependencia de la Jefatura del propio Departamento.

La Unificación del Origen

Por ANDRES MOLINA ENRIQUEZ

Libro indispensable al estudioso de nuestra realidad social el de don ANDRES MOLINA ENRIQUEZ: "Los Grandes Problemas Nacionales". De sus páginas traemos ahora, por advertirlos adecuados a los propósitos educadores y de orientación pública que nos animan, los párrafos que siguen.

PARECE a primera vista imposible llegar a la unidad de origen en todo nuestro compuesto social. Lo es seguramente, si por unidad de origen se entiende la unidad orgánica y absoluta que la noción de patria supone. Empero, así como una familia se puede componer de personas unidas por parentesco y personas unidas por adopción, bastando para que esto último pueda ser, con que las personas adoptadas confundan su origen con el de las adoptantes, aceptando el lugar jerárquico que entre éstas les toque, así en los pueblos se forma la patria con las unidades ligadas por un parentesco real, y con las unidades en que ese parentesco se presume por su perfecta identidad con las otras. En nuestro país, por más que todos los pueblos indígenas tengan distintos orígenes, la unidad del territorio en que han vivido y al que han reducido todo el horizonte de su vida, y la unidad de su esclavitud colonial que les ha hecho olvidar en mucho sus orígenes primitivos, les han hecho en cierto modo un origen común que por las mismas razones ha podido confundirse con el de los mestizos: por su parte los mestizos ligándose a los indígenas, como sucede efectivamente, para que el mestizaje pueda avanzar como ha venido avanzando, confunden en uno mismo los orígenes de su sangre indígena propia con los de la sangre indígena original. Precisamente las afinidades de origen que existen entre indígenas y mestizos, explican su progresiva fusión. Del mismo modo se habrían podido fundir el elemento mestizo y el criollo—cuando menos el criollo español—si no hicieran esa fusión imposible, por una parte la orientación patriótica europea de los criollos, que los inclina a buscar los enlaces europeos de preferencia—ya hemos señalado la aceptación de los españoles por los criollos de origen español, en su natural empeño de igualarse a las unidades de su verdadera patria—; y por otra, la condición de la clase social superior, de aristocracia, que los mismos criollos, merced a circunstancias especiales, han podido lograr y conservar. Es, pues, bastante para consumir la fusión de los elementos indígenas y mestizo, que las cosas continúen como hasta aquí: para lograr la fusión del elemento criollo con el mestizo, en lo que a sus orígenes respecta, es indispensable que aquél pierda, ya que no sus propias orientaciones extranjeras, cuando menos la salien-

te unidad de esas orientaciones que resulta de la unidad misma de los grupos que lo componen. Mientras todos los criollos españoles, permanezcan unidos, formando una clase social bien diferenciada y acorazada contra la acción de las demás clases por fuertes privilegios, es evidente que por pocos que sean esos mismos criollos, harán clara y perceptible su orientación, y esa orientación marcada por una clase social privilegiada y brillante, ejercerá una influencia poderosísima sobre las demás, ya que éstas por serle inferiores, tenderán a imitarla en todo. Pero si su agrupación se disuelve, y deja de tener acción colectiva, y las unidades componentes se dispersan entre las mestizas que son mucho más numerosas, entonces pasará entre nosotros lo que en los Estados Unidos con los muchos europeos que a ellos llegan, y es que perderán su orientación y su acción individuales en la inmensidad de las que sean comunes: si acaso entonces logran hacer sentir su acción individual, no será seguramente en el sentido de su orientación que no podrá luchar contra el de una inmensa mayoría, sino en el sentido de su superioridad evolutiva, porque en ese sentido encontrará la dirección de toda esa mayoría en su deseo de mejorar y perfeccionarse, y entonces producirá un avance más o menos apreciable, pero seguro sobre el conjunto total. Es cierto que la disolución de las clases que forman nuestra aristocracia actual, disolución que en realidad ofrecerá pocas dificultades como en otra parte veremos, producirá el inevitable efecto de rebajar un poco el nivel de cultura que México parece haber alcanzado con la cultura de los criollos; pero haciéndose esa disolución a paso y medida de la incorporación de los indígenas a los mestizos, y del desenvolvimiento natural de éstos, éstos mismos cuya energía es superior a la de los criollos, pronto ocuparán su lugar, con la circunstancia de que entonces ellos serán la masa homogénea y numerosa de la nación toda, y no como los criollos, un grupo de clases privilegiadas que en lo presente apenas suma el diez por ciento de la población general. Cuando la disolución de los grupos criollos se haya así logrado, es claro que perdida su actual orientación general europea, ella vendrá a quedar reducida a la manía de unos cuantos infelices, a los que habrá que aplicar los severos adjetivos del ex-Presidente Mr. Roosevelt; pero dejará seguramente de haber las diferencias profundas de origen que hay ahora y que se traducen en tan grandes diferencias de criterio patriótico, que durante la Intervención, cuando los mestizos veían el interés de la patria mexicana en defender el territorio nacional contra los franceses, los criollos veían el interés de la patria mexicana en ayudar a los franceses contra los mestizos. La unidad de origen, pues, se logrará, sociológicamente por supuesto, con la disolución de los grupos criollos.

Como es natural, el trabajo de la unificación del origen, encontrará fuertes resistencias: las principales de esas resistencias partirán de los grupos criollos, pero presentarán no pocas también los mismos mestizos. Es claro que los criollos no se rendirán sin combatir.

CAJAS FUERTES
HERRING HALL MARVIN

MIMEOGRAFOS
EDISON

CALCULADORAS
MARCHANT

CALCULADORAS
THALES

MAQUINAS DE SUMAR
VICTOR

EXISTENCIA COMPLETA DE MUEBLES

PARA OFICINA Y RESIDENCIA

GERBER CARLISLE Co., S. A.

PALMA, 44

ESQUINA VENUSTIANO CARRANZA

MEXICO, D. F.

Obras Selectas de Autores Mexicanos

EL MATERIALISMO HISTORICO, por Virgilio Domínguez.....	\$ 1.50
HISTORIA DE LA MUSICA, por Alba Herrera y Ogazón.....	2.50
ANTOLOGIA DE LA PROSA EN MEXICO, por Julio Jiménez Rueda.....	1.60
PRINCIPIOS DE ESTETICA, por Antonio Caso.....	1.25
DISCURSOS A LA NACION MEXICANA, por Antonio Caso.....	2.00
LA INSTRUCCION PUBLICA EN LA NUEVA ESPAÑA, EN EL SIGLO XVI, por T. Zepeda Rincón.....	1.25
EL NACIONALISMO MUSICAL MEXICANO, por Pedro Michaca.....	1.00
BIOLOGIA, libro de texto en Preparatoria, por I. Ochoterena.....	1.50
NOCIONES DE MALARIOLOGÍA, por el doctor Galo Soberón y Parra.....	4.00
LAS CIEN MEJORES POESIAS LIRICAS MEJICANAS.....	1.50
CUENTOS MEXICANOS, por Francisco Monterde.....	1.00
LA CIENCIA COMO DRAMA, por Agustín Aragón Leyva.....	1.80
PEDRO MORENO, EL INSURGENTE, por Mariano Azuela.....	2.50
METAFISICA, por José Vasconcelos.....	4.00
ESTETICA, por José Vasconcelos.....	10.00
ETICA, por José Vasconcelos.....	7.00
GENIO Y FIGURA DE PICASSO, por Genaro Estrada.....	2.50
LA FISIOLOGIA EN MEXICO, por el Dr. J. Joaquín Izquierdo.....	12.00
HARVEY, iniciador del Método Experimental, por J. Joaquín Izquierdo.....	15.00
TRAYECTORIA DEL CORRIDO, por Héctor Pérez Martínez.....	1.50
VIAJES AL SIGLO XIX, por Enrique Fernández Ledesma.....	5.00
LA FILOSOFIA DE HUSSERL, por Antonio Caso.....	2.00
HISTORIA CRITICA DE LA TIPOGRAFIA EN LA CIUDAD DE MEXICO, por Enrique Fernández Ledesma.....	5.00
INTRODUCCION A LA FILOSOFIA, por el Lic. Eduardo Pallares.....	2.00

INSTITUTO MEXICANO DE DIFUSION DEL LIBRO

Av. Madero N° 29.

Despacho, 29.

MEXICO, D. F.

EL LIBRO QUE USTED QUIERA LO TENEMOS

Acompañe con cada pedido \$ 0.30 para gastos de certificación. Enviamos pedidos C. O. D., siendo los gastos por cuenta del comprador.

COLEGIO PARTICULAR

Tlacotalpan, 89 (Col. Roma Sur)
Tel. Eric. 4-16-24. Servicio de Omnibus
México, D. F.

Luis G. León

PREPARATORIA

(1º y 2º año de Bachilleratos en "Filosofía y
Letras" y en "Ciencias Químicas")

C O M E R C I O

Apertura de matrículas, el día 4 de enero
Las clases comenzarán el día 11

P I D A U S T E D P R O S P E C T O S

ESTA EN PRENSA EL INTERESANTE LIBRO

LAS CACTACEAS DE MEXICO

Por HELIA BRAVO H.

DEL INSTITUTO DE BIOLOGIA

Obra aproximadamente de 800 páginas, con más de
300 bellas fotografías originales tomadas en el medio don-
de naturalmente viven las Cactáceas, tan típicas de México.

ESTA DE VENTA EL LIBRO

NOCIONES DE OBSTETRICIA

por el Dr. FERMIN VINIEGRA

Precio del Ejemplar: \$10.00

Pídalos en la Editorial de la Universidad Nacional de México

Vulcanizadora
Packard y Anexo

AMAURY MUÑOZ

La más moderna
Renovadora

Renueve sus llantas garantizándole que le darán el mismo servicio que
le dieron las nuevas hasta el momento que las mandó usted renovar. ¡Hechos, no Razones!

IMPORTADOR DE ACCESORIOS, REFACCIONES Y NOVEDADES

Distribuidor de las
famosas Llantas y
Cámaras

Goodrich Euzkadi

Tels. Eric. 3-15-97
Mexicana L-19-54

Atenas número 10

México, D. F.

COLEGIO FRANCÉS DE PREPARATORIA

AVENIDA MORELOS N° 30.

TELEFONOS: ERIC. 2-37-40. MEX. 1-91-46.

MEXICO, D. F.

Incorporado a la Universidad Nacional

Bachilleratos para ingresar
a las diversas Facultades Universitarias

Estudios para la Carrera de
Contador Público y Auditor



Apertura de inscripciones: 20 de enero

Principio de Cursos: 1° de febrero



Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166

México, D. F.

**Instrumentos
de Cirugía**

**Muebles para Hospital
y Consultorio**

**Suturas Lukens
Bragueros y Fajas**

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

FUNDADO EN 1884

CAPITAL: \$ 16.000,000.00

CASA MATRIZ: ISABEL LA CATOLICA, 44. MEXICO, D. F.

Nuestra experiencia de más de **M E D I O S I G L O** de servicios bancarios en la República, nos permite facilitar las operaciones que a continuación se indican, contando para ello con 42 sucursales y agencias distribuidas en las poblaciones de mayor importancia comercial.

Apertura de cuentas corrientes de cheques en toda clase de monedas. Operaciones de Crédito.

DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A LA COMPRAVENTA DE GIROS SOBRE EL INTERIOR DEL PAIS Y SOBRE EL EXTRANJERO.

Nuestro Departamento Extranjero se dedica especialmente a la compraventa de monedas extranjeras, pagando los mejores tipos de cambio del mercado.

Contamos con una extensa red de **CORRESPONSALES** en toda la República para el servicio de **COBRANZAS**

Guarda de Valores.

El Departamento de Caja de Ahorros, recibe depósitos desde UN PESO y abona intereses desde CINCO PESOS.

Vendemos **CHEQUES PARA VIAJEROS** pagaderos en moneda nacional y los mundialmente conocidos de la American Express y American Bankers Association pagaderos en Dólares. Expedimos Bonos de Caja pagando intereses.

LA MODERNIZACION DE TODOS NUESTROS SERVICIOS NOS PERMITE DEJAR SATISFECHA A TODA NUESTRA APRECIABLE CLIENTELA.

Le interesa solicitar información.

AGENCIA EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

52 William Street.

CORRESPONSALES EN EL PAIS Y EN EL EXTRANJERO.

TRES MAQUINAS EN UNA
LA NUEVA

TORPEDO

MODELO 6

- 1ª Máquina STANDARD.
- 2ª Unica de cuatro *carros intercambiables*.
- 3ª Máquina de *contabilidad* (adaptada para el nuevo sistema de tarjetas, aprobado por la Secretaría de Hacienda).



ADEMÁS:

12 ventajas exclusivas y fijese bien:...
Economía de 44% en precio y 75% en tiempo.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO ACABA DE ADQUIRIR UN BUEN NUMERO DE MAQUINAS TORPEDO Y ESTA COMPLETAMENTE SATISFECHA CON SU FUNCIONAMIENTO.

WALTER ISE

Representante exclusivo para la República desde hace 12 años.

Alumnos Núm. 48.

Eric. 5-10-51.

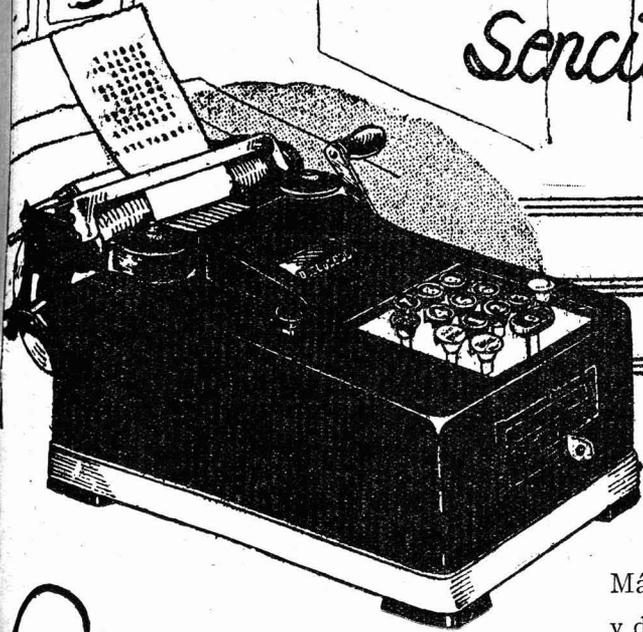
Taller y servicio: Mex. P-40-50.

ACORTANDO la DISTANCIA



Telefonos Ericsson

+ - ÷ X
NUNCA FÁLLA



**DISMINUYE COSTOS...
 AHORRA DINERO...**

SUMADORAS

REMINGTON

Máquinas especialmente construídas para facilitar el trabajo y disminuir los costos de producción. Su compra prácticamente constituye un ahorro, que es garantizado por su larga vida y fina calidad.

Haga usted números

Cada minuto, cada hora, cada día que un empleado pierde en rectificar errores, es dinero que va a la calle. Ese tiempo usted lo paga como si hubiera sido aprovechado íntegramente. Gracias a la calculadora Remington, el trabajo desarrollado en menor tiempo y con mayor eficacia.

EVITAN ERRORES.

SE DISMINUYEN COSTOS.

MANUAL.—Teclado moderno de 10 teclas, que asegura sencillez y velocidad—cuadrante visible—papel de ancho standard—tecla de correcciones—suma hasta 9.999,999.99—pesa 5 kilos—mide 23x17 cms.—multiplica con la misma facilidad que suma—teclas de tamaño standard—palanca rápida y ligera.

ELECTRICA.—Total automático—teclas eléctricas para sub-total y no-suma—compacta 37x19 cms.—suma hasta 99.999,999.99—pesa 8 kilos—cuadrante visible—espaciador sencillo y doble—tipo claro, legible—mecanismo para no imprimir y para no espaciar—carro visible de 13 centímetros.

REMINGTON RAND

Internacional S.A.

AV. MADERO 55.

MEXICO, D.F.

*En los momentos críticos
de su vida!*



Como **UN BUEN AMIGO**

Cuando las vicisitudes de la vida arrancan de su lado a un ser querido...cuando el adiós se convierte en dura y triste prueba...cuando una lágrima delataría lo falaz de su sonrisa, recuerde que un MONTE CARLO tranquiliza los nervios - imparte al espíritu serenidad y optimismo.

Y, sin duda, el argumento más rotundo a favor del MONTE CARLO está en ese ejército de fumadores que no lo cambiaría por NINGUN OTRO cigarro.



Monte Carlo

¿ CÓMO SE CONSERVAN SANOS LOS DIENTES Y LA BOCA ?

1 Diariamente—de mañana y de noche—
deben limpiarse los dientes con cepillo y pasta
dentífrica y enjuagarse con agua templada.
Hay que limpiar tanto los dientes superiores
como los inferiores de ambos lados.



El dentífrico no debe atacar el esmalte



Ossa Sepia

Los cuerpos con aristas desgastan el esmalte



Conchas de ostras



Blanco de Meudon corriente

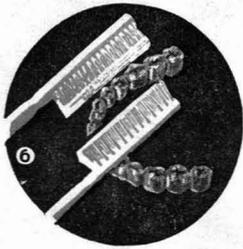
Demasiado grueso aún



PASTA DENTÍFRICA ODOL

La substancia empleada para limpiar los
dientes debe ser tan fina como esta Pasta

El cepillo de los dientes debe adaptarse a los arcos dentarios



Ineficaz para el interior y el exterior



Ineficaz para el exterior



Ineficaz para el interior



EL CEPILLO ODOL
es el mejor para limpiar los dientes porque
se adapta perfectamente a las curvas de
los arcos dentarios



Reg. No. 2656 T. D. & P.

**LA PASTA DENTÍFRICA ODOL
y EL CEPILLO PARA DIENTES ODOL**
permiten un perfecto cuidado de los dientes

No hay que olvidar el enjuague de la boca después de haberse limpiado los dientes



Los detritus alimenticios deben
ser eliminados de la boca.



Las bacterias de la boca se desarrollan
rápidamente en la
cavidad bucal siempre
caliente.

De 100 bacterias resultan en:

¼ hora	½ hora	2 ½ horas	4 horas
150	200	3200	25000

**EL ELIXIR DENTÍFRICO
ODOL**
impide el desarrollo de
bacterias nocivas.



Agregando un 2% de ODOL
de 100 bacterias resultan en:

¼ hora	½ hora	2 ½ horas	4 horas
32	40	177	188

Reg. No. 2580 T. D. & P.